



Diaconía en Contexto

Transformación

Reconciliación

Empoderamiento

Una contribución de la
FLM a la comprensión
y la práctica de la diaconía

FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
- UNA COMUNIÓN DE IGLESIAS
DEPARTAMENTO DE MISIÓN Y DESARROLLO



DIACONÍA EN CONTEXTO

**Transformación
Reconciliación
Empoderamiento**

**Una contribución de la
FLM a la comprensión y la
práctica de la diaconía**

Diaconía en Contexto: Transformación, reconciliación, empoderamiento.

Una contribución de la FLM a la comprensión y la práctica de la diaconía

Asistencia editorial:

Personal del DMD/FLM

Traducción/revisión:

Eva Fernández, Violaine de Santa Ana

Diseño y diagramación:

Personal de la OSC/FLM

Portada:

Personal de la OSC/FLM

Fotografía: Karita Laisi/Misión Evangélica Luterana
Finlandesa (MELF)

Editado por:

Rev. Dr. Kjell Nordstokke
en nombre de la Federación Luterana Mundial

Documentación y diseño fotográficos:

Departamento de Misión y Desarrollo (DMD) de la FLM
Oficina para Servicios de Comunicación (OSC) de la FLM

Créditos fotográficos:

Misión Evangélica Luterana Finlandesa (MELF)
Iglesia Evangélica Luterana en América (IELA)
Hauptarchiv der v. Bodelschwingschen Anstalten Bethel
Dieter Lorenz
Gustavo Driau

Eva Grollova

Jaap Schep

Eva-Sibylle Vogel-Mfato

Sally Lim

Jan Silar

Faith Longakit

K. Miller-Holland

Laury Rinker

Publicado por:

Federación Luterana Mundial

150 route de Ferney

Apartado postal 2100

CH-1211 Ginebra 2

Suiza

Correo electrónico: info@lutheranworld.org

Sitio web: www.lutheranworld.org

©2009 Federación Luterana Mundial

– Una Comunión de Iglesias

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de los
contenidos de esta obra, salvo autorización expresa de la
FLM.

ISBN 978-3-905676-98-3

Impreso por Imprimerie Brailly, Francia

Índice de materias

Prólogo.....	5
Agradecimientos	6
Introducción	8
Parte I: Contexto de la diaconía	12
1. ¿Por qué es necesario leer el contexto?.....	12
2. Tendencias mundiales que inciden en los contextos locales.....	13
3. Contextos de la acción diaconal en constante evolución.....	17
4. Espirales de desesperanza y espirales de esperanza.....	19
5. Problemas existenciales en todos los contextos	21
Preguntas para continuar reflexionando.....	22
Parte II: La identidad de la diaconía.....	24
1. La fe que confesamos en el Dios Trino y Uno.....	24
2. La diaconía como parte integrante de ser Iglesia	27
3. La diaconía de la mesa	31
4. Buenas obras	34
5. Espiritualidad diaconal.....	37
Preguntas para continuar reflexionando.....	38
Parte III:La acción de la diaconía.....	40
1. El objetivo de la diaconía.....	40
1.1 Responder a las personas y los grupos	41
1.2 Acción a corto plazo y a largo plazo	41
2. Las orientaciones fundamentales de la labor diaconal	43
2.1 Transformación	43
2.2 Reconciliación.....	44
2.3 Empoderamiento.....	45
3. Las diferentes expresiones de la acción diaconal.....	47
3.1 Diaconía individual: el diaconado de todos/as los/as creyentes.....	47
3.2 Diaconía organizada: esfuerzo colectivo de la congregación	48
3.3 Diaconía institucionalizada: necesidad de un enfoque más estructurado.....	49
3.4 Diaconía internacional: respuesta a las necesidades humanas con la comunión mundial de iglesias y en su nombre	52

4. Metodología diaconal	58
4.1 Importancia de la metodología	58
4.2 Ver – juzgar – actuar	59
4.3 Construir ciudadanía.....	60
4.4 Construir comunidad	61
4.5 Establecer redes con otros/as	63
4.6 La responsabilidad de rendición cuentas (accountability).....	65
5. Agentes diaconales	66
5.1 Voluntarios/as	67
5.2 Personal profesional.....	69
5.3 Órdenes del ministerio	71
6. Capacitación para la diaconía.....	74
7. Diaconía y actividades de desarrollo	76
8. Diaconía profética	81
9. Diaconía y proclamación.....	84
10. Diaconía y diapraxis.....	88
11. Valores que orientan un código de conducta diaconal	90
Preguntas para continuar reflexionando.....	92
 Glosario	 94

Prólogo

Estudiantes de Teología y de Misiología han pasado innumerables horas estudiando el tema de la *diaconía*, y han escrito muchos documentos al respecto. En el prólogo de un documento como éste no cabe reiterar o evaluar las diversas posturas que defienden las distintas escuelas de pensamiento sobre este tema. No obstante, es algo nuevo y alentador que se nos recuerde al leer esta publicación, «Diaconía en Contexto, Transformación, Reconciliación, Empoderamiento», que la diaconía constituye el «ADN», o sea la esencia misma, de lo que significa ser Iglesia y del entendimiento que tiene de sí cada congregación. La diaconía une la Iglesia, por lo que no se puede obtener de fuentes externas, como puede ser un organismo especializado o un grupo de profesionales. Indudablemente, la iglesia necesita profesionales con experiencia y competencia para su ministerio. Sin embargo, conviene señalar que el profesionalismo conlleva tendencias que conducen fácilmente a que la iglesia se entienda a sí misma como una ONG.

Así pues, esta publicación está destinada a las iglesias como una contribución luterana al debate ecuménico actual sobre la concepción de *diaconía* y sus correspondientes estructuras. Desde esta perspectiva, la diaconía es la encarnación del amor de

Dios por el mundo mediante la acción humana. Es el amor que se da a la creación de Dios con espíritu compasivo y es la base fundamental que hace posible el diálogo y la diapraxis interreligiosos. Ese diálogo es necesario urgentemente en el contexto de los complejos debates relacionados con el cambio climático y sus consecuencias, así como, en el examen que realiza la comunidad cristiana de la función de las personas que se ocupan del servicio a otras personas, en un mundo en el que es cada vez mayor la mercantilización de la asistencia.

Por todo ello, recomiendo esta publicación a pastores, estudiantes, y grupos ecuménicos de estudio bíblico. Quienes la lean se sentirán inevitablemente interpelados respecto de la pertinencia de las estructuras y las prácticas diaconales en las iglesias y las congregaciones.



Rev. Dr. Ishmael Noko
Secretario General

Agradecimientos

Como se expresa en la Introducción a este documento, son muchas las personas que han participado en su elaboración y a quienes deseamos agradecer su contribución, a saber:

- a los/las participantes en los talleres regionales y en la consulta mundial sobre diaconía (Addis Abeba, octubre de 2008),
- a las personas miembros del grupo designado para acompañar la redacción del documento, quienes hicieron importantes aportaciones,
- a las iglesias miembros y las personas que enviaron observaciones, que se tuvieron en cuenta en la versión final,
- al personal del DMD así como a otras personas colegas del Centro Ecuménico,
- y un agradecimiento especial a Stefan Niederberger, por haber asistido al director del DMD

en todas las etapas de este proceso, y haber acompañado la elaboración de este manual a lo largo de sus múltiples fases.

El apoyo económico de los organismos asociados al DMD ha hecho posible financiar el proceso de reflexión conjunta sobre la diaconía en el seno de la comunión luterana, así como la elaboración de este documento, y su traducción a todos los idiomas de trabajo de la FLM.

Las donaciones especiales de la Diakonhjemmet Foundation de Oslo (Noruega), la Iglesia de Suecia y la Iglesia Evangélica Luterana Unida de Alemania (VELKD) garantizaron la realización de este proceso en tiempos de dificultades económicas. Nuestra sincera gratitud y agradecimiento a todas las entidades asociadas que han contribuido a este proyecto.

Agradecemos en particular las fotografías que con total desinterés nos enviaron organizaciones asociadas y fotógrafos/as. Sin esos generosos dones y los fondos de las organizaciones colaboradoras, este proyecto no habría sido posible.

INTRODUCCIÓN





© FLM/D. Lorenz

Introducción

Rev. Dr. Kjell Nordstokke

Este documento, *Diaconía en Contexto*, es el resultado de un proceso que ha permitido reunir las experiencias relativas a la práctica y el entendimiento de la diaconía en la vida de la comunión luterana. El objetivo del proceso es proporcionar una plataforma común sobre la forma en que se refleja la diaconía en su identidad y práctica. Teniendo en cuenta de que los contextos difieren mucho y de que la labor diaconal está orientada por muy diversas tradiciones, se espera que esa plataforma permita facilitar nuestra comunicación e intensificar nuestra colaboración como copartícipes en la misión de Dios. En ese proceso, el objetivo de *Diaconía en Contexto* es ofrecer algunas orientaciones básicas para un debate que se espera pueda continuar en las diferentes regiones y contribuya a un proceso de aprendizaje constante del que cada cual pueda beneficiarse.

Reconociendo que todos y todas participamos en ese proceso de aprendizaje, no se presenta en este documento una definición estricta de diaconía. Sin embargo, se mantienen algunos supuestos fundamentales. Uno de esos supuestos es que la diaconía es un concepto teológico que apunta a la identidad y la misión en sí de la Iglesia. Otro supuesto es su consecuencia práctica dado que la diaconía es un llamamiento a la acción como respuesta a los problemas que plantea el sufrimiento humano, la injusticia y el cuidado de la creación. Esta interpretación más bien amplia de diaconía se debe al hecho de que el concepto en sí mismo no permite una definición precisa, ni siquiera cuando se utiliza en el Nuevo Testamento en griego. El uso actual de la palabra se ha ido plasmando mediante la respuesta que cristianas y cristianos, fieles al llamamiento bíblico a ser prójimos, han dado a lo largo de la historia de la Iglesia.

Lo mismo ocurre en el seno del movimiento ecuménico donde el término diaconía ha ganado importancia en las últimas décadas; muchas personas entienden que expresa una dimensión importante del llamamiento de las iglesias a dar una respuesta a los problemas que

plantea el mundo actual. En esa interpretación, la diaconía se entiende como parte integrante de la misión a la hora de hacer frente con osadía a las causas fundamentales del sufrimiento humano y la injusticia. La publicación *Diaconía en Contexto* refleja este proceso y está destinada a contribuir desde la perspectiva luterana y a la luz de cómo participa la familia luterana en la diaconía.

En ese empeño, esta publicación es una continuación del documento sobre misión de la FLM: *Misión en Contexto*¹, en el que se presenta la misión de una forma holística que engloba la proclamación, el servicio (diaconía) y la promoción y defensa de causas justas. Dado que ese documento, publicado en 2004*, no presenta de forma rigurosa cómo se practica y entiende la diaconía, se pensó que debería elaborarse otra publicación centrada en este tema.

Diaconía en Contexto pretende responder a esa necesidad. Comienza con un breve análisis del contexto y señala algunas tendencias mundiales y problemas actuales que plantea la diaconía. La segunda parte del documento ofrece una introducción teológica a la concepción de diaconía. La tercera parte describe la diaconía en sus diferentes expresiones, desde el compromiso individual hasta las actividades organizadas, a nivel local e internacional.

Se mantiene el concepto de misión holística tal y como se definió en *Misión en Contexto*. Según esa concepción, la diaconía forma parte integrante de la misión. Sin embargo, el debate sobre cómo realizarla aún continúa. Esto se debe principalmente a los diferentes contextos en los que vive la iglesia, con sus respectivos entornos culturales, religiosos y políticos. No hay un único modelo de misión holística que se pueda aplicar a todos los contextos, lo cual tiene consecuencias para la manera en que están relacionadas entre sí las diferentes dimensiones de la misión. También tiene

¹ *Misión en Contexto: Transformación, reconciliación, empoderamiento. Una contribución de la FLM a la comprensión y la práctica de la misión.* (Ginebra: FLM, 2004).

*N. d. T.: La traducción al español del documento *Misión en Contexto* se publicó en 2006.

que ver con el hecho de que, para algunas personas, la palabra 'misión' se utiliza en un sentido según el cual la proclamación es el principal centro de atención. Otras personas entienden la misión de forma más global –al igual que en el documento sobre misión– e incluyen en ella tanto la proclamación como el servicio. Algo que preocupa particularmente a la mayoría de las personas que se dedican a la labor diaconal es que su acción esté determinada por el contexto y la naturaleza de su trabajo. Estas consideraciones no deberían favorecer una separación entre misión y diaconía, como ha ocurrido algunas veces, sino que deberían instarnos a continuar reflexionando sobre cómo se interrelacionan y apoyan mutuamente las diferentes dimensiones de la misión.

El documento sobre misión de 2004 introdujo tres conceptos como claves hermenéuticas para comprender la misión hoy: transformación, reconciliación y empoderamiento. Estos términos son asimismo muy útiles para la diaconía pues señalan claramente las orientaciones de la labor diaconal. No deberían interpretarse en el sentido de que existe un orden cronológico y que del primero se pasa al segundo, sino que se deberían ver como procesos análogos e interactivos, teniendo todos ellos su origen en el cuidado misericordioso de Dios por la creación y en la acción salvífica en Jesucristo. Tampoco deberían considerarse los tres conceptos como exclusivos, sino en relación con otros conceptos importantes como la sanación, la orientación y el apoyo.

Este documento va dirigido, en primer lugar, a las personas que ocupan puestos de dirección en las iglesias y a los trabajadores y trabajadoras diaconales con sus diversas competencias. Tiene como objetivo fortalecer su compromiso con la diaconía y preparar a unos y otras para su labor diaria. Las consultas regionales sobre diaconía han señalado la importancia fundamental de la capacitación para la práctica de la diaconía en las iglesias y la necesidad de material didáctico para esa capacitación. Se espera que *Diaconía en Contexto* también pueda servir de apoyo para las instituciones teológicas que se planteen la posibilidad de incluir la diaconía en sus programas de enseñanza.

La redacción de este documento se ha apoyado en un proceso de consultas regionales y mundiales, desde



© FELM

Johannesburgo en 2002, con su enfoque en la diaconía profética, hasta Addis Abeba en 2008, que reunió los principales elementos del proceso de aprendizaje común hasta la fecha². Deseamos expresar todo nuestro aprecio a quienes han participado en esas reuniones y les damos las gracias por sus contribuciones e ideas. No ha sido posible dejar constancia de toda la rica variedad de experiencias de las iglesias; sólo se ofrecen algunos ejemplos que representan las múltiples formas del profundo compromiso con el servicio diaconal. Se espera que el proceso de recepción de este documento haga más justicia a esa diversidad de experiencias y afirme la naturaleza policéntrica de la comunión mundial. También se confía en que este proceso fortalecerá nuestro compromiso mutuo y nos ayudará a relacionarnos mejor como copartícipes en la misión de Dios.

Se designó un grupo de seis personas de diferentes regiones para acompañar el proceso de elaboración de *Diaconía en Contexto, a saber*: Gustavo Driau de Argentina, Eva Grollová de la República Checa, Rebecca Larson de los Estados Unidos de América, Dieter Lorenz de Alemania, Selma Shejavali de Namibia y Jongkers Tampubolon de Indonesia. Una última palabra de agradecimiento a los miembros del grupo por su apoyo y sus ideas, que contribuyeron en gran medida al resultado de este proceso.

Ginebra, julio de 2009

Kjell Nordstokke

Director del Departamento de Misión y Desarrollo de la FLM

² El informe de la consulta de Addis Abeba se publicó en *Serving the Whole Person. The Practice and Understanding of Diakonia within the Lutheran Communion. Documentation 54/2009* (Ginebra: FLM, 2009). Se incluyen además informes de las regiones, en los que se da cuenta de las conclusiones y recomendaciones de los talleres regionales.

PARTE I: CONTEXTO DE LA DIACONÍA





© FLM/J. Schep

Parte I: Contexto de la diaconía

1. ¿Por qué es necesario leer el contexto?

Todas las personas viven y actúan en determinados contextos históricos. La Biblia anuncia la acción de Dios en el mundo en contextos históricos específicos y, muchas veces, en situaciones de sufrimiento humano. El relato del Éxodo del Antiguo Testamento narra la intervención de Dios en el marco de experiencias concretas de opresión: «Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en

Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores, pues he conocido sus angustias» (Éxodo 3.7). De manera similar, la encarnación de Dios en Jesucristo tuvo lugar en un contexto social, económico, político, religioso y cultural particular que determinó su ministerio.

La acción diaconal, entendida como parte esencial de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy, también se ve condicionada e interpelada por contextos específicos. Para que sea pertinente, la diaconía necesita «el discernimiento en oración de los signos de los tiempos y una lectura fiel de los contextos»³.

Esa lectura del contexto es una tarea compleja por el hecho de que todos los contextos son polifacéticos y requieren un enfoque interdisciplinario. A modo de ejemplo, el problema de la pandemia del VIH y el

³ *Misión en Contexto: Transformación, reconciliación, empoderamiento. Una contribución de la FLM a la comprensión y la práctica de la misión* (Ginebra: FLM, 2006), 10.

SIDA no puede abordarse únicamente desde la perspectiva médica; para poder comprenderlo totalmente, también deben tenerse en cuenta sus repercusiones sociales, económicas, culturales y religiosas. El sufrimiento está relacionado con todas esas dimensiones, al igual que el servicio y la transformación.

El análisis del contexto tiene que ser crítico, plantear preguntas y poner de manifiesto los presupuestos. En particular, debe incluir las voces que tienden a ser olvidadas, tanto en la iglesia como en la sociedad. Es especialmente importante prestar atención a las historias de las personas marginadas y excluidas, y a su interpretación de por qué las cosas son como son, y de dónde se puede percibir esperanza y un posible cambio. En ese proceso de conocer, analizar y catalogar el contexto, es particularmente importante favorecer un espacio para las perspectivas de las mujeres y la gente joven.

La diaconía solo puede responder a su llamado, desempeñar una función activa hacia un futuro mejor, e iniciar procesos de transformación, cuando se respetan los dones y talentos, la dignidad humana y la experiencia cotidiana de cada persona.

Todas las personas deberían tener la oportunidad no solo de narrar su historia, sino también de que otras la escuchen y valoren. Solo entonces, podrán tomar parte activa en determinar un futuro mejor, e iniciar procesos de transformación.

Por ser acción-basada-en-la-fé, la diaconía conecta la lectura del contexto con la lectura de las Sagradas Escrituras. Historias de sufrimiento y opresión de la realidad actual pueden encontrar explicación e inspiración en historias semejantes de la Biblia. Además, el testimonio bíblico nos recuerda el amor y cuidado incondicionales de Dios a quienes sufren y son víctimas de marginación, y la promesa divina de futuro y esperanza.

Para la diaconía, leer el contexto nunca es un fin en sí mismo. Su finalidad es movilizar la acción diaconal y asegurarse de que en dicha acción esté debidamente considerado el interés de las personas necesitadas. Contribuye a establecer prioridades y a formular objetivos para la acción común, así como a identificar métodos de trabajo que sean eficaces y estén basados

en valores diaconales. Permite conocer los recursos disponibles, las posibilidades y las limitaciones, así como las posibilidades de establecer alianzas.

2. Tendencias mundiales que inciden en los contextos locales

Vivimos en un tiempo en que el contexto local no puede determinar su rumbo de manera aislada. Las tendencias económicas, religiosas, sociales, culturales y políticas más amplias inciden en las situaciones locales. Al mismo tiempo, la realidad de la globalización condiciona en gran medida la vida ecológica, económica, social, cultural e incluso religiosa a nivel mundial.

En el documento de la FLM *Misión en Contexto* se expresa que «*los complejos efectos de la globalización*» figuran en primer lugar en la lista de «*las realidades globales cambiantes que afectan a los contextos globales y locales*», y se señala el carácter ambiguo de la globalización. Ahora bien, cabe señalar que un análisis detallado de las complejidades de la globalización, sus desafíos y oportunidades está fuera del alcance de este documento.

Por un lado, la globalización ha aportado ciertos beneficios a diferentes aspectos de la vida, como la tecnología de las comunicaciones y el conocimiento científico. También ha aumentado el nivel de conciencia sobre los problemas sociales y el sufrimiento humano en todo el mundo, y la capacidad de las personas para reaccionar y responder a las crisis. De hecho, se pueden señalar logros que han facilitado la vida a millones de personas. Por ejemplo, nunca antes tantos niños y niñas habían tenido la oportunidad de recibir educación ni tantas personas habían tenido acceso a agua limpia. Las iniciativas para luchar contra enfermedades graves como la tuberculosis y la malaria muestran resultados alentadores. Mucho de esto ha sido posible gracias a esfuerzos a nivel mundial como los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) establecidos por las Naciones Unidas (ONU) en 2001.



© LUCSA

La globalización económica tiene múltiples consecuencias. Una de las más negativas es que ha abierto una brecha cada vez mayor entre las personas más ricas y las más pobres del mundo. Al mismo tiempo, algunas fuerzas de la globalización económica como las empresas transnacionales no están sujetas al control político ni a la toma de decisiones democráticas. Sin embargo, tienen el poder de determinar el futuro de naciones en-

Por otro lado, la globalización también tiene consecuencias negativas, muchas de las cuales son graves. Es el caso, en particular cuando consideramos la globalización económica tal y como está determinada por las instituciones y las prácticas financieras y comerciales internacionales. *«La globalización económica está impulsada por el supuesto de que si se permite que la ‘mano invisible’ del mercado impere con relativa libertad, garantizará el óptimo bien a cada persona que busque su propio beneficio económico. Los seres humanos se ven ante todo como individuos con necesidades o deseos insaciables, que compiten para adquirir o ‘tener’ más en lugar de ‘estar’ en comunidad con otras personas. Los objetivos que predominan son el crecimiento económico ilimitado, la productividad, la propiedad y el control [y] son los que importan, junto con la disposición a considerar que casi todos los medios pueden ser válidos a la hora de obtener mayores beneficios»⁴.*

⁴ Karen L. Bloomquist (ed.): *Communion, Responsibility, Accountability. Responding as a Lutheran Communion to Neoliberal Globalization*. Documentation No 50, (Ginebra: FLM, 2004), 25–26.

teras, especialmente cuando actúan en alianza con grandes naciones cuyos programas políticos y económicos están estrechamente relacionados, al igual que en los imperios del pasado.

El consumismo, la contaminación y la amenaza sobre el frágil ecosistema son otras consecuencias negativas de la globalización económica. Sucesos recientes han centrado la atención en otros dos temas que han motivado nuevas inquietudes y temores: la fragilidad de los sistemas financieros y los dramáticos efectos del cambio climático, particularmente para los países más pobres y vulnerables.

Esta evolución pone en evidencia la necesidad urgente de hacer frente a la pobreza. Según datos de las Naciones Unidas, en países donde los diferenciales de ingresos se acentúan, al menos el 80% de la humanidad vive con menos de 10 dólares EE.UU. al día. UNICEF informa acerca de la muerte de hasta 30.000 niños y niñas cada día a causa de la pobreza.

En muchas sociedades, se puede observar la feminización de la pobreza como un empobrecimiento que es más agudo en los hogares dirigidos por mujeres y, en particular, entre las mujeres mayores. Ade-

más, las mujeres suelen tener menores oportunidades económicas y políticas para mejorar su bienestar y el de sus familias. La pobreza las atrapa en múltiples niveles de discriminación y dificulta que puedan reivindicar sus derechos.

Tras escuchar informes sobre las condiciones deshumanizadoras que impone la pobreza, los participantes en una consulta de la FLM celebrada en África en septiembre de 2006 sobre la pobreza y la misión de la Iglesia afirmaron lo siguiente: *«En tiempos como estos, es necesario denunciar las fuerzas del pecado que perpetúan la pobreza. Esas fuerzas siguen explotando nuestras tierras y privando a millones de personas del derecho que Dios les ha dado al pan de cada día y a una vida decente. Entre esas fuerzas han de mencionarse los sistemas económicos injustos, la escalada de los conflictos y de la violencia, y la huida forzada de la población de las tierras de sus antepasados. La pobreza agrava la propagación del VIH y el SIDA. Los seres humanos se ven obligados a vivir debajo de los puentes y a buscar en la basura su pan cotidiano. A los hombres, a las mujeres y a los niños y niñas ya no les quedan más lágrimas, y se ven privados/as de sus derechos, sus dones y su potencial. El número de jóvenes que carecen de trabajo y no tienen esperanza continúa aumentando de forma alarmante. En casi todas las situaciones de empobrecimiento, la carga que soportan las mujeres, que gimen en constante tribulación, es abrumadora. Tales condiciones abrumadoras son intolerables y pecaminosas»*⁵.

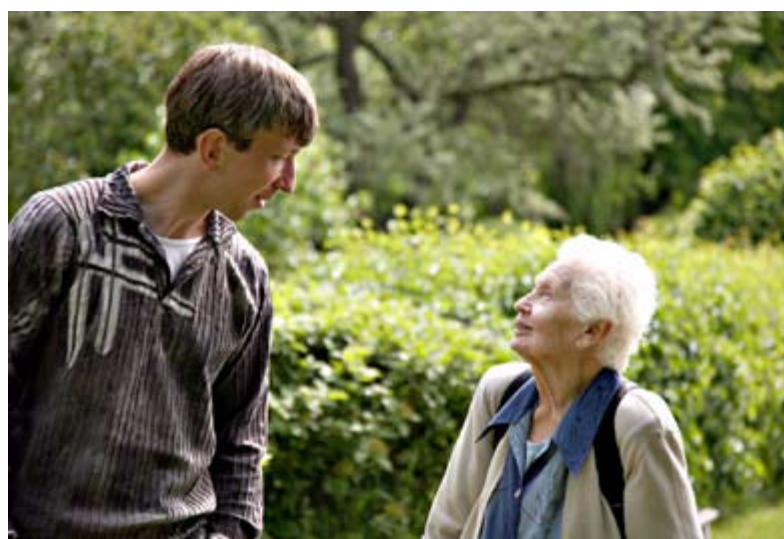
La migración es una de las principales expresiones de esa realidad. El número de personas refugiadas y desplazadas no tiene precedentes. En 2007, se registraron en todo el mundo casi 32 millones de personas refugiadas en más de 70 países, de las cuales cerca de 14 millones eran desplazadas internas. Además, millones de personas han abandonado sus países de origen en busca de un futuro mejor para sí y para sus familias, intentando escapar de la pobreza o de situaciones de inseguridad. Por el hecho de ser trabajadores y traba-

jadoras migrantes no siempre disfrutaban de los mismos derechos y del acceso a los servicios que tienen las personas residentes permanentes. Son vulnerables al maltrato y suelen ser objeto de discriminación y xenofobia.

La trata de seres humanos es otra experiencia de ese sufrimiento humano y quizá la más dolorosa. Se la considera el negocio delictivo que más rápido crece en el mundo, y que fuerza a cientos de miles de personas, la mayoría mujeres, a someterse a la prostitución y la servidumbre doméstica, las formas modernas de la esclavitud.

La «fluidez social» se ha convertido en un concepto importante para describir la tendencia de la mayoría de las sociedades a evolucionar desde estructuras rígidas con frecuencia determinadas por la clase, la composición étnica y la heterogeneidad cultural hacia formas pluralistas de convivencia. La migración y la urbanización son dos factores de gran importancia en esta evolución. La fluidez social puede romper las barreras étnicas y culturales tradicionales. Pero puede también hacer mella en la identidad y la responsabilidad colectivas, y promover formas de individualismo que dejan a las personas solas ante las luchas de la vida.

Otra consecuencia de esa «fluidez» es que las cuestiones éticas se consideran relativas, dejando en la esfera individual la toma de decisiones sobre temas tales como el aborto, la eutanasia y la intervención genética. La tecnología moderna y los progresos de la ciencia han hecho que las cuestiones de la vida y la muerte humanas sean



© ECCB/Jan Silar

⁵ Karen L. Bloomquist, Musa Panti Filibus (eds): *«So the poor have hope, and injustice shuts its mouth»*. *Poverty and the Mission of the Church in Africa*, LWF Studies 01/2007 (Ginebra: FLM, 2007), 16.

mucho más complejas de lo que eran hace solo una generación. ¿Se pueden tratar esos asuntos de manera individual? ¿O necesitan, por el contrario, estar anclados en sistemas de valores que puedan llevarlos más allá del interés inmediato de la acción?

La «cohesión social» (entendida como una comunidad que cuenta más que con la suma de las personas que la componen) ha pasado a ser una condición necesaria para formar la sociedad. ¿Cómo se genera esa cohesión social? Parecería que incluye varios componentes diferentes: ideas políticas, valores éticos, convicciones básicas y percepciones acerca de lo que es bueno, y por lo que vale la pena luchar. La fe está relacionada con todos esos elementos, y las personas religiosas pueden desempeñar una función importante en el proceso de generar cohesión social. Este es uno de los potenciales de la apertura de la posmodernidad a la pluralidad religiosa y cultural. El llamado «retorno de la religión» tiene esa dimensión prometedora, aunque también debe ser considerado en relación con su temible dimensión, la de fomentar el fundamentalismo reaccionario y violento. Para la diaconía, esta evolución abre nuevas posibilidades de integrar fe y acción, y de promover la esperanza, el amor y la justicia en medio de la realidad humana.

Estas cuestiones interpelan a las iglesias para que adopten un servicio de diaconía que sea capaz de actuar con osadía en favor de las personas que sufren y son marginadas, y para que se comprometan con la causa de la

defensa de la justicia, la paz y la integridad de la creación. Esas cuestiones deben tenerse en cuenta a la hora de seleccionar los ámbitos prioritarios para la acción diaconal y de tomar decisiones acerca de por qué ciertas actividades reciben más atención que otras. Además, tienen consecuencias en los métodos que se han de adoptar para realizar la labor diaconal. En todo ello, la diaconía —en la práctica y en la teoría— debe reflejar la ineludible relación que mantiene con su entorno y todas las dimensiones de ese entorno: social, política, religiosa, económica y cultural.

La conciencia sobre la situación mundial no debería apartar la atención de lo local y su importancia. Solo es posible entender correctamente las tendencias mundiales desde la perspectiva de lo local, interpretando y evaluando los efectos que tienen en la vida cotidiana de la gente común. El panorama mundial ayuda a comprender el local, pero también se puede decir lo contrario. Se ha creado la palabra «glocal» [en inglés] para hacer alusión a esa interconexión entre lo global/mundial y lo local, tanto en el análisis como en la acción. No obstante, la lectura del contexto local tiene que traspasar las perspectivas generales, debe estar relacionada estrechamente con las condiciones y problemas locales. Solo entonces se podrá entender el panorama más amplio, lo que permitirá a los/las agentes diaconales determinar con ojo crítico si su labor responde a los problemas determinados o si es necesario una renovación, un replanteamiento de objetivos y estrategias, o la creación de nuevas alianzas.

Por esa misma razón, no debería subestimarse el potencial del contexto local para oponer resistencia e incluso presentar alternativas a las tendencias mundiales. Un ejemplo alentador son las iniciativas de comercio justo que ponen en contacto a hombres y mujeres agricultores a nivel local con consumidores y consumidoras locales de otra parte del mundo. La historia ofrece relatos increíbles de renovación y cambio inesperados que tienen lugar en lo que se considera la periferia. Se ha demostrado que no es cierto el comentario cínico de Natanael en Juan 1.46: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?», que nos recuerda una y otra vez la falta de respeto que pueden mostrar las personas hacia la realidad local y su potencial para la transformación.



© FLM/S. Lim

3. Contextos de la acción diaconal en constante evolución

La acción diaconal ha cambiado de una generación a la siguiente de acuerdo con las condiciones del contexto. Esto se debe en parte a problemas como los que se han mencionado antes; también depende de las condiciones ideológicas y del tipo de interpretación que se da en la sociedad a la intervención diaconal.

En la mayoría de las regiones, las tendencias mundiales tienen consecuencias significativas para la labor diaconal. Plantean nuevos problemas y cambian las condiciones de la intervención diaconal. Se ha hecho referencia anteriormente a algunas de esas tendencias.

Sin embargo, también hay realidades locales o regionales que inciden en la labor diaconal. En muchos países del Sur, el empobrecimiento generalizado tiene consecuencias para la iglesia. En la mayoría de los contextos, se ha hecho más difícil costear instituciones diaconales como los hospitales. El apoyo económico de las entidades asociadas del Norte es cada vez menor. De ahí que algunas iglesias, por ejemplo, lleguen a la conclusión de que ya no pueden continuar la labor y decidan poner los hospitales en manos del gobierno o del sector privado. Es posible argumentar que esas instituciones son una herencia de la época en que la acción misionera traía consigo suficientes recursos del exterior, y que la labor diaconal de hoy debería tener más movilidad, estar más orientada a las necesidades de la comunidad y depender menos de estructuras costosas. Por otro lado, es doloroso que las iglesias tengan que renunciar a su labor en el ámbito de la salud, particularmente en un momento en que se plantean situaciones muy difíciles como la pandemia del SIDA.

En su entorno local, la pobreza tiene expresiones bien diferenciadas y causas profundas específicas. La mala gobernanza, la corrupción, los conflictos étnicos y las guerras civiles son algunos de los factores que añaden más sufrimiento a las personas que viven en la pobreza. Al mismo tiempo, también existen



© FLM/D. Lorenz



Hauptarchiv der v. Bodelschwinghschen Anstalten Bethel

factores que instan a las iglesias a que renueven su compromiso diaconal y encuentren nuevas maneras de prestar asistencia a las personas que viven en la pobreza y la opresión y trabajar con ellas para restituir su dignidad y defender sus derechos.

Europa del Este es una región que ha experimentado cambios espectaculares en las últimas décadas. En el pasado, las iglesias participaban en diferentes tipos de labor diaconal, en particular por medio de instituciones. Cuando los gobiernos comunistas llegaron al poder, esa labor fue interrumpida y muchos edificios fueron confiscados. En el momento en que el comunismo se derrumbó, las iglesias se sintieron interpeladas para revitalizar su compromiso diaconal. Y, sobre todo en la primera etapa, contaron con el firme apoyo de organismos diaconales de Occidente, lo que les brindó la posibilidad de poner en marcha actividades a ese respecto. Pero pronto comprendieron que no podían depender de los recursos del exterior, ni tampoco volver a la situación anterior al comunismo y a la posición que habían ocupado como iglesias. Era claramente necesario dar una nueva orien-

tación al compromiso diaconal de acuerdo con los nuevos problemas y las nuevas condiciones políticas.

En Europa occidental, también se han producido cambios significativos en las últimas décadas. Como consecuencia del establecimiento del Estado benefactor (del bienestar) en la década de los años cincuenta y sesenta, las instituciones diaconales fueron integradas en el sistema. Los diferentes países lo experimentaron de distinto modo. Sin embargo, el principio fundamental era que el acceso a los servicios de salud y sociales se basaba en la solidaridad y la justicia, no en la caridad. Otro supuesto importante era que esos servicios debían estar a cargo de profesionales y de acuerdo con las normas públicas.

La asistencia social moderna ya no podía basarse en la motivación y los valores religiosos, sino que tenía que apoyarse en ideas políticas y preocupaciones sociales. Eso ha tenido una fuerte incidencia en la acción diaconal, especialmente cuando es financiada con dinero público o integrada de otras maneras en los programas de salud pública y social. Cabe señalar

que, en esas situaciones, la secularización de la sociedad ha inducido una cierta secularización de las instituciones diaconales y de la labor diaconal.

Aunque no cabe duda de que esa situación continúa siendo difícil, en las últimas décadas se ha sumado otro problema. En algunos países occidentales, los sistemas de asistencia social están en el punto de mira. Las críticas apuntan a que no son eficientes y que son demasiado caros. Se está fomentando la privatización y adoptando otras soluciones orientadas al mercado. ¿Dónde se sitúan a sí mismas las instituciones diaconales en este debate? En tanto organizaciones sin ánimo de lucro no son comerciales y, por lo tanto, no son ni públicas ni privadas; suelen oponer resistencia a la exigencia de ser rentables, en particular, cuando es a costa de valores fundamentales y de la calidad de la asistencia.

¿De qué forma la identidad ideológica distintiva de la diaconía permite responder a esos diversos desafíos? ¿Proporciona la labor diaconal valores nuevos y competencia específica? ¿Existe el riesgo de que las presiones políticas y económicas despojen a la acción diaconal de su identidad?

La relación entre la diaconía y las autoridades públicas suele reflejar la relación que mantienen la Iglesia y el Estado en un país. En algunos lugares, esto implica una colaboración estrecha a condición de que la labor diaconal se lleve a cabo en nombre del Gobierno y sea financiada enteramente con dinero público. En otros lugares, una actitud de desconfianza mutua entorpece esas relaciones. La cuestión que se plantea es si para que funcione la cooperación entre las autoridades del gobierno y la diaconía es necesaria la tradicional alianza «Estado-Iglesia» o si pueden establecerse otras clases de relaciones como, por ejemplo, en el marco de la sociedad civil.

4. Espirales de desesperanza y espirales de esperanza

El panorama del mundo globalizado que se presenta aquí puede ser percibido como una espiral de desespe-

ranza. Las dificultades y el sufrimiento que se experimentan a nivel individual están relacionados con las correspondientes experiencias a otros niveles, como el social, el político y el ideológico. En ese proceso, no solo se afirma el sentimiento de impotencia y miedo, sino que podemos decir que aumenta.

A nivel político, en algunos países, la gente ve cómo se están reduciendo las subvenciones a los alimentos básicos, generalmente debido a la presión de las autoridades financieras internacionales. En otros países, los sistemas públicos de asistencia social son objeto de recortes o se eliminan. En ambos casos, las personas más pobres son quienes se ven más afectadas. A nivel ideológico, esto lo explica el neoliberalismo orientado al mercado; y hay quienes critican que el bienestar social es demasiado caro y que con el tiempo debilitará la economía nacional.

En muchos países, la riqueza privada ha aumentado al mismo tiempo que se han empobrecido las instituciones públicas, lo que probablemente refleja una tendencia a la individualización en la cultura posmoderna.

La individualización es la forma de vida de seres humanos autónomos que buscan oportunidades individuales, asumiendo responsabilidad únicamente por su futuro. Ahora bien, lamentablemente, no



© FLM/D. Lorenz

todas esas personas pueden alcanzar una buena vida en esas condiciones. Puede haber razones personales, económicas o culturales, o incluso una combinación de las mismas, que impidan a las personas tener la parte que les corresponda de lo que se consideran bie-

nes y derechos comunes. Por el contrario, se margina su acceso a esos bienes y derechos. La espiral de desesperanza no solo añade una experiencia negativa tras otra a medida que relaciona un nivel con otro, sino que también tiene una especie de efecto centrífugo en el sentido de que envía más lejos, hacia la periferia, a quienes quedan atrapados/as dentro de ese sistema.

Así pues, la marginación debe considerarse como una experiencia pluridimensional. Tiene una dimensión personal, la pérdida de autoestima de las personas que son estigmatizadas y silenciadas. A nivel social, se establecen mecanismos de exclusión que se justifican ideológicamente.

Desde luego, describir la realidad de este modo es muy parcial, y, afortunadamente, la mayoría de las personas tienen una vida mucho más rica de lo que se presenta en esta espiral de desesperanza. Las personas experimentan el amor y la bondad y tienen relaciones que dan motivos de esperanza de cara al futuro. La experiencia muestra asimismo que es posible romper la espiral. El punto de entrada puede ser cualquiera de los distintos niveles: el individual, el social, el político o el ideológico. La lucha contra el *apartheid* es un ejemplo importante donde diferentes agentes encontraron distintos puntos de entrada para el mismo compromiso.

En tanto seres humanos, cada cual vive su vida como una persona individual y como parte de una comunidad, como miembro de una familia, como vecino o vecina, como compañero o compañera, como amigo o amiga, como ciudadano o ciudadana. El conocido concepto africano de *ubuntu* transmite una comprensión de la identidad de una persona como el estar en relación con otras personas. El arzobispo Desmond Tutu describe ese concepto como una persona cuya seguridad en sí misma resulta de saber que pertenece a un conjunto o colectivo mayor, y está abierta y disponible. Por lo tanto, todas las personas son menospreciadas cuando una de ellas es humillada o menospreciada, torturada u oprimida.

Esa identidad se puede imaginar como una espiral en la que las relaciones están ligadas de tal manera que siempre se expanden e incluyen a otras personas. Así fue como Nelson Mandela describió en una ocasión *ubuntu*:

«cuando un viajero que atraviesa un país se detiene en una aldea no tendría que pedir comida o agua. Al detenerse, la gente le daría comida, lo recibiría. Este es un aspecto de *ubuntu*, pero tiene varios otros. *Ubuntu* no quiere decir que las personas no deben ocuparse de sí mismas. Así pues, la pregunta es la siguiente: ¿Está dispuesto a actuar de esa forma con objeto de que la comunidad que le rodea pueda mejorar?»⁶.

Está claro que conceptos como *ubuntu* pueden ser utilizados de una manera romántica que idealiza una tradición sin reconocer la dura realidad social y las experiencias de fragmentación de la sociedad sudafricana. Una de sus virtudes es que incluye el cuidado y la asistencia de manera holística. No obstante, señala la importancia y la promesa de estar relacionado con otras personas de forma a mantener continuamente viva la esperanza. El siguiente diagrama de una espiral de esperanza puede ser una manera útil de ilustrar ese concepto.

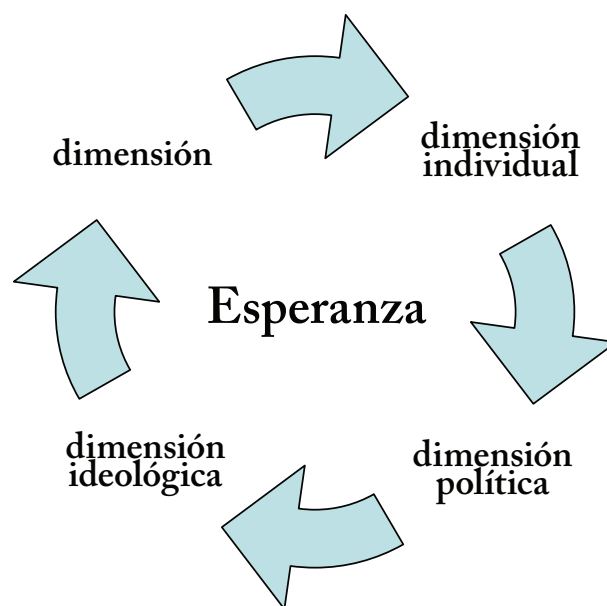


Fig. 1: La espiral de esperanza

El punto de partida aquí es comprender que la dignidad humana se expresa y afirma en distintas dimensiones y en las relaciones entre esas dimensiones. Esto es lo que crea la comunión y así es como se viven los valores de la comunión.

⁶ [http://en.wikipedia.org/wiki/Ubuntu_\(philosophy\)](http://en.wikipedia.org/wiki/Ubuntu_(philosophy)).

La *dimensión política* hace referencia al hecho de que la vida política depende de los ciudadanos y las ciudadanas que expresan su esperanza y visión de futuro. Los múltiples movimientos sociales, que forman la sociedad civil, con su poder para fortalecer la democracia y los procesos políticos participativos desde abajo son un ejemplo al respecto.

Y establece una relación con la *dimensión ideológica* que define lo que es verdad, bueno y justo, y que induce a las personas a presentar programas que promuevan la solidaridad, la justicia, la paz y el cuidado de la creación según su visión del mundo y sus valores.

Es en la *dimensión social* donde queda claro si cada persona tiene espacio para participar según su propia identidad y compromiso. Si no hay espacio, la ideología puede volverse totalitaria, que es lo que ocurre cuando solo se permite una verdad o solo se expresa una única interpretación de la esperanza. La esfera social tiene la posibilidad de establecer mecanismos de inclusión, de capacitar para la participación y de reconocer que las diferencias humanas son un potencial, no un problema.

Las múltiples dimensiones de la realidad son, desde luego, mucho más complejas de lo que esta ilustración puede explicar. También existen contradicciones dentro de cada una de las dimensiones que no permiten actuar por una vida mejor de forma tan sencilla como se podría esperar.

A pesar de todo ello, los mapas de caminos siempre han sido importantes para las personas que se mueven de un lado para otro. La esperanza también necesita mapas de caminos. El verdadero interrogante es si la esperanza, en cuanto ansiedad profunda de cada ser humano por algo mejor, está fundada en lo que somos como creación de Dios. La esperanza no es solo una dimensión intrínseca del ser. Todos/as hemos visto la esperanza hacerse realidad, como demuestran muchas experiencias: un familiar que se recupera de una enfermedad grave, un problema comunitario que se soluciona gracias a la acción en colaboración, o personas oprimidas que logran liberarse. En esos ejemplos, las espirales de esperanza pudieron

expresarse y reforzar una realidad más amplia en sus dimensiones política, ideológica y social.

La diaconía se ve interpelada por la espiral de desesperanza, y, en su acción, busca dar apoyo a la espiral de esperanza. La diaconía toma la iniciativa de acompañar a las personas cuando tratan de avanzar paso a paso, con miras a la transformación, la reconciliación y el empoderamiento.

En 2003, la Iglesia Evangélica Etíope Mekane Yesus emprendió un proyecto para niños y niñas huérfanos a causa del SIDA. La mayoría de ellos/ellas habían estado viviendo solos/as durante años sin ninguna asistencia ni esperanza en el futuro. La iglesia decidió colaborar con líderes comunitarios para seleccionar a unos 150 niños y niñas entre los más necesitados para participar en ese proyecto. El objetivo era no solo proporcionarles comida y techo, sino integrarlos a otras familias. En cada caso, los niños y niñas encontraron familias que vivían en su antiguo barrio. Las familias recibieron fondos para la compra de comida, camas y mantas, así como para los útiles escolares. Las visitas regulares de los trabajadores de la iglesia permitieron garantizar el acceso a la atención médica y la enseñanza. Después de tres años de experiencia, se pidió a esos niños y niñas que hablaran del mayor cambio que ese proyecto había traído a sus vidas. Todos/as respondieron de la misma forma: ahora tenemos un lugar donde pasar la noche, comemos todos los días, vamos a la escuela y tenemos padres y madres, y hermanos y hermanas con los que vivimos. El cambio más hermoso es que antes no teníamos hogar y vivíamos solos, y ahora estamos en comunidad y eso nos da esperanza de cara al futuro.

5. Problemas existenciales en todos los contextos

Es importante recordar que algunas dimensiones fundamentales de la vida humana son constantes y no dependen de los diferentes contextos. Ponen en evi-

dencia problemas existenciales que siempre requieren una respuesta diaconal, como puede ser el hecho de que todos los seres humanos somos vulnerables a la enfermedad, el dolor y el sufrimiento, y que somos seres mortales que no pueden escapar a la muerte. Desde esta perspectiva, queda claro que la diaconía es una tarea y una posibilidad en todas las situaciones humanas.

Además, todos los seres humanos experimentamos la fuerza destructora del mal en nuestro interior y en nuestro entorno, que intenta perjudicar y destruir relaciones y responsabilidades. A veces actuamos en contra de nuestras convicciones más profundas y no hacemos lo que se espera que hagamos. Las buenas intenciones también pueden tener el efecto contrario. Desde el punto de vista teológico, esto está relacionado con el concepto de pecado original, el reconocimiento de que todos los seres humanos por su misma naturaleza realizan actos pecaminosos. Esa realidad nos convierte en víctimas del mal, al mismo tiempo que nos hace también corresponsables de la maldad.

Pero esa no es toda la verdad. En Cristo somos una «*nueva criatura*» (2 Corintios 5.17), que ya no está presa por el poder del pecado. La acción diaconal trata de resistir al mal en todos los niveles, incluido el nivel social y político. Tenemos que hacer frente y denunciar el mal. La acción diaconal da a conocer con valentía otras maneras de ser humano en la perspectiva de la fe, el amor y la esperanza.

El contexto influye, por supuesto, en la forma en que se responda a estos problemas existenciales. Dentro de una espiral de desesperanza, al dolor se le suma con frecuencia más dolor. Esto puede ocurrir tanto en una sociedad opulenta como en lugares de extrema pobreza. Del mismo modo, el sufrimiento puede verse aliviado allí donde las espirales de esperanza crean espacios para el cuidado, la solidaridad y el compromiso con la justicia, y para el amor en Cristo que «*nunca deja de ser*» y «*todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*» (1 Corintios 13.7-8).

Preguntas para continuar reflexionando

1. ¿Cuáles son los problemas más urgentes en la sociedad que exigen una respuesta diaconal por parte de su iglesia? ¿Se trata de situaciones locales, regionales o mundiales?
2. ¿Cómo se lleva a cabo la labor diaconal en su iglesia? ¿Qué respuesta se da a los problemas a los que se hace referencia en la pregunta anterior?
3. ¿Se puede hablar de “la espiral de esperanza” en su contexto (p. 20)? ¿Cómo la utilizaría para interpretar la situación en la que vive?

PARTE II: LA IDENTIDAD DE LA DIACONÍA





© EYCE

Parte II: La identidad de la diaconía

1. La fe que confesamos en el Dios Trino y Uno

Los/as cristianos/as confesamos la fe en el Dios Trino y Uno (Triuno). Es esta fe la que constituye la identidad de la Iglesia y, por lo tanto, la identidad de la diaconía.

La fe en Dios el Creador confiesa que *«de Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan»* (Salmos 24.1). La fe en el Creador implica asimismo admi-

ración y alabanza, reconociendo la dignidad y profunda calidad de lo que es creado. Esto concuerda con la conclusión a que llegaba el propio Creador al terminar la Creación de cada día: *«Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera»* (Génesis 1).

El Salmo 19 anuncia incluso una celebración cósmica de Dios como Creador. «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz y hasta el extremo del mundo sus palabras». De manera similar, el autor de Salmos 8 alaba al Creador: «¡Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!». Y continúa señalando el sorprendente rol y la dignidad de los seres humanos: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: “¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visi-

tes?» [...] Lo has hecho poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra».

Esa fe contradice las visiones del mundo que reducen la Creación a cosas materiales que los seres humanos pueden consumir y hasta malgastar libremente. Lo material nunca es solo material, sino una expresión de la buena voluntad de Dios, y objeto de su amor infinito. La buena creación de Dios no puede verse reducida a un objeto de consumo humano, sino que es digna de respeto y cuidado. Todos los seres pertenecen juntos al ecosistema de relaciones mutuas e interdependencia. Sobre todo en estos tiempos de alarmante crisis ecológica, este punto de vista sistémico pasa a ser una prioridad urgente.

La dignidad de los seres humanos tiene sus raíces más profundas en que han sido creados a imagen de Dios. Sin embargo, ello no justifica ningún tipo de antropocentrismo por el cual el resto de las creaciones se consideren únicamente al servicio de los seres humanos. Todo lo contrario, Dios confía al género humano la responsabilidad especial de cuidar de su creación en calidad de administradores/as.

La acción diaconal afirma esta vocación e intenta brindar oportunidades para ser copartícipes en la misión de Dios. Esa acción confiesa la presencia constante de Dios en el mundo como Creador, todos los días y en todas las situaciones. Suma su voz a la proclamación cósmica de la gloria del Dios Trino y Uno. Este concepto de creación constante encuentra expresión en el Catecismo Menor de Lutero:

Creo que Dios me ha creado a mí juntamente con las demás criaturas; que me ha dado mi cuerpo y mi alma, mis ojos y mis oídos y todos mis miembros, mi razón y todos mis sentidos; y aún los sostiene; además, me da vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, consorte e hijos, campos, animales y toda clase de bienes; que me provee a diario y abundantemente de todo lo que mi cuerpo y mi vida necesitan, me protege de todo peligro y me preserva y libra de todo mal. Y todo esto lo hace por pura bondad y misericordia paternas y divinas, sin que yo lo merezca, ni sea digno de ello. Por tan-

to, estoy obligado a darle gracias por todo y ensalzarle, servirle y obedecerle. Esto es ciertamente la verdad.

Esta visión del mundo motiva a cristianos y cristianas para toda clase de acción diaconal, así como para que trabajen junto con todas las personas de buena voluntad, reconociendo que cada ser humano es creado a imagen de Dios y recibe de ese modo el mandato de ser colaborador de Dios en el amor y cuidado continuos de Dios por toda la Creación.

Aun así, la fe cristiana reconoce que las fuerzas del mal, la injusticia y la muerte intentan cada día destruir la vida –tanto fuera como dentro de la iglesia y que hay situaciones en las que esas fuerzas parecen salir victoriosas. Incluso en esos casos, la esperanza predomina basándose en el mensaje bíblico de que Dios es el Dios de Vida quien da futuro y esperanza, especialmente a las personas pobres y excluidas (*«en esperanza contra esperanza...»*, Romanos 4.18; *«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve»*, Hebreos 11.1). Esa fe impulsa a la acción diaconal a resistir el mal y promover la justicia, a abogar por las personas necesitadas y con ellas, y a actuar con osadía, como signos transformadores de esperanza.

La fe en Jesucristo lo confiesa como el Dios encarnado que «no vino para ser servido, sino para servir y para *dar su vida en rescate por todos*» (Marcos 10.45). Aquí, Jesús

Dios ama a toda la humanidad. Como Dios nos ha amado primero, somos capaces de amar y respetar la dignidad de todos los seres humanos. El pensamiento y la acción diaconales se centran principalmente en aquellas personas cuya dignidad ha sido objeto de ofensa. Para ello se requiere una base espiritual, arraigada en la obra de Dios y en el servicio de Cristo. Así pues, la Iglesia ha recibido el mandato de dar testimonio a toda la humanidad del amor de Dios por el mundo en Jesucristo. La actividad diaconal es una de las formas de ese testimonio.

Fuente: *DIAKONIA CHARTER* de la Federación Europea de la Diaconía, 2000

se refiere a su misión mesiánica utilizando la palabra «servir» (en griego: *diakonein*) de un modo que hace de la proclamación y la diaconía dimensiones integrales de su venida en cuanto irrupción del Reino de Dios.

Desde el principio, la proclamación de Jesús afirma la naturaleza amplia de su misión. La diaconía de Jesús tiene varias dimensiones. Es un acto de liberación y reconciliación, de sanación y enaltecimiento de quienes son «*como ovejas que no tienen pastor*» (Mateo 9.36), en particular poniéndose del lado de quienes sufren, de quienes son víctimas de la opresión y la marginación. Por medio de la diaconía de Jesús la dignidad humana es afirmada y defendida. Se establecen vínculos y se afirman, perdurando incluso en tiempos de sufrimiento y muerte. Así, la diaconía da testimonio profético de los valores del Reino de Dios.

Todo esto pone de manifiesto otra dimensión de la diaconía de Jesús: su autoridad para invitar a las personas, aunque sean pecadoras, a participar en la comunidad mesiánica que él establece, y para darles los medios que les permitan participar en su misión. A esto se refiere en el mismo momento en que instituye la Eucaristía: «*Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve*» (Lucas 22.27). De esta manera, la diaconía de Jesús no solo constituye la comunidad, sino que también capacita a quienes pertenecen a ella. Es una manifestación de la gracia de Dios que reconcilia, transforma y em-

podera. Es también el mensaje principal del relato de cuando Jesús lava los pies de sus discípulos (Juan 13). Aunque no aparece en ese capítulo, la palabra diaconía describe el ministerio de Jesús como una acción poderosa en el sentido de que los discípulos «*[tienen] parte*» con él (Juan 13.8). Por consiguiente, el lavatorio de los pies no es ante todo una demostración ética de humildad; sino el anuncio de la llegada de una nueva era en la historia de la humanidad y demuestra la autoridad diaconal de Jesús por la cual es proclamada la inclusividad de la nueva comunidad de discípulos (Juan 1.12).

La fe en el Espíritu Santo pide que el soplo de Dios que da vida despierte misericordiosamente la fe y permita la participación en la vida y la misión de la comunión de creyentes. En la historia sobre la venida del Espíritu Santo en Hechos 2 se narra ese acontecimiento, pues cuenta cómo los discípulos, que antes estaban asustados, fueron transformados cuando el Espíritu descendió sobre ellos y recibieron la capacidad que les permitiría realizar la misión a ellos encomendada.

El día de Pentecostés, el apóstol Pedro anunció la venida del Espíritu Santo como cumplimiento de la promesa del profeta Joel de que «*vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán [...] y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu*» (Hechos 2.17-18). La mención expresa de los hijos e hijas, de las mujeres e incluso de los siervos y siervas afirma la naturaleza inclusiva de la obra del Espíritu, contradiciendo en buena parte lo que se suele considerar el orden natural de la autoridad. Esto es totalmente conforme con la manera en que Jesús invirtió con frecuencia el orden social de su época, dando voz a personas que se esperaba que guardaran silencio.

El Espíritu Santo hace de la inclusión un valor fundamental en la vida de la iglesia y en la práctica diaconal. El bautismo es un espacio sagrado en la vida de la iglesia donde se anuncia la inclusividad de manera radical dado que hasta los niños y las niñas de corta edad son aceptados en la comunión de los creyentes. Al mismo tiempo, el bautismo es el momento preciso en que el Espíritu Santo habilita para la participación en



© FLM/E.-S. Vogel-Mfatto

la misión de Dios. Según una antigua tradición de la Iglesia, las personas bautizadas reciben una vela encendida que recuerda a la persona que la recibe y a todas las personas que han recibido el bautismo las palabras de Jesús a los discípulos: *«Vosotros sois la luz del mundo [...] Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»* (Mateo 5.14-16).

En las enseñanzas de Pablo, esto está relacionado con los dones (*carisma*) del Espíritu: *«Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo»* (1 Corintios 12.4-5). Esos dones preparan a la persona cristiana para el ministerio, pero también preparan a la comunidad en su conjunto para constituir el cuerpo de Cristo. De esa forma se afirma el valor de los diversos dones, de la misma manera que un cuerpo está compuesto por diferentes miembros. Pablo aconseja que no se dé más importancia a unos dones que a otros y recuerda que, en el cuerpo, incluso los miembros más pequeños son esenciales y no pueden perderse.

En la tradición luterana, la doctrina del valor equivalente de los dones ha llevado a lo que se entiende como *el sacerdocio de todos/as los/as creyentes*, que también se puede volver a formular como *la diaconía de todos/as los/as creyentes*, a la que todas las personas bautizadas están llamadas y para la que todas ellas están preparadas, sin importar su aparente rango o sus condiciones sociales. La condición fundamental para esa realidad es el derramamiento del Espíritu Santo y el don de la comunión con Cristo. El bautismo nos hace partícipes de la muerte y la resurrección de Cristo para que *«así también nosotros andemos en vida nueva»* (Romanos 6.4). En Cristo, que es la luz del mundo, quienes lo siguen son transformados para que sean la luz del mundo.

Esto refleja la explicación de Lutero sobre el Espíritu Santo en el Catecismo Menor:

Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a Él; sino que el Espíritu Santo me ha lla-

mado mediante el Evangelio, me ha iluminado con sus dones y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe, del mismo modo que Él llama, congrega, ilumina y santifica a toda la cristiandad en la tierra y en Jesucristo la conserva en la única y verdadera fe; en esta cristiandad Él nos perdona todos los pecados a mí y a todos los fieles diariamente con gran misericordia, y en el postrer día me resucitará a mí y a todos los muertos y me dará en Cristo, juntamente con todos los creyentes, la vida eterna. Esto es ciertamente la verdad.

Se trata de una sólida fundamentación para la inclusión y el empoderamiento que permitan participar en la misión de Dios.

Diaconía es el ministerio de servicio de la iglesia. Es el Evangelio en acción y se expresa en el amor al prójimo, la creación de comunidades inclusivas, el cuidado de la creación y la lucha por la justicia.

Definición de diaconía, Plan para la diaconía de la Iglesia de Noruega

2. La diaconía como parte integrante de ser Iglesia

Desde el principio, fue imprescindible para la comunidad cristiana dar continuidad a la misión diaconal de Jesús. El recuerdo de sus enseñanzas sin duda plasmó los valores y las cualidades de su estilo de vida: *«porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis»* (Juan 13.15) y; *«como me envió el Padre, así también yo os envío»* (Juan 20.21).

Así pues, la diaconía se convirtió en un concepto fundamental de la vida de las congregaciones cristianas en todo el Imperio romano. Diaconía también fue el término utilizado para la designación de posiciones de liderazgo en la iglesia (p. ej., Romanos 11.13; 2 Corintios 4.1; Colosenses 4.17). La historia de la instalación de los siete nuevos líderes en la congregación de Jerusalén en Hechos 6 muestra cómo la marginación de las viudas griegas puso en entredicho la natu-



© FLM/E.-S. Vogel-Miäro

vida diaria, sus planes y proyectos. Por consiguiente, es natural que se designen como diaconía ciertas acciones concretas. Un ejemplo ya mencionado es la distribución diaria de alimentos y otras cosas necesarias en Hechos 6.

Otro ejemplo es la colecta organizada por Pablo y sus compañeros para la congregación pobre de Jerusalén. Se hace alusión a esta iniciativa en varios pasajes del Nuevo Testamento donde se la llama simplemente 'la diaconía'. Podemos encontrar el comentario más extenso en 2 Corintios 8 y 9. La manera en que el apóstol Pablo amonesta a la congregación en Corinto para que participe en la

raleza inclusiva de la Iglesia. No era solo la dignidad de aquellos a quienes se dejaba de lado en la diaconía diaria lo que estaba en peligro, sino el propio carácter diaconal de la comunidad. Ignorar esa situación hubiera sido ignorar el poder devastador del pecado y su potencial para destruir lo que Dios ha reconciliado en Cristo. La instalación de los siete, cuyos nombres griegos sugieren que probablemente representaban el entorno cultural y social de las viudas, no era solo una cuestión práctica para que las cosas se hicieran mejor. Era una forma de afirmar el entendimiento fundamental que la Iglesia tenía de sí misma, por el bienestar de toda la comunidad y como testimonio público. Los siete estaban «llenos del Espíritu», lo cual recuerda que el Espíritu Santo, que está dando vida a la Iglesia, es, además, el poder que bendice su estilo de vida diaconal. El relato concluye así: «La palabra del Señor crecía y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén...» (Hechos 6.7).

La diaconía, por lo tanto, está relacionada con valores, actitudes y estructuras de la congregación. En otras palabras, es una expresión de lo que es la iglesia por su misma naturaleza y de lo que se manifiesta en su

colecta es interesante e instructiva, incluso hoy, para el desarrollo de una teología de la diaconía.

Para empezar, vale la pena advertir que Pablo no hace referencia explícita a la pobreza que afecta a la congregación de Jerusalén. Puede ser que su situación ya fuera bien conocida y no hiciera falta hablar más de ello. Pero es más probable que se deba a la comprensión fundamental de la diaconía como algo cimentado en principios teológicos y eclesiológicos, y no principalmente en las diferentes situaciones de necesidad humana.

Para Pablo, la diaconía es una expresión de la *koinonía*, la nueva comunión del pueblo de Dios en Jesucristo. No deja de ser interesante que Pablo utilice incluso la expresión *la koinonía de la diaconía* (2 Corintios 8.4). Las congregaciones cristianas de Corinto, Macedonia, Jerusalén y otros lugares están unidas para la diaconía y, al mismo tiempo, unidas por la diaconía, ante todo por la misión diaconal de Jesús: «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos» (2 Corintios 8.9).

Una palabra clave aquí es gracia. La forma en que Pablo utiliza esa palabra nos lleva a comprender que la

gracia es más que una actitud; se manifiesta como intervención concreta, revelada en Jesús encarnado y en su obra salvífica. La gracia de Dios revelada como obra de amor crea y sostiene la comunión. Estar en Cristo entraña estar en su gracia y participar en su constante y activa obra de amor. La práctica de la diaconía, sus valores y actitudes de inclusividad y el compartir mutuo de recursos implican claramente exigencias éticas, pero su base está en la experiencia de la gracia de Dios y en el don de pertenecer a la comunión creada por gracia divina.

Aunque pueda darnos la impresión de que la diaconía es algo exclusivamente espiritual y alejado de la vida cotidiana, la última parte de 2 Corintios 8 muestra cuán concreta tiene que ser. Aquí, Pablo plantea cuestiones de organización y la responsabilidad de rendir cuentas a la hora de administrar el dinero recaudado, señalando así la importancia de la responsabilidad y la transparencia cuando se practica la diaconía. Pero más aún: encontramos referencias a la comunión. La honradez es una cuestión de relaciones, tanto con Dios como con el prójimo. La falta de honradez supondría romper la comunión. También es significativo que Tito, a quien se da una función clave en la organización de la diaconía, sea presentado como «colaborador» («*koinonos*», 2 Corintios 8.23), lo que afirma la colaboración y el compromiso con el bien de la comunión.

En 2 Corintios 9, la íntima relación con la liturgia de la iglesia es otra dimensión que se suma a la teología de la diaconía: la diaconía surge de la celebración litúrgica y tiene como objetivo dar gracias a Dios por su don inefable (2 Corintios 9.15). La diaconía es una respuesta a situaciones concretas de sufrimiento, de necesidad y de injusticia, el cumplimiento del mandamiento del amor y, en general, es una expresión de lo que la Iglesia cree y confiesa: la gracia de Dios, para la sanación del mundo.

Así pues, la diaconía es un elemento intrínseco del ser Iglesia y no se puede reducir a una actividad que realizan ciertas personas comprometidas o que hacen necesaria determinadas condiciones sociales externas. La diaconía está estrechamente relacionada con lo que la iglesia celebra en su liturgia y anuncia

en su predicación. De la misma forma, la liturgia y la proclamación están relacionadas con la diaconía. La comunión (*koinonía*) de la Iglesia se hace visible por medio de sus tres expresiones más importantes.



Fig. 2: Las dimensiones de ser Iglesia

La principal finalidad de este diagrama es poner de manifiesto que esas tres dimensiones de celebración, proclamación y servicio están interrelacionadas de forma tal que cada una de ellas se origina en las otras dos y, de hecho, no existiría sin ellas. No se puede separar la diaconía de lo que la iglesia proclama y celebra. No hay jerarquía entre ellas; todas son expresiones de comunión.

De manera similar, queda claro que la proclamación y la celebración de la iglesia han de tener sus orígenes en la diaconía. Si no, la proclamación se puede ver como proselitismo, y la celebración como espiritualismo. Las tres dimensiones se orientan y estimulan mutuamente. Si falta una dimensión, la vida y la misión de la comunión no pueden desarrollarse plenamente. Seguiría siendo un cuerpo que sufre porque un miembro vital ha sido amputado.

La iglesia es una congregación de personas unidas por la Palabra y el Espíritu de Cristo para ser un cuerpo, constituido por varios miembros, cada uno con una función y un trabajo dedicados al mejoramiento de todo el cuerpo y de todos sus miembros.

Martin Bucer, 1538.

La clave de la identidad diaconal es que sus dimensiones vertical y horizontal son inseparables. Sin la dimensión vertical, la diaconía pierde su visión espiritual del mundo y su arraigo en lo que la iglesia proclama y celebra. Corre el riesgo de convertirse en simple acción social, determinada por intereses y objetivos seculares.

La dimensión horizontal es igualmente fundamental para la diaconía. Sin ella, la diaconía perdería su arraigo en la vida real y ya no sería una respuesta a los problemas de la sociedad. Si esto ocurriera, la diaconía se habría espiritualizado y estaría demasiado limitada por su marco teológico y eclesial.

Así pues, la diaconía debe ser dialéctica de tal forma que comunique las perspectivas vertical y horizontal. Esto significa que la reflexión sobre la diaconía tiene que ser interdisciplinaria, y tener en cuenta los aportes de las ciencias teológicas y sociales.

La afirmación de que las dimensiones vertical y horizontal de la diaconía están interrelacionadas no significa que se mezclen sin sentido crítico. En la Parte III de este documento, se trata la importante cuestión de cómo se relaciona la diaconía con la proclamación. Un tema primordial de esta cuestión es cómo distinguir las dos dimensiones sin separarlas ni mezclarlas. La identidad cristiana y la fe en un Dios misericordioso orientan la buena práctica

diaconal. Cuando se utiliza la acción diaconal como una oportunidad de propagar enseñanzas morales o religiosas, en particular en situaciones en las que las personas son muy vulnerables y dependen de la ayuda de otras, no se está respetando la perspectiva bíblica de la dignidad humana. Habida cuenta de que la gracia de Dios es un don gratuito, la acción diaconal debe ser generosa e incondicional. Solo entonces refleja y da testimonio del «*don inefable*» de Dios (2 Corintios 9.15).

Cuando la iglesia es entendida de conformidad con las dimensiones de celebración, proclamación y servicio, se hace evidente que la diaconía no puede quedarse callada, sino que tiene que alzar públicamente su voz. Como acción-basada-en-la-fe, siempre dará cuenta de lo que motiva su acción y dará testimonio del amor de Dios que alimenta la fe y da esperanza. De la misma manera, la diaconía ha de ser fiel a su mandato profético, y denunciar las prácticas y estructuras del pecado que causan sufrimiento y menoscaban la dignidad humana, y alzar la voz por una sociedad más humana y justa. Con frecuencia, quienes se encargan del servicio diaconal han tenido una función pionera a la hora de ayudar a la iglesia a asumir su rol de iglesia para con otras personas, de comunidad que sirve y, lo que es aún más importante, de iglesia con los pobres y de los pobres.

Las tres dimensiones del ser Iglesia que se presentan aquí entrañan una visión diferente del mundo basada en valores como la igualdad y la reciprocidad en las relaciones humanas. La inclusividad pasa a ser una clave para comprobar si la identidad dada por la gracia de Dios se expresa en la vida de la iglesia. Al asumir esa función, la diaconía puede servir para interpelar a la iglesia a fin de que no se adapte al *statu quo*, sino que haga frente a las estructuras humanas de poder, no solo en la sociedad sino también en sus propias estructuras.

Los modelos y prácticas de liderazgo son un ámbito importante



© FLM/D. Lorenz

donde es posible comprobar si es así. Todo liderazgo implica el ejercicio de la autoridad y el uso del poder. Sin embargo, hay una diferencia importante entre ejercer el poder **sobre** las personas y ejercerlo **para** las personas. Jesús ejerció su autoridad mesiánica (en griego: *exousia*) como poder para alzar a las personas enfermas y oprimidas, e incluirlas en la sociedad (e incluso en la comunión de su reino), y para empoderarlas con el fin de que participen en su misión en el mundo. Esta autoridad ejercida en favor de las personas, en defensa de su dignidad y en aras de la transformación, la reconciliación y el empoderamiento, es la clase de autoridad que Jesús recomendó a los apóstoles que utilizaran en su función de líderes (Marcos 10.42-45; Juan 13.15; 20.21). No es el poder sobre las personas que con frecuencia se experimenta en el mundo, donde quienes tienen poder utilizan su autoridad para reprimir a las personas, silenciarlas y someterlas a su acción exclusiva.

Otro ámbito es el relacionado con el género. El acceso que tienen o no tienen las mujeres a puestos de liderazgo y de toma de decisiones es un indicio claro de la manera en que las iglesias practican la inclusividad como valor fundamental en la vida de la iglesia. Desde esta comprensión, la ordenación de la mujer está, antes que nada, fundamentada teológicamente como una expresión visible de la dignidad de todo el pueblo de Dios y su vocación de participar plenamente en la misión de Dios.

Se puede observar lo mismo en relación con la gente joven y las personas de edad. Cuando se alienta a los/as jóvenes para que participen activamente y asuman puestos de liderazgo, no es solo por el bien de la juventud, sino por el bienestar de toda la comunidad que necesita la perspectiva y el compromiso de la gente joven. De manera similar, la contribución de las personas mayores se pierde cuando no se honran sus experiencias y su sabiduría.

En realidad, el secreto de los modelos de comunidad inclusivos y participativos es que todas las partes involucradas se benefician de esa práctica. La comprensión teológica de ser una comunión así lo afirma, pues confiesa que la comunión en sí es un don divino y que ese don se experimenta totalmente cuando nos reconocemos como



miembros diferentes de un solo cuerpo y compartimos mutuamente los dones que hemos recibido.

3. La diaconía de la mesa

La Eucaristía es otro espacio importante en la vida de la iglesia que conlleva la inclusión y el empoderamiento para el servicio. Cuando el Señor de la mesa nos sirve, también nos fortalece para nuestro servicio diaconal. En la tradición ortodoxa, la diaconía se llama algunas veces *la liturgia después de la liturgia*, lo cual señala el misterio de transformación que se experimenta en la mesa y prepara a los/as participantes para ser agentes de transformación, empoderamiento y reconciliación cuando regresan a la vida cotidiana.

La celebración de la Eucaristía anuncia el amor incondicional de Dios en Cristo y el carácter inclusivo



© LSS-NCA/K. Miller-Holland

de la diaconía de Dios. Nos acercamos a la mesa con las manos vacías y con el reconocimiento de que solo tenemos acceso a la comunión de la mesa por la gracia de Dios en Cristo. El hecho de que el propio Cristo ofrezca la Eucaristía nos anima y moviliza a participar en la diaconía de Dios en el mundo. Esta comprensión es una interpelación para las iglesias que tienen la costumbre de celebrar la santa comunión unas pocas veces al año.

Ocurre, sin embargo, que algunas iglesias administran este sacramento de una manera que no permite participar en él a quienes se considera miembros «indignos»⁷ de la congregación debido a ciertos comportamientos. Es posible que ese uso moralizador de la disciplina de la Iglesia impida ver claramente la dimensión diaconal de la Eucaristía y su poder como sacramento transformador y «espacio de inclusión» en un mundo donde tantas personas sufren la exclusión.

Hay diversas formas de considerar que alguien no es digno de participar en la celebración de la Eucaristía, aunque siempre debería ser un motivo para que la iglesia haga examen de conciencia. No hace mucho, algunas iglesias negaban a las personas el acceso a la mesa del Señor por el color de su piel. Hoy, algunos/as son estigmatizados/as porque viven con el

VIH o porque su situación familiar no se considera aceptable desde un punto de vista moral. La vocación de inclusividad siempre será una expresión importante del carácter diaconal de la iglesia.

En su carta a la congregación de Corinto, el apóstol Pablo criticó con dureza esas formas de celebrar la Eucaristía (1 Corintios 11). En vez de ser un espacio de unión, se había convertido en un momento en el que se ponían de manifiesto divisiones y egocentrismo. Al pedirles que se esperasen unos/as a otros/as, lo más probable es que Pablo hiciera alusión a las personas más pobres entre ellos/as que tenían que trabajar hasta casi entrada la noche por su condición de esclavitud o de servidumbre. Si se empezaba la comida sin permitir a las personas más pobres formar parte de la celebración, se ponía en riesgo la misma dimensión diaconal de la comunión.

Además de la inclusividad, la Eucaristía tiene otras dimensiones diaconales clave. Todas ellas expresan de formas diferentes el poder transformador de la gracia de Dios en Jesucristo y contribuyen a la identidad fundamental de la diaconía.

La hospitalidad es otra dimensión de la diaconía. El Nuevo Testamento contiene varios relatos sobre la hospitalidad (Lucas 7.36-50; 14.7-24; 22.14-30) que reflejan los valores y las actitudes del período de la antigüedad según los cuales la comunión en la mesa significa mucho más que simplemente comer a la misma mesa; entraña amistad, aceptación social mutua y solidaridad. De ahí que Jesús haya escandalizado a tantas personas cuando comió con quienes la gente ‘respetable’ no quería ver a su mesa. Invitado en casa de Simón el leproso, defendió con firmeza a la mujer que lo ungió. En aquella ocasión, hasta sus propios discípulos se enojaron porque permitió que la mujer se acercara a la mesa donde estaba sentado (Mateo 26.6-13).

De esta manera, Jesús demostró que la hospitalidad de Dios es un elemento fundamental de su misión mesiánica siguiendo lo que mucho antes había proclamado el Salmista: *«Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente, el bien y la*

⁷ Quizá con referencia a 1 Corintios 11.27. Sin embargo, ese pasaje no se refiere a personas indignas, sino a maneras indignas.

misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días» (Salmos 23.5-6).

En la tradición diaconal de la Iglesia, se acoge así a la gente sin techo, a las personas huérfanas y a las viudas. A las víctimas de la persecución se les ofrece asilo. Al hacerlo, la iglesia se arriesga a ser perseguida, pagando el precio de sacrificar su propia vida apacible en el seno de la sociedad. Pero, siguiendo el ejemplo de Jesús, ofrecer hospitalidad se inscribe dentro del mandato de la diaconía profética. Así lo afirma la exhortación apostólica: «*Compartid las necesidades de los santos y practicad la hospitalidad*» (Romanos 12.13). Esta forma de hospitalidad abarca también la sensibilización y la defensa de causas (*advocacy* en inglés) y la protección y el amparo.

Compartir es otra profunda dimensión diaconal de la comunión de la mesa. No solo se comparten palabras, historias y experiencias, sino que a menudo también se comparte la comida y la bebida. Aquí no hablamos de la mesa como un mueble, sino que más

bien la utilizamos como una metáfora para referirnos al espacio donde las personas se sientan en torno a la comida, compartiendo los dones de estar juntas.

La mesa es, sobre todo, un espacio privilegiado para la reconciliación. Permite a las personas encontrarse cara a cara, con nombres e identidades, con sus historias y ansiedades. El espíritu de compartir crea nuevas relaciones que permiten con más facilidad el perdón y nuevos comienzos. El hecho de que sean los/as propios/as cristianos/as quienes experimenten la reconciliación en la mesa del Señor los/as motiva para el ministerio de reconciliación de la Iglesia (2 Corintios 5.18). Vale la pena observar que el original griego dice «*diaconía*» de reconciliación, tomando sin duda como modelo la diaconía de Jesús y su enfoque holístico al abordar el sufrimiento y la injusticia.

El misterio de la transformación es el núcleo de la Eucaristía. El pan y el vino corrientes se reciben como el preciado cuerpo y sangre de Cristo. Se perdonan los pecados y se transforma a las personas pecadoras para



© FLM/J. Schep

que sean agentes de transformación al volver a su vida cotidiana. El desaliento se convierte en esperanza y buena disposición para servir con alegría. Eso es lo que sintieron los discípulos de Emaús cuando su compañero de camino partió el pan en su casa y se reveló como el Señor resucitado a su mesa. El invitado, todavía desconocido, asumió de manera misteriosa la función de anfitrión, abriéndoles los ojos mientras compartía el pan y el vino con ellos. Los dones de la mesa fortalecieron sus cuerpos, almas y espíritus, y les permitieron volver de prisa a Jerusalén, ansiosos por compartir con los otros discípulos lo que les había ocurrido.

Por supuesto, hay también situaciones en las que es difícil detectar indicios de transformación, sobre todo a la luz de lo que se experimenta en la vida cotidiana. Pero, no obstante, la confianza en el misterio de la transformación continúa atrayendo a creyentes a la mesa, que oran «ven, Señor, transforma el mundo» y encuentran, una y otra vez, nueva inspiración en historias de transformación como la de Zaqueo, que invitó a Jesús a su mesa, pero se dio cuenta de que él era el invitado. Esa experiencia lo transformó y le hizo declarar: «Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19.8).

Esta historia indica que la compasión y la justicia son señales visibles de la transformación y, por consiguiente, son también indicios de que la iglesia es agente de transformación.



© FLM/D. Lorenz

4. Buenas obras

Hacer el bien a otras personas es una parte esencial de la nueva vida dada en Cristo. Los creyentes y las creyentes luteranos/as siempre han desconfiado cuando se recurre a las buenas obras como exigencias necesarias. Se teme que prestar demasiada atención a las obras (o los hechos) podría debilitar el principio de justificación solo por la fe. Por esa razón, incluso algunos/as luteranos/as pueden encontrar problemática, en principio, la diaconía; especialmente si se la presenta como parte de lo que constituye la Iglesia.

Por lo tanto, es conveniente recordar cómo presenta la *Confessio Augustana* (CA) la doctrina luterana sobre las buenas obras:

Se enseña también que tal fe debe producir buenos frutos y buenas obras y que se deben realizar toda clase de buenas obras que Dios haya ordenado, por causa de Dios. Sin embargo, no debemos fiarnos en tales obras para merecer la gracia ante Dios. Pues recibimos el perdón y la justicia mediante la fe en Cristo, como él mismo dice: «Cuando hayáis hecho [todas las cosas], decid: ‘Siervos inútiles somos’» (Lucas 17.10). Así enseñan también los Padres, pues Ambrosio afirma: «Así lo ha constituido Dios; que quien cree en Cristo sea salvo y tenga el perdón de los pecados no por obra, sino sólo por la fe y sin mérito (CA VI).

Lo que se rechaza es que se entiendan las buenas obras como actos realizados con la intención de obtener méritos ante Dios y los seres humanos. Se defienden las buenas obras en cuanto expresiones visibles de la nueva vida en Cristo dada por la fe, tal y como está escrito en la *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación*:

«La gracia como fraternidad de los justificados con Dios en la fe, esperanza y caridad es siempre recibida de la obra creadora y salvífica de Dios. Pero es todavía responsabilidad de los justificados no echar a perder la



gracia que vive en ellos. La exhortación a hacer buenas obras es una exhortación a practicar la fe...»⁸.

Para Lutero, esto está profundamente relacionado con su interpretación del amor de Dios que está presente en el mundo por medio de Cristo. Todas las personas bautizadas están dotadas en Cristo del mismo amor, y sus actos expresan la buena voluntad de Dios para toda la Creación. Por consiguiente, la obediencia cristiana no es una obediencia a normas morales o piadosas en un esfuerzo por llegar a ser como Jesús, sino una obediencia a lo que somos en Cristo. No depende del compromiso y la fuerza de voluntad, sino que surge de la nueva vida en Cristo y la presencia empoderadora del Espíritu Santo.

Es importante tenerlo en cuenta cuando la diaconía se presente como la respuesta agradecida de los cristianos y las cristianas a lo que han recibido en la fe. En este caso, se podría tener la impresión de que la diaconía es una especie de segundo acto, mientras la justificación por la fe es el primero. La diaconía se entendería entonces como una consecuencia de la fe, una obligación de realizar buenas obras en agradeci-

miento por la gracia dada en Cristo, y no como una parte integrante de lo que constituye la fe.

Lutero no entendía la justificación por la fe de esa manera, como una obra dramática en dos actos. La persona creyente es justificada en Cristo y solo en Cristo, y eso tiene dos dimensiones igualmente fundamentales. Por un lado, significa ser uno/una con Cristo en su relación con Dios Padre y llegar a ser, en Cristo, hijos e hijas justificados/as de Dios. Por otro lado, implica ser uno/una con Cristo en su misión en el mundo, uno/una con él en su diaconía.

Lutero explica con más detalle esa interpretación en su obra *La libertad cristiana*, donde se encuentra el siguiente famoso aforismo: «*El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie. El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos*». Esa doble identidad de ser al mismo tiempo «libre señor» y «servidor» sigue el modelo de Jesucristo quien «*siendo en forma de Dios [...] se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres*» (Filipenses 2.6-7).

Por el bautismo, la persona creyente recibe parte de esa identidad. Lutero afirma: «*Se deduce de todo lo dicho que el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios descende el cristiano al prójimo por el amor...*».

Todo esto puede llevarnos a pensar que la diaconía se explica fácilmente y se realiza fácilmente. Por su-

⁸ Anexo a la *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación*, Federación Luterana Mundial/Iglesia Católica, en: www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/documents/rc_pc_chrstuni_doc_31101999_cath-luth-annex_sp.html, párrafo 2, apartado D



© FLM/J. Schep

puesto, la realidad es mucho más compleja. Al igual que cualquier otra acción humana, la diaconía a veces también fracasa y yerra en sus objetivos. Esto se basa teológicamente en el concepto de *simul justus et peccator* (a la vez justificado/a y pecador/a), que es el entendimiento de que un/a cristiano/a sigue siendo pecador/a, aunque está justificado/a por la gracia. La vida cristiana está condicionada por la lucha entre lo que ya somos en Cristo y lo que seguimos siendo como humanos pecadores. Esta realidad no debería hacernos pesimistas, llevarnos a afirmar que no es posible hacer las cosas bien. Tampoco debería hacernos ingenuos/as, pensando que las buenas personas son capaces de hacer siempre lo que está bien. Debería hacer que comprendiéramos de manera realista nuestra condición de seres humanos, nuestras limitaciones y nuestra índole pecaminosa, pero también nuestra dignidad como seres creados a imagen de Dios y nuestra vocación como miembros del cuerpo de Cristo.

Todavía hay otros términos teológicos que pueden contribuir a orientar la diaconía cuando se aborda la dialéctica entre lo que es nuevo en Cristo y lo que sigue estando de acuerdo con el orden del pasado. En el Nuevo Testamento, se utiliza el término *aion* (siglos venideros, presente siglo, siglos y edades: Efesios 2.7; Gálatas 1.4; Colosenses 1.26) para describir los distintos períodos de tiempo hacia la cumplimiento final del plan de salvación de Dios, así como las tensiones entre esos períodos.

Al igual que Lutero, los teólogos y teólogas prefieren hablar de los dos reinos: uno es el mundo presente donde como ciudadanos/as estamos sujetos/as a sus limitaciones y su sufrimiento, y el otro es el Reino de Dios, el cual Jesús anunció que estaba cerca y que en Él ya ha llegado, y que es también donde esperamos el cumplimiento de todas sus bendiciones (Marcos 1.15; Mateo 12.28).

La acción diaconal se lleva a cabo en el marco de esa simultaneidad de lo que ya es y de lo que todavía está por llegar. Da testimonio de la gracia de Dios y el cuidado de la creación pues las personas cristianas son empoderadas para hacer el bien con y para otros/as. Sin embargo, también refleja los defectos y la corrupción humanos. Esta realidad nos debería prevenir contra los conceptos románticos e incluso triunfales de la diaconía.

La diaconía debe ejercerse con espíritu de autocrítica y de realismo, aunque sin perder nunca la convicción de que, por la gracia de Dios, los frágiles «*vasos de barro*» pueden contener tesoros (2 Corintios 4.7).

5. Espiritualidad diaconal

«*Ora et labora*» (en latín, «reza y trabaja»), el famoso lema de San Benito que llegó a ser más tarde la fórmula que guía la vida en monasterios y conventos, señala la interrelación entre la vida espiritual y la labor diaconal. La fórmula no dice solamente que ambos elementos son importantes, sino que dependen el uno del otro. La verdadera oración está encarnada en las experiencias de la vida real y en la lucha contra las fuerzas de la muerte. De la misma manera, la labor diaconal está arraigada en aquello por lo que la fe ve y la esperanza anhela.

La celebración litúrgica y la diaconía se alimentan mutuamente en la vida diaria de la iglesia. La mayoría de los elementos de la liturgia tienen una clara dimensión diaconal. Cuando se administran correctamente los sacramentos (*Confessio Augustana VI*), sirven de vehículo a la gracia y la identidad diaconal, tanto en la vida individual cristiana como en la vida de la comunión. Era una práctica bien establecida en la iglesia primitiva, y un signo visible de esa interrelación entre la celebración litúrgica y la diaconía, el que los diáconos (generalmente hombres, aunque las mujeres también desempeñaban tareas diaconales) llevaran a las personas pobres el pan que sobraba tras celebrar la Eucaristía. Esa diaconía recibía el nombre de «*la liturgia después de la liturgia*» y hacía visible el puente entre los dos momentos de gracia transformadora en favor de quienes eran pobres.

La espiritualidad de la diaconía está orientada por el misterio de la transformación y de la importancia de lo que aparentemente no importa. Está inspirada en la promesa del Señor quien se identifica con las personas desnudas y hambrientas (Mateo 25). No ve las visitas pastorales y la hospitalidad únicamente

Colaboramos con la obra de Dios, no porque Dios necesite que lo hagamos, sino porque lo necesita nuestro prójimo. Colaboramos con la obra de Dios en el nombre de Cristo por la vida del mundo.

Obispo Mark S. Hanson, Presidente de la FLM de 2003 a 2010

como formas de actividad diaconal, sino como momentos de encuentro espiritual porque, «*sin saberlo, hospedaron ángeles*» (Hebreos 13.2).

La espiritualidad puede ser entendida como una manera de ver las cosas en un sentido más profundo. La espiritualidad diaconal ve la presencia de Dios en la vida cotidiana y especialmente en situaciones donde las personas luchan por la vida y la dignidad. Conoce a Dios como el que proclama: «*Bien he visto la aflicción de mi pueblo [...] he oído su clamor [...] he conocido sus angustias. Por eso he descendido para librarlos...*» (Éxodo 3.7-8). Esa forma de ver a Dios está más cerca de verbos que indican la intervención salvífica que de sustantivos que expresan el ser estático.

La espiritualidad diaconal ve a los seres humanos como creados y dotados por Dios. De igual manera, la comunión humana se ve como el espacio donde se pueden vivir, promover e interrelacionar la paz y la justicia. El hecho de que cada cual esté dotado de diferentes dones nos permite percibir la riqueza de una comunidad en la que los dones se comparten. La espiritualidad diaconal trata de descubrir y afirmar la riqueza de esa pertenencia en la iglesia y en la sociedad.

Por último, la teología de la cruz da forma a la espiritualidad diaconal. Esta teología afirma que solo Dios puede poner fin al mal. La cruz de Jesucristo es el «no» de Dios a la confianza en sí mismos de los seres humanos: anuncia la victoria salvífica de Dios sobre el sufrimiento, la injusticia y la muerte. La compasión misericordiosa de Dios crea una espiritualidad sensible a las personas que sufren, y moviliza la solidaridad y la acción osada. La creencia de que en Jesucristo ya se ha abierto el camino que conduce de la cruz (*via crucis*) a la resurrección (*via resurrectionis*) alimenta esa espiritualidad. En otras palabras,

rechaza los caminos fáciles y las respuestas simplistas a desafíos complejos y, al final, está dispuesta a pagar el precio por esa acción diaconal de solidaridad y compromiso en favor de un mundo mejor.

Así pues, la espiritualidad diaconal no solo determina lo que hacemos, sino también lo que somos. Conforma la persona entera y moldea el corazón de todas las personas que participan. La diaconía se convierte en una forma de vida, una forma de ser en este mundo. La espiritualidad diaconal es una experiencia holística que dura toda la vida, la cual empodera y moldea el corazón de tal manera que la diaconía llega a ser un cierto *habitus* o modo de ser que orienta y motiva nuestra forma de vivir. Esta comprensión holística de la espiritualidad diaconal es el resultado de una práctica espiritual firmemente arraigada.

La espiritualidad diaconal es un recurso importante para las personas que están siempre atentas a las necesidades de las demás. Ayuda a reconocer las necesidades propias y a llevarlas ante Dios en la celebración litúrgica, la oración y los rituales. Las personas voluntarias y el personal diaconal a tiempo completo, que realizan con frecuencia tareas que exigen mucho, reciben la invitación de Jesús: «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*» (Mateo 11. 28). Es esen-

cial tener tiempo y espacio para el alimento espiritual. Cuando personal y voluntarios diaconales caen en la cuenta de que están extenuados física y mentalmente por exceso de trabajo la espiritualidad diaconal pasa a ser una parte importante de su compromiso.

Quizá con cierto sentido del humor, Jesús cuenta la historia de los/as siervos/as que vuelven a la casa después de un largo día de trabajo. Pero en vez de descansar, su amo les ordena que preparen la cena. «*Así también vosotros,*» concluyó Jesús, «*cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: 'Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos'*» (Lucas 17.10).

A primera vista, este dicho puede dar la impresión de que la diaconía es un servicio infatigable que ni siquiera el Señor reconoce, y de que las personas que se dedican a la diaconía son siervos/as inútiles. Sin embargo, la espiritualidad diaconal lo ve de forma distinta: como la libertad absoluta de servir que no depende de calificaciones individuales ni de informes de rendimiento ni, finalmente, de los elogios de quienes nos rodean. Esta libertad se alimenta una y otra vez de la gracia de Dios, al mismo tiempo que sentimos que no se nos deja solos/as cuando trabajamos sobre el terreno, sino que nos acompañan el Señor y muchas otras personas que proporcionan comunión y compartir.

Preguntas para continuar reflexionando

1. ¿En qué medida se corresponde la reflexión teológica presentada en la Parte II con las enseñanzas y la proclamación de su iglesia?
2. ¿Cuáles son las conexiones entre esa interpretación teológica y las diferentes expresiones de la labor diaconal en su iglesia? ¿Cómo se podrían reforzar esas conexiones?
3. En este capítulo se citan algunos pasajes bíblicos para ahondar en el entendimiento teológico de la diaconía. ¿Qué otros textos o conceptos añadiría usted y a cuáles prestaría todavía más atención?
4. Según su experiencia, ¿qué relación guarda la diaconía con la vida de culto (celebración litúrgica) y la espiritualidad? ¿En qué medida desearía reforzar esas relaciones?

PARTE III: LA ACCIÓN DE LA DIACONÍA





© FLM/D. Lorenz

Parte III: La acción de la diaconía

1. El objetivo de la diaconía

En el Diccionario del Movimiento Ecuménico (*Dictionary of the Ecumenical Movement*) se define la diaconía como «el servicio responsable del Evangelio con palabras y hechos prestado por los/as cristianos/as en respuesta a las necesidades de las personas»⁹.

⁹ *Dictionary of the Ecumenical Movement* (Ginebra: WCC Publications, 2002), 305.

Esta definición contiene varios elementos importantes. En primer lugar, queda claro que la diaconía es una acción y no puede limitarse a declaraciones y buenas intenciones. La diaconía contiene palabras y hechos que constituyen un «servicio responsable», o sea una acción de la que somos responsables.

En segundo lugar, afirma que quienes llevan a cabo la acción diaconal son personas cristianas, lo cual no debe entenderse de manera excluyente, como si únicamente los/as cristianos/as sean capaces de prestar un «servicio responsable», sino como una afirmación del carácter distintivo de la labor diaconal.

En tercer lugar, la labor diaconal está centrada concretamente en las necesidades de las personas. Por lo tanto, no es correcto utilizar la palabra diaconía para designar cualquier tipo de buena obra. Una interpretación tan amplia del término haría que perdiera su función. En la larga tradición de la Iglesia, la diaconía ha estado vinculada a la situación de las personas enfermas, pobres

y marginadas, y ha sido realizada con el fin de acompañar, apoyar y defender a quienes son vulnerables.

Por consiguiente, la pregunta fundamental es: ¿cómo responde la iglesia a las necesidades de las personas vulnerables? Esta es una pregunta que merece una reflexión a fondo. Solo así la diaconía podrá ser un «servicio responsable».

1.1 Responder a las personas y los grupos

El primer asunto que se ha de abordar es si son las necesidades de las personas individuales o las necesidades de los grupos las que requieren una respuesta diaconal. Por un lado, de la antropología cristiana procede el imperativo ético de defender la dignidad de cada ser humano y su capacidad de ser un sujeto capaz de asumir la responsabilidad de su propia vida y participación cívica. Con demasiada frecuencia, ocurre que las personas se ven reducidas a ser partes anónimas de un grupo específico o son definidas como víctimas, clientes/as o beneficiarios/as. De ahí que sea importante recordar que cada persona acarrea sus propias experiencias de sufrimiento y de esperanza, y también tiene capacidades que serán afirmadas y fortalecidas en el proceso de transformación.

Por otro lado, es igualmente importante recordar que un enfoque individualista de la labor diaconal tiene múltiples limitaciones. Por ejemplo, está claro que la pobreza, que tiene una gran incidencia a nivel individual, es una realidad de sistemas que afectan a amplios sectores de la población. Cuando, en los años de la década del sesenta, se tomó conciencia en América Latina de la pobreza cada vez mayor de su continente, se llegó a la conclusión al mismo tiempo de que la pobreza no es una realidad **dada**, sino que suele ser algo «provocado» por los injustos procesos históricos de opresión. Las personas son **hechas** pobres; son **empobrecidas**. Las acciones para superar la pobreza deben tener en cuenta esa realidad; la pobreza es una realidad social y política, y no solamente la desafortunada situación de unas personas. Sin esta perspectiva, se podría interpretar como el destino que ha tocado vivir a algu-

nas personas debido a la falta de formación o incluso a la pereza, lo cual sugeriría que ellas son las únicas responsables de sus propias situaciones de pobreza.

Según la doctrina cristiana, el mandamiento más grande es amar a Dios «*con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*» y «*a tu prójimo como a ti mismo*» (Mateo 22.37-39). Responder al prójimo cuando se trata de una comunidad o un grupo de personas afectadas también tiene la ventaja de que muchas personas, y no solo algunas, pueden participar en los procesos diaconales de transformación. Es posible establecer redes de contactos y estimular iniciativas organizadas y respuestas institucionales. Esto es pertinente en muchas situaciones: para las personas que viven con el VIH y el SIDA, para los habitantes de una comunidad urbana pobre, para familiares de personas toxicómanas, etc.

1.2 Acción a corto plazo y a largo plazo

Un servicio diaconal responsable tendrá objetivos a corto y largo plazo. La parábola del Buen Samaritano lo ilustra claramente cuando describe los distintos pasos de su acción. El primero consistió en «acercarse» al hombre que estaba gravemente herido en el camino. En ese paso se expresa solidaridad y la superación del



© FLM/J. Schep

miedo y la apatía que pueden suscitar el sufrimiento de otras personas. «Acercarse» es también necesario para ver lo que ha ocurrido y saber lo que se necesita. En el segundo paso se responde a la necesidad urgente que provoca el sufrimiento utilizando los recursos existentes –en este caso, vendas, aceite y vino– a fin de comenzar el proceso de sanación. El tercer paso tiene que ver con la rehabilitación y la vuelta a la vida normal, preparando el apoyo continuo si fuera necesario.

En un intercambio de ideas en grupo sobre este texto, alguien preguntó una vez: «¿Adónde fue el samaritano después de haber dejado a la víctima en el mesón?». Se propuso una respuesta interesante: «Fue a la oficina del alcalde de Jericó e informó de la situación exigiendo medidas contra la violencia y para la protección de las víctimas». Por supuesto, es pura imaginación, pero señala otro paso más de la sensibilización que pone de manifiesto la estrecha relación que existe entre la com-

pasión y la justicia, y la necesidad de mantener unidos los diferentes objetivos de la acción diaconal.

Así pues, incluso cuando la labor diaconal adopta la forma de acción inmediata para aliviar el sufrimiento humano, lo cual seguirá siendo siempre una prioridad, se debe prestar la debida atención al contexto más amplio del sufrimiento y a sus causas fundamentales.

Esa atención a las consecuencias a largo plazo relacionadas con las causas se ha de tener en cuenta desde el principio en la forma en que se lleve a cabo la diaconía. Y se debería reflejar desde el primer momento cuando se formulan los objetivos de la labor diaconal. Algunos de los elementos más importantes son:

1. afirmar y defender la dignidad de las personas;
2. alentar y promover los derechos de las personas;
3. poner en marcha procesos de empoderamiento de las personas;



© FLM/J. Schep

4. crear espacio para dar a las personas acceso a los derechos, la participación y la responsabilidad en la sociedad (construir ciudadanía);
5. colocar los pilares para la transformación social.

© FLM/S. Lim



Cuando se dan esos elementos, hay una buena razón para esperar que la labor diaconal pueda contribuir a un cambio importante, no solo en la vida de las personas sino también en la iglesia y en la sociedad. Esto puede corresponder a un concepto que también se aplica al desarrollo: un proceso de transformación de la condición humana que promueve la justicia, la paz y la integridad de la creación¹⁰.

Sin embargo, habiendo señalado ese contexto más amplio de la acción diaconal y la necesidad de objetivos multifacéticos, se debe recordar que, de todas maneras, no toda acción diaconal podrá hacer realidad esa clara ambición. Aun así, la labor diaconal sigue siendo una tarea importante y valiosa como, por ejemplo, cuando se acompaña a una persona que se está muriendo al descanso definitivo con asistencia y oración. En situaciones donde un cambio no parece posible, la acción diaconal tiene el cometido de ofrecer señales de esperanza por medio de su ministerio de presencia y acompañamiento, aunque no las haya.

2. Las orientaciones fundamentales de la labor diaconal

El documento de la FLM *Misión en Contexto* señala la transformación, la reconciliación y el empoderamiento como las tres dimensiones de la misión que «están presentes en todos los esfuerzos misioneros [...] y estable-

cen los criterios en torno a los cuales la iglesia evalúa su fidelidad en la misión ante Cristo, que la ha enviado al mundo»¹¹. Como parte esencial de la misión de la Iglesia, la transformación, la reconciliación y el empoderamiento son también conceptos clave para la diaconía: muestran las orientaciones fundamentales de la labor diaconal y, al mismo tiempo, indican cómo se realiza esa labor y en qué valores se basa.

2.1 Transformación

Misión en Contexto describe la transformación como «un proceso continuo de reorientación total de la vida, con todas sus aspiraciones, ideologías, estructuras y valores». La transformación es «un proceso permanente de rechazo de todo aquello que deshumaniza y profana la vida, y de adhesión a lo que afirma su santidad y los dones en cada persona, y a lo que promueve la paz y la justicia en la sociedad»¹². La transformación compromete y cambia a todas las personas que participan. De ese modo, la diaconía transformativa ayuda a superar los llamados

¹⁰ En 1990, el CMI organizó la Convocación Mundial sobre Justicia, Paz e Integridad de la Creación en Seúl, Corea. Con ocasión de la Asamblea de Canberra en 1991, el CMI afirmó enérgicamente el proceso de Justicia, Paz e Integridad de la Creación, y se creó la Unidad de Justicia, Paz y Creación.

¹¹ *Misión en Contexto, transformación, reconciliación, empoderamiento*, 32.

¹² *Ibid.*, 32.

síndromes de los/as agentes, las prácticas y las relaciones que separan el «nosotros/as» del «ellos/as». Al final, nadie escapa a la vulnerabilidad. Todas las personas necesitan ser transformadas, reconciliadas y empoderadas. Por esa razón, necesitamos la diaconía, en primer lugar la diaconía de Dios revelada en Jesucristo, y después el cuidado y acompañamiento mutuos.

La transformación es claramente un proceso, pero, al mismo tiempo, se prevé el logro de ciertas metas, llegando a una situación nueva en la que se respeta más la dignidad humana, promoviéndose la paz y la justicia para más personas. Así pues, la transformación está estrechamente relacionada con lo que también puede definirse como cambio, progreso o desarrollo sociales.

Desde el punto de vista teológico, la transformación nos recuerda la renovación constante de la creación por Dios (en latín: *creatio continua*), dado que cada mañana vivimos la experiencia de que la oscuridad de la noche se transforma en la luz de un nuevo día. Como pueblo de Dios, consideramos la transformación como el don misericordioso de Dios por el cual le debemos alabanza y servicio. Esa transformación vincula la labor diaconal a la advertencia de San Pablo, que dijo a los/as creyentes: «No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12.2).



© LUCSA

Así pues, la transformación rechaza el conformismo. Expresa una manera diferente de vivir la voluntad de Dios. Como se dice en el documento *Misión en Contexto*, «la transformación, percibida a la luz de la resurrección de Cristo, es el despliegue del potencial de dar vida de toda la creación y una expresión de la actividad de la gracia de Dios en la naturaleza. Es el Espíritu Santo quien, por medio de su acción continua, efectúa la transformación en la iglesia y a través de ella para el mundo entero»¹³.

2.2 Reconciliación

Para los/as cristianos/as, la reconciliación es el don misericordioso de Dios basado en el mensaje de que Dios ha reconciliado al mundo en Jesucristo. Ese don es una promesa para un mundo quebrantado, y la diaconía intenta dar testimonio de esa promesa por medio de iniciativas de fomento de la paz y la reconciliación. Como pueblo de Dios preparado para la misión, la Iglesia está llamada a participar en la misión reconciliadora de Dios, suplicando a las personas en nombre de Cristo que se reconcilien con Dios (2 Corintios 5.19) y entre ellas. La reconciliación se refiere antes que nada a la acción de Dios por medio de la cual se restablece la relación de los seres humanos con Dios. Al mismo tiempo, ese restablecimiento entraña la transformación y el empoderamiento para «el ministerio (en griego: *diakonia*) de reconciliación». El concepto de «diaconía» nos recuerda claramente que la diaconía de Jesús, su manera de estar presente sin condiciones entre las personas pobres, su defensa profética de las personas excluidas, sus actos de sanación y, por último, pero no por eso menos importante, su anuncio del perdón y de una nueva vida bajo la promesa de una nueva era aún por llegar, es el camino a seguir por la Iglesia en su misión de reconciliación.

Según Robert Schreiter, la reconciliación inicia una nueva narrativa que vence «la narrativa de la men-

¹³ *Ibid.*, 32–33.

tira»¹⁴. En situaciones de violencia y opresión, no se permite a las víctimas contar sus historias, y la verdadera reconciliación no puede tener lugar si no se revela la verdad sobre el pasado. Cuando se declaró la amnistía en El Salvador tras años de atroz violación de los derechos humanos, se hizo con la condición de que se dejara en libertad a quienes eran responsables de las torturas. De esa manera la narrativa del opresor fue confirmada como la oficial, la que se supone que todo el mundo debe creer. La situación se encaró de modo muy distinto en Sudáfrica después de la abolición del *apartheid*, dado que el presidente Mandela designó una *Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica* a la que se encomendó la tarea de contar la verdadera historia de los años pasados por el bien de la reconciliación y la sanación de las heridas¹⁵.

No siempre se permite contar la verdad; para ello, es necesario un entorno de seguridad y respeto mutuo. En algunos casos, la confidencialidad tiene que formar parte de ese entorno, ya que también puede ocurrir que se manipule la verdad con objeto de exacerbar el odio y la violencia. Esto ha ocurrido con frecuencia a las mujeres que dicen la verdad. Por otro lado, se debe prestar especial atención a sus historias por ser las voces de las personas vulneradas y silenciadas. Sus relatos pueden llegar a ser los procesos de reconciliación más convincentes.

La reconciliación y la justicia están profundamente interrelacionadas. Se ha señalado que la labor de la *Comi-*



© FLM/G. Driau

sión de la Verdad y la Reconciliación contribuyó a desenmascarar la verdad del período del *apartheid* en Sudáfrica. Sin embargo, ¿contribuyó en su debida medida a restablecer la justicia? Algunas personas opinaron que la amnistía general no solo concedió impunidad a los responsables de cometer atrocidades, sino que también aceptó en silencio injusticias que siguen teniendo un efecto dramático en la vida de las víctimas de la pobreza.

Esto coincide con el concepto cristiano de reconciliación que ya no permite que las personas vuelvan a la situación en la que antes estaban. La reconciliación es más que la eliminación del sufrimiento de la víctima y la conversión del/la opresor/a. La reconciliación conduce a las personas a una nueva situación: las empodera para nuevas relaciones y responsabilidades.

2.3 Empoderamiento

Como concepto teológico, el empoderamiento alude a la comprensión bíblica de la creación según la cual cada ser humano es creado a imagen de Dios, con

¹⁴ Robert J. Schreiter: *Reconciliation: Mission and Ministry in a Changing Social Order* (Maryknoll NY: Orbis, 1992).

¹⁵ Un análisis teológico sobre reconciliación que refleja las experiencias de Sudáfrica figura en John W. de Gruchy: *Reconciliation. Restoring Justice* (Minneapolis: Fortress, 2002).



© FLM/J. Schep

capacidades y aptitudes, independientemente de su situación social.

Además, se relaciona con la promesa de Pentecostés, «*recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos [...] hasta lo último de la tierra*» (Hechos 1.8). La historia de Pentecostés narra cómo fueron transformados los discípulos, cómo vencieron su miedo, cómo sus preguntas del pasado fueron sustituidas por palabras que proclamaban «*las maravillas de Dios*», y su lenguaje se transformaba de acuerdo con el contexto que los rodeaba. Es una convicción de la Iglesia que Dios sigue empoderando a las personas, no solo a los apóstoles y a las personas que han asumido el liderazgo, sino sobre todo a quienes rara vez, o nunca, les es dada la oportunidad de hablar. Esa con-

vicción debería determinar la acción diaconal, su metodología y su definición de las prioridades. Esa acción da testimonio de la fe en Dios que revela su gracia y poder al escoger «*lo vil del mundo y lo menospreciado*» (1 Corintios 1. 28). Esto ha servido de estímulo a los/as agentes diaconales en América Latina para añadir un concepto análogo al empoderamiento, concretamente la «*dignificación*», que supone establecer prácticas diaconales que realcen la dignidad de las personas y les den la capacidad de ser «*sujetos*», tanto en la iglesia como en la sociedad.

Se debería recordar que el empoderamiento siempre entraña un cambio de poder, lo que significa que los desequilibrios de poder deben abordarse de manera crítica. La diaconía debería plantear esta cuestión constantemente, no solo en la sociedad y en las relaciones entre quienes ayudan y quienes reciben la ayuda, sino también en referencia con la práctica diaconal y la forma cómo se establece y se vive el poder en el seno de la iglesia. Con demasiada frecuencia, en la iglesia se evita de hablar de la cuestión del poder; en algunos casos, incluso se encubre so capa de un lenguaje de servicio.

La tarea de tender puentes es intrínseco a la propia naturaleza de la diaconía. Como se observó anteriormente, el empleo griego clásico de la palabra diaconía apunta a la misión de un/a intermediario/a, un/a mensajero/a, o incluso un/a embajador/a que ha recibido el mandato de restablecer relaciones, sanar y reconciliar.

En la iglesia antigua, los diáconos eran llamados «*los oídos y la boca del obispo*». Eran quienes tenían la responsabilidad de comunicar a la iglesia las historias de las personas que vivían al margen de la sociedad, de la vida de las personas pobres y enfermas. La misión de quien es intermediario/a tiene éxito si se pueden superar las distancias. Cuando esto ocurre, la acción diaconal puede contribuir a la transformación de la iglesia, tanto en su centro como en su periferia.

Todas las acciones diaconales, incluidas aquellas que abordan necesidades urgentes, están arraigadas en el mandato integral de establecer relaciones. Como método diaconal, el acompañamiento busca superar el aislamiento y la exclusión, e identificar caminos que puedan

ofrecer posibilidades de un compartir más amplio en la solidaridad mutua. Un encuentro regional latinoamericano sobre diaconía definió esta tarea como «diaconía migrante», en un contexto donde las personas están a menudo en camino, tratando de salir de la pobreza.

Una persona intermediaria debe tener la capacidad de escuchar diferentes versiones de una historia y tratar de entender el porqué de esas diferencias. Después, será necesario mediar, tender puentes de entendimiento y aceptación. De nuevo, cabe señalar la relación con la construcción de la comunión, con definir procedimientos de reconciliación y de inclusión.

Hay innumerables situaciones que requieren la acción diaconal de tender puentes dentro y fuera de la iglesia. Las personas que viven con el VIH y el SIDA suelen ser estigmatizadas por la comunidad. Se discrimina a los grupos de migrantes. Las mujeres sufren violencia y sus voces no son escuchadas. Los niños y las niñas de padres y madres pobres reciben una educación inferior. En situaciones como estas, la acción diaconal no puede limitarse a denunciar la injusticia –que es importante, por supuesto– sino que tiene que encontrar maneras de mediar. Las iniciativas y proyectos concretos son herramientas que pueden contribuir al proceso de construir una sociedad más justa y sustentable.

La función de intermediación de la iglesia puede asimismo ser necesaria en conflictos políticos complicados. Cuando Madagascar sufrió una grave crisis en 2002, y otra vez en 2009, los/as líderes religiosos/as de la nación desempeñaron un rol importante facilitando el diálogo entre dirigentes políticos. En la República Democrática Alemana, las iglesias proporcionaron un espacio abierto para que las personas se reunieran y expresaran la esperanza de una nueva era, lo cual facilitó que se avanzara hacia la caída del régimen en 1989.

Un/a intermediario/a no puede quedarse callado/a. La comunicación es un componente básico de tender puentes. Con frecuencia, esa comunicación precisa paciencia y diplomacia, aunque también hay situaciones en las que la comunicación tiene que ser profética y hacer oír la voz de quienes no tienen voz y de quienes sufren.

3. Las diferentes expresiones de la acción diaconal

3.1 *Diaconía individual: el diaconado de todos/as los/as creyentes*

Como se observó en el capítulo anterior, todas las personas bautizadas pueden ejercer la diaconía. Eso nos lleva a la primera y más básica expresión de la labor diaconal, concretamente la de la diaconía individual, que, por lo general, es espontánea en la vida cotidiana y se expresa a través de una amplia variedad de buenas obras.

Con frecuencia, se alude a la diaconía individual como el comportamiento humano habitual; son las acciones que naturalmente las personas están acostumbradas a realizar para ayudar a otras, independientemente de su fe y visión del mundo. Ya se ha dicho que la labor diaconal responde en primer lugar a las necesidades concretas de las personas. Encontramos un importante texto bíblico que perfila esta interpretación en Mateo 25.31-46 en el que las personas hambrientas, sedientas, forasteras, desnudas, enfermas y prisioneras son realzadas como seres necesitados de cuidado y atención. Por otra parte, está claro que no solo los/as cristianos/as se sienten impulsados/as a actuar cuando enfrentan esas necesidades. Sin embargo, la dimensión diaconal específica de este texto es la manera en que la identidad cristiana relaciona dicha acción con Cristo y su identificación con las personas necesitadas: «...a mí lo hicisteis».

La parábola del Buen Samaritano (Lucas 10.25-37) es otro texto bíblico que a lo largo de los siglos ha estimulado a los/as cristianos/as a practicar la diaconía. El elemento sorprendente de este texto es que alguien de fuera, que representa un grupo religioso menospreciado y marginado, actúa de manera compasiva cuando ve a su prójimo necesitado, mientras el sacerdote y el levita pasan de largo. En un contexto en que se debate cómo heredar la vida eterna, y motivado por la pregunta «¿quién es mi prójimo?», Jesús narra la historia del que mostró misericordia

y concluye: «*Ve y haz tú lo mismo*». Pero ahora la pregunta se ha invertido de «¿quién es mi prójimo?» a «¿quién fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». En otras palabras, no es la definición del otro/a la que habilita para la actuación compasiva, sino la cualidad que Dios da a cada ser humano de ser prójimo de los demás.

La mayoría de las veces no es necesario dar un nombre a dichas acciones, ya que se consideran en y por sí mismas naturales y correctas. No obstante, podría resultar útil afirmar su importancia dándoles un nombre significativo. Después de un taller sobre diaconía celebrado en Brasil, una mujer dijo: «*Ahora sé que lo que siempre he hecho tiene un nombre. ¡Es diaconía!*». Habló de su compromiso con las mujeres y hombres agricultores pobres que fueron víctimas de intoxicación por pesticidas, su participación en actividades de derechos humanos y su costumbre de visitar a las personas de su congregación que estaban enfermas o solas. «*Siempre sentí que todo esto tenía algo que ver con mi fe*», afirmó, «*pero no sabía que tenía propiamente un nombre. Ahora lo sé*». Tener ese conocimiento quizá no entraña que se hagan otras cosas o que las cosas se hagan de otro modo, aunque también puede significar eso. En cualquier caso, dar a esa labor el nombre de diaconía afirma lo que se hace, determina su origen, y motiva y habilita para nuevas acciones.

3.2 *Diaconía organizada: esfuerzo colectivo de la congregación*

Con mucha frecuencia, la congregación en su conjunto responde a los desafíos diaconales. Hechos 6.1 nos cuenta que la congregación de Jerusalén organizó una *diaconía diaria*, probablemente un sistema mediante el cual los/as pobres recibían su comida todos los días. Sin embargo, resultó que se tenía que mejorar la organización por lo que se seleccionó a nuevos líderes y se les dio autoridad para realizar el trabajo. Más tarde, Pablo organizó una colecta de dinero –llamada simplemente *la diaconía*– entre las congregaciones griegas, con el fin de ayudar a la congregación pobre de Jerusalén.

Las investigaciones han documentado las terribles condiciones de vida en los contextos urbanos del siglo I, con una esperanza de vida de menos de 30 años, condiciones insalubres, escasez de agua potable, proliferación de enfermedades, afluencia constante de inmigrantes y conflictos étnicos. En ese contexto, la iglesia comenzó su misión y su ministerio, y su práctica diaconal se vivió como algo radicalmente nuevo y diferente. Rodney Stark ha descrito cómo el cuidado de las personas enfermas y marginadas, la forma de vida acogedora de las congregaciones y la sólida fe en el poder de la resurrección atrajo a personas de todas las clases sociales y creó una iglesia que, en unos siglos, pasó de ser un pequeño grupo de personas a convertirse en el principal movimiento religioso del Imperio romano¹⁶.

Desde entonces, hay un sinnúmero de ejemplos de iniciativas que se han tomado o emprendido en las congregaciones y las iglesias locales de todo el mundo. En tiempos de peste, se organizaban visitas pastorales a las personas enfermas y se sepultaba a los/as muertos/as. En tiempos de guerra, se acogía a las personas refugiadas y se les daba asilo. Los tiempos pueden cambiar, pero nunca ha habido un momento en que las necesidades dejaran de existir o las congregaciones dejaran de responder. El mandamiento que Jesús dio a sus discípulos al saber que la gente estaba con hambre –«*dadles vosotros de comer*» (Mateo 14.16) – se ha repetido en diversos contextos y relacionado con múltiples formas de respuesta hasta hoy.

No obstante, la diaconía debe estar organizada y es necesario atribuir a alguien la responsabilidad de organizarla. La realidad es así para cualquier cosa que se considere importante. Dado que la celebración litúrgica es importante, se organiza y prepara bien el tiempo y el espacio para los servicios de culto, con personas que se responsabilizan de ello.

Con la diaconía ocurre lo mismo. Necesita estructuras y liderazgo para que se realice de manera sistemática y forme constantemente parte de la vida de la iglesia. En la Iglesia de Suecia, cada congregación tiene la obli-

¹⁶ Rodney Stark: *The Rise of Christianity. A Sociologist Reconsiders History* (Princeton NJ: Princeton University Press, 1996).

gación de presentar un plan al obispo o a la obispa en el que se incluya la diaconía, la celebración litúrgica, la educación y la misión. El plan ayuda a la congregación a ver juntas todas las dimensiones de su labor y tenerlas presentes cuando definen prioridades, delimitan responsabilidades y determinan los recursos necesarios.

Puede ocurrir que la labor diaconal en la congregación llegue a entenderse como la ayuda a algunas personas pobres «ahí fuera». Hay un creciente reconocimiento de que la diaconía no es «para» otros/as, sino «con» otros/as. Según la comprensión bíblica, la ayuda es una expresión del amor (1 Corintios 13) que tiene lugar en un marco de reciprocidad e igualdad (2 Corintios 8.13-15). El servicio diaconal es una bendición para quien lo da y para quien lo recibe. Además, quien recibe la ayuda hoy puede ser mañana quien se ocupe de otro/a. En sociedades donde las diferencias sociales permiten que algunas clases sean mucho más privilegiadas que otras, con demasiada frecuencia la ayuda puede convertirse en caridad, lo que significa que los/as afortunados/as por su propia benevolencia proporcionan alguna asistencia a los/as pobres. En este caso, el prestar ayuda puede acentuar las diferencias y crear situaciones donde algunas personas siempre son «las que ayudan y tienen los recursos», mientras otras siempre son «las que reciben la ayuda y no tienen recursos». No hay duda de que gran parte del servicio de diaconía ha sido organizado como obra de caridad a través de la acción de los/as ricos/as y poderosos/as hacia los/as pobres. Esas prácticas deben ponerse en tela de juicio. Esa ayuda tiende a ser paternalista y separa más que une pues se organiza de acuerdo con lo que beneficia y sirve las necesidades de quienes ayudan. En América Latina, esta práctica se conoce a menudo como «asistencialismo», pues su objetivo es asistir y no dar espacio para la igualdad y la mutualidad. Por consiguiente, puesto que esa acción perpetúa la diferencia y la separación, es probable que no contribuya a un auténtico cambio.

Estos comentarios podrían dar la impresión de que la caridad es algo negativo. Por el contrario, es una virtud que pertenece a la tradición de la Iglesia. El teólogo sudafricano Molefe Tsele declaró en la consulta de la FLM sobre diaconía profética: «Debemos oponernos a

Consolidar las familias

Cada martes y viernes por la mañana durante los últimos tres años, Nancy Krause se dirigió a la cárcel del Condado de Polk para dar una hora de clase a los presos sobre cómo ser padres y madres. Este curso forma parte de los servicios luteranos del *Mobile Parenting Program* de Iowa, que ofrece clases a los habitantes de ese distrito que no pueden desplazarse con facilidad: inmigrantes, personas presas o personas sin hogar. Muchas de esas personas son padres y madres que viven o han vivido en la pobreza. «La pobreza limita las opciones que uno tiene», dice Krause respecto de sus estudiantes de la cárcel. «Se vive en un mundo sin muchas opciones y con limitadas posibilidades».

la tendencia a convertir la caridad en una mala palabra. Dios es caritativo con toda su Creación. La sociedad en su conjunto necesita hacerse más caritativa»¹⁷.

La verdadera caridad está relacionada con la comunidad y la justicia. La diaconía basada en la comunidad aumenta la inclusividad y la reciprocidad a la hora de hacer frente al sufrimiento y la injusticia. Afirma el valor de hacer cosas juntos/as y la convicción de que todas las personas tienen dones y pueden participar cuando se trata de trabajar por lo que es bueno y justo. Recuerda el refrán africano que dice: «Si quieres llegar rápido, camina solo. Si quieres llegar lejos, camina acompañado».

3.3 Diaconía institucionalizada: necesidad de un enfoque más estructurado

Hay situaciones en las que los problemas que plantea la acción diaconal requieren esfuerzos que van más allá de lo que puede organizarse a nivel de la congregación. En los comienzos de la historia de la Iglesia, se admitió que la labor diaconal solía exigir estructuras más sólidas. Se crearon hospitales, orfanatos y albergues para personas sin hogar. Se mantuvieron fuertes vínculos entre las congregaciones y esas instituciones. Sin esos

¹⁷ *Prophetic Diakonia: «For the Healing of the World,»* 54.



vínculos y sin el apoyo constante de los miembros de la iglesia, esas instituciones no existirían. También hubo una deliberada continuidad de la identidad. El mismo nombre de «hospital» reflejaba el mandato de la Iglesia de practicar la hospitalidad diaconal. La arquitectura de los hospitales más antiguos apunta asimismo a la relación entre fe y asistencia, ya que las habitaciones se construían generalmente de tal manera que permitía a los/as pacientes ver el altar y recordar así el mensaje de que Dios es el sanador de las personas enfermas.

El movimiento diaconal moderno que comenzó en Alemania en la década de los años 1830 ha llevado a la creación de innumerables instituciones diaconales, no solo en ese país, sino en toda Europa y en otros continentes. Debido a que en aquel tiempo la iglesia oficial estaba estrechamente relacionada con el Estado, las iniciativas de misión y diaconía tenían que ser organizadas como asociaciones libres; sin duda, estaban dentro de la iglesia, pero eran organizaciones independientes en su relación con las autoridades eclesiásticas.

Uno de los pioneros de ese movimiento diaconal fue Theodor Fliedner, un pastor de Kaiserswerth, pequeña comunidad cercana a Düsseldorf en la parte occidental de Alemania. En septiembre de 1833, él y su mujer Friederike inauguraron una residencia para reclusas que habían salido de la cárcel, a la que siguieron otras iniciativas como un jardín de infancia y un hospital. Pronto se dieron cuenta de la necesidad de contar con personal capacitado, y tres años más tarde fundaron una Casa Madre para diaconisas que recibían formación como enfermeras y profesoras de infantes. En las siguientes décadas, miles de mujeres fueron capacitadas y consagradas como diaconisas. La Casa Madre se parecía a un convento católico en muchas cosas, y las hermanas, como de hecho se las llamaba, estaban comprometidas a seguir las reglas de la comunidad o sea la obediencia, el compartir de recursos y el celibato.

Del mismo modo, en septiembre de 1833, Johann Hinrich Wichern inauguró un hogar para niños y niñas sin techo de una barriada pobre de Hamburgo (Alemania). Lo impulsaba la convicción de que una buena educación salvaría a esos niños y niñas de la miseria, especialmente si la educación incluía la capacitación para una profesión. Esto demuestra que la educación era una parte esencial de la acción diaconal organizada, en cuanto importante instrumento para superar la pobreza. Por esa razón, se ha creado un gran número de instituciones educativas dentro de la tradición de la diaconía. Algunas de ellas están destinadas a niños y niñas de familias pobres y socialmente desfavorecidas. Otras brindan la oportunidad de ir a la escuela a niños y niñas, a quienes tradicionalmente se excluía de las escuelas públicas por motivos como la ceguera, la sordera o las enfermedades mentales.

Esta tendencia está de acuerdo con el firme compromiso de Lutero con la educación. Cuando se produjo la Reforma, Lutero propuso que los monasterios pasaran a ser escuelas públicas. Recordó a los padres y las madres que habían recibido a sus hijos e hijas como regalo de Dios, por lo que eran responsables ante Dios de su bienestar, y la educación era esencial. Escribió a los líderes políticos en Alemania y recomendó que hubiera escuelas para todos/as los niños y las niñas recordándoles que «*La prosperidad de*

la ciudad no consiste sólo en acumular grandes tesoros, y construir fuertes murallas y casas hermosas, La prosperidad de la ciudad no consiste sólo en (...) construir fuertes murallas y casas hermosas (...). Por lo contrario, la mayor prosperidad, seguridad y fortaleza de una ciudad consiste en tener muchos ciudadanos capaces, sabios, juiciosos, honorables y bien educados.»¹⁸.

No es posible exponer aquí de manera extensa el movimiento diaconal del siglo XIX, los múltiples actores que intervinieron en él y las distintas formas que esas personas comprometidas dieron al compromiso diaconal en aquel momento. Sin embargo, cabe señalar que ese movimiento revolucionó el rol de la mujer en la iglesia y la sociedad. Por primera vez, las mujeres solteras recibieron educación y se les dio una posición. Gracias a su trabajo, se plasmó la atención de salud y social moderna y se desarrollaron modelos que más tarde serían adoptados por el Estado cuando se introdujeron los sistemas de asistencia social.

En muchos sentidos, el movimiento diaconal está inspirado en el pietismo y su espiritualidad más bien individualista. La fuerza de esta influencia fue su enfoque personal y su vocación individual, centrándose en las relaciones personales. Creó espacio para iniciativas y condujo al establecimiento de instituciones de enseñanza, de salud y de atención social. Como consecuencia de este movimiento, Alemania cuenta actualmente con unas 30.000 instituciones diaconales. Esto fue posible gracias a un complejo sistema de financiación que tiene firmes vínculos con las autoridades gubernamentales.

A pesar de que esas instituciones funcionan como instituciones de atención de salud y social según las normas y los requisitos gubernamentales, todavía mantienen fuertes lazos con los organismos eclesiales nacionales y las congregaciones locales. En muchos casos, respaldan la labor diaconal profesional proporcionando recursos financieros, encargándose de la gestión administrativa de las juntas directivas y de otras

formas de liderazgo, o mediante la participación de voluntarios/as y el acompañamiento espiritual.

En Estados Unidos, la Iglesia Evangélica Luterana en América (IELA) ha afiliado organizaciones de ministerio social que prestan servicios en todo el país. Hay aproximadamente 280 organizaciones de servicios de salud y sociales en miles de comunidades, que atienden a más de seis millones de personas cada año, o, lo que es lo mismo, a uno de cada cincuenta estadounidenses. El 5% de esas organizaciones son bastante grandes y sirven en muchos lugares de muchos estados.

Es necesario reconocer que gran parte de esas instituciones dan un testimonio excepcional de la atención cristiana a las personas necesitadas. Fomentan la competencia profesional y la responsabilidad civil. Un hogar para jóvenes embarazadas, único sostén de sus hijos, en Brasil se convierte en un espacio para defender la dignidad humana y prepararse para el futuro. En Madagascar, un proyecto para el desarrollo de comunidades rurales permite a los/as pequeños/as agricultores/as calcular sus propios recursos y mejorar su producción alimentaria de manera sustentable. Un centro de capacitación en la India ofrece oportunidades a la gente joven que no ha sido admitida en los sistemas educativos establecidos.



© FLM/J. Schep

Muchas instituciones diaconales del hemisferio sur fueron fundadas por misioneros/as. Sin embargo,

¹⁸ «La Necesidad de Crear y Mantener Escuelas Cristianas. Exhortación a las Autoridades Municipales de Alemania (1524)» en: *Obras de Martín Lutero*, vol.7 (Buenos Aires: El Escudo, 1977), 23-24.



© ELCA/Laury Rinker

Norte por ejemplo, han creado estructuras que garantizan el liderazgo profesional de las instituciones y la independencia institucional, mientras aseguran la participación de la iglesia en las juntas directivas, determinando de este modo la misión que tienen las instituciones y su relación con la iglesia.

3.4 Diaconía internacional: respuesta a las necesidades humanas con la comunión mundial de iglesias y en su nombre

muchas de ellas ya no pudieron subvenir a sus necesidades cuando las organizaciones misioneras redujeron su apoyo financiero y su personal. También hay ejemplos admirables de instituciones diaconales que se crearon por medio de iniciativas locales y se han adaptado a las condiciones locales.

Con frecuencia, el movimiento misionero moderno se institucionalizó como una estructura independiente dentro de la iglesia. Solo después de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) celebrada en Nueva Delhi en 1961, la misión se integró totalmente en la visión ecuménica del ser Iglesia y dejó de ser vista como una actividad que correspondía a algunas organizaciones principalmente situadas en el Norte. Es difícil ver una integración plena similar de la diaconía, y en particular de la diaconía institucional, en la vida de la Iglesia. Esto se debe a que algunas iglesias no reconocen la diaconía institucional como parte integrante de lo que la iglesia es y hace, pero también a la tendencia de algunas instituciones diaconales a seguir organizando su labor con independencia de las estructuras habituales de la iglesia. Esto supone un desafío para las instituciones y para la iglesia, aunque no siempre es así. Otras iglesias, en América del

La misma naturaleza ecuménica¹⁹

de la Iglesia implica que la diaconía no puede verse limitada en su acción por fronteras geográficas, étnicas, sociales o incluso religiosas. Esta comprensión ha caracterizado en gran medida a la Federación Luterana Mundial y su identidad vocacional²⁰.

Uno de los principales factores que influyeron en la fundación en 1947 de la Federación Luterana Mundial con ocasión de su Primera Asamblea en Lund (Suecia), fue la necesidad de proporcionar ayuda humanitaria al pueblo europeo que estaba sufriendo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Había una firme motivación de autoayuda en los estatutos originales del Servicio para Refugiados de

¹⁹ La palabra ecumenismo proviene del griego «oikoumene», que significa «el mundo habitado» o «todo el universo».

²⁰ El texto siguiente se basa en la presentación de Brian Neldner en «Development Education Forum» en junio de 1997. Un relato de la historia del Servicio Mundial de la FLM figura también en «Let Us Help One Another: Service in the LWF», en Jens Holger Schjørring, Prasanna Kumari, Norman A. Hjelm (eds.): *From Federation to Communion. The History of the Lutheran World Federation* (Minneapolis: Fortress Press, 1997), 85–141.

la Federación Luterana Mundial, de prestar asistencia a los uno de cada seis luteranos/as que eran personas refugiadas o desplazadas tras la Segunda Guerra Mundial. Esto dio a la Federación Luterana Mundial una marcada orientación de asistencia a las personas refugiadas que la sigue caracterizando hoy.

Sin embargo, lo que preocupaba a la Segunda Asamblea de Hannover en 1952 era el riesgo de que la FLM, al igual que su predecesora la Convención Luterana Mundial, fuera desapareciendo poco a poco una vez que se hubieran cubierto las necesidades urgentes de los/as luteranos/as durante el período de posguerra. En una decisión histórica, la Asamblea afirmó el carácter permanente del compromiso de las iglesias miembros de ayudar a las personas necesitadas, pero le dio un nuevo enfoque. Se prestaría ayuda sin importar a quien, siguiendo el llamamiento del Evangelio. De ese modo, se estableció que la FLM se esforzaría por satisfacer las necesidades humanas y cumpliría el claro mandato de extender la ayuda a las personas de fuera de los confines de la comunión luterana.

Para el Departamento de Servicio Mundial (DSM) de la FLM, que se encarga de realizar esta labor en nombre de las iglesias miembros de la FLM, el punto de partida es la necesidad humana. Uno de los puntos clave de las atribuciones y responsabilidades del DSM, aprobadas por la Asamblea de Hannover, es el mandato de: *«llevar a cabo, administrar [...] esos servicios [que] tendrán alcance mundial y beneficiarán a todas las personas necesitadas sin distinción de raza, sexo, credo, nacionalidad o convicción política»*. [Traducción no oficial]

La tarea de satisfacer las necesidades humanas mediante la labor del DSM debe considerarse en relación con el cometido equivalente del Departamento de Misión y Desarrollo (DMD) de fortalecer el testimonio de las iglesias por medio de la misión y el desarrollo. Esto se hace en parte mediante programas coordinados por el secretariado en Ginebra. Algunos programas están bajo la responsabilidad de una de las oficinas regionales y, por ello, abordan las inquietudes de una región específica, por ejemplo, el problema de la pobreza en África, la cooperación interreligiosa en Asia, la deuda ilegítima en

América Latina o las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Europa. Otros programas están organizados por oficinas mundiales y se centran en el VIH y el SIDA, las cuestiones de género, la participación de la juventud, el desarrollo de los recursos humanos y los servicios de comunicación. Además, el DMD coordina el apoyo a unos 230 proyectos que son planificados y ejecutados por las iglesias miembros de la FLM. En este caso, la principal tarea del DMD es financiar los proyectos y acompañar a quienes se encargan de los mismos durante el proceso de ejecución y presentación de informes.

A lo largo de su historia, la FLM ha mantenido su identidad confesional y ha promovido un enfoque ecuménico de la prestación de ayuda humanitaria a nivel internacional.

Desde el primer momento hubo una estrecha colaboración, mediante una innovadora estructura ecuménica de ayuda a las personas refugiadas en África a principios de la década de los años sesenta. El Servicio para Refugiados Cristianos de Tanganica fue creado por la FLM en nombre del Consejo Mundial de Iglesias y en cooperación con el Consejo Cristiano de Tanzania. Posteriormente, se inició un programa similar en Zambia.

Al mismo tiempo, un programa de la FLM para refugiados/as chinos/as en Hong Kong pasó a ser un programa de servicio social general que luego se puso en manos del Consejo Cristiano de Hong Kong.

Las grandes sequías de África a principios de la década de los años setenta vieron la acción coordinada de los organismos de cooperación (agencias) de la iglesia en los que participaban la FLM, el CMI y las agencias católicas a través de Caritas Internacional y sus correspondientes organismos nacionales en la Acción de las Iglesias contra la Sequía en África. Esto llevó a nuevos enfoques conjuntos, no solo a nivel internacional sino en la cooperación que acababa de crearse entre las iglesias locales como en Etiopía y Eritrea. Actualmente, la participación de la FLM en Acción Conjunta de las Iglesias (ACT) afirma su constante compromiso ecuménico.

En 1970, la resolución de derechos humanos de la Asamblea de Evian estableció el marco de referencia y el compromiso de la FLM, por medio de sus iglesias miem-

bros, de trabajar en zonas de conflicto. De esta forma se prestó amplia ayuda a las personas que participaban en las luchas por la liberación o se vieron afectadas por los combates, en particular en Mozambique, Angola y Namibia. Se trataba de la ayuda a las personas exiliadas y refugiadas, de las operaciones de repatriación, reconstrucción, rehabilitación y desarrollo, así como de los ministerios sociales y pastorales para las personas que estaban en el exilio y las que participaban en las luchas de liberación. El ministerio pastoral a la población namibiana en el exilio, organizado en colaboración con las principales iglesias de Namibia y los consejos cristianos de los países de asilo, fue ejercido por la FLM por medio del DSM.

En 1974, fue muy importante la decisión de la Comisión de Servicio Mundial de comenzar a trabajar en el país islámico de Mauritania, dado que afirmó el concepto de compromiso mundial del DSM, en nombre de todas las iglesias miembros de la FLM. Esos programas desempeñan una función importante pues propician el acercamiento a personas de países donde

son otras las religiones mayoritarias. En 1997, el Consejo de la FLM afirmó que la FLM entiende los derechos humanos como una parte intrínseca de su participación en la ayuda humanitaria y el desarrollo.

La capacidad operativa del DSM recibe abundantes recursos por parte de organizaciones intergubernamentales y de donantes gubernamentales originales por mediación de organismos de cooperación relacionados con la FLM. La labor del Servicio Mundial de la FLM, permite que esos fondos se encaucen hacia programas que son una expresión del servicio cristiano a los prójimos necesitados.

El DSM trabaja asimismo en estrecha colaboración con las Naciones Unidas. En su Primera Asamblea, la FLM hizo llegar sus inquietudes respecto de las personas refugiadas y desplazadas al Secretario General de las Naciones Unidas. Aquel mismo año, la FLM pasó a ser una organización acreditada ante las Naciones Unidas. Este es el origen de la ya larga asociación del DSM con los organismos especializados de la ONU, especial-



© FLM/J. Schep

mente el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). La FLM considera que su labor complementa la de la ONU, proporcionando un enfoque de contacto personal que debe continuar siendo la esencia de la colaboración con todas las entidades gubernamentales e intergubernamentales.

En los próximos años, los desafíos planteados a la respuesta humanitaria internacional estarán motivados por decisiones políticas, cuestiones económicas y desastres naturales. También la cultura, el fundamentalismo y las divisiones religiosas determinarán esa respuesta. La FLM puede ser un «puente diacónico» mediador entre esas divisiones a la hora de dar una respuesta a las personas necesitadas por medio de sus iglesias miembros y en su nombre.

Hoy, el DSM (juntamente con sus programas asociados) opera en 36 países de África, Asia, Europa, América Latina y el Caribe. Gran parte de su presupuesto anual de cien millones de dólares EE.UU. se dedica a programas humanitarios y de desarrollo. Guiado por el lema «Defender los derechos de las personas pobres y oprimidas», el DSM ha determinado seis prioridades para su labor:

1. la respuesta y la preparación en casos de desastre;
2. la creación de comunidades sustentables;
3. la lucha contra el VIH y el SIDA;
4. la promoción de la paz, la reconciliación y los derechos humanos;
5. la transformación de las relaciones de género;
6. la protección del medio ambiente.

Como ya se ha manifestado, los/as luteranos/as comparten este compromiso con otros/as cristianos/as y, en consecuencia, la diaconía internacional ha sido una parte esencial del movimiento ecuménico desde sus inicios. En 1922, se fundó, en Zurich (Suiza), la *Oficina Central Europea de Ayuda Intereclesiástica* (Europäische Zentralstelle für kirchliche Hilfsaktionen, EZ), bajo los auspicios del Consejo Federal de las Iglesias de Cristo en América y la Federación de Iglesias Protestantes de Suiza, a los que más tarde se sumaron otras iglesias eu-



© FLM/F. Longakit

ropeas. La oficina se trasladó a Ginebra en 1928, y, en 1945, se unió al Consejo Mundial de Iglesias.

Cuando se pidió en 1938 a Willem A. Visser 't Hooft que fuera el primer secretario general del CMI, él puso como condición que hubiera un departamento de ayuda intereclesiástica porque «no podía haber una comunión ecuménica sin solidaridad concreta». En 1949, un año después de la primera asamblea del CMI en Ámsterdam, el Comité Central declaró que la ayuda intereclesiástica es una obligación permanente del CMI, y que la manera más eficaz de prestar esa ayuda es de forma ecuménica. En 1971, esa Unidad del CMI recibió el nombre de CAISMR (Comisión de Ayuda Intereclesiástica, Servicio Mundial y Refugiados), cuyas siglas en inglés son CICARWS

El mandato de la CAISMR era «ayudar a las iglesias a manifestar su solidaridad compartiendo sus recursos humanos, materiales y espirituales, y facilitar ese intercambio a fin de promover la justicia social, el desarrollo humano y el alivio de los necesitados». Hacia finales de la década de los años

ochenta, la Unidad comenzó a ser más dinámica intentando ayudar a las iglesias y los grupos relacionados en sus reflexiones sobre las principales causas de los problemas, y tratando de encontrar metodologías que les permitirían responder de forma más global a las necesidades de las personas. Así pues, la CAISMR ya no participó tan activamente en los proyectos, y estableció un sistema de proyectos prioritarios a fin de responder de manera muy concreta a las necesidades y los problemas más apremiantes del movimiento ecuménico. En 1992, se sustituyó por una nueva Unidad que se denominó *Compartir y Servir*.

Como se ha señalado, el sufrimiento después de la Segunda Guerra Mundial movió a los/as líderes de las iglesias de muchos países a crear estructuras para la ayuda humanitaria internacional. Incluso antes, en 1922, se fundó *Folkekirkens Nødhjelp* (DanChurchAid) en Dinamarca para responder a las necesidades de Europa del Este con el mandato especial de acompañar a las iglesias minoritarias de esa región. Al mismo tiempo, en todo el mundo, se fueron formando organizaciones similares relacionadas con la iglesia en respuesta al contexto de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, algunas de esas organizaciones se crearon para recibir a refugiados/as que venían de Europa tras la guerra, y, más tarde, ampliaron su labor para incluir la diaconía internacional.

A finales de los años cincuenta, muchos de esos organismos o agencias de cooperación habían pasado a centrar su atención en las jóvenes naciones independien-

tes del hemisferio Sur y su lucha para superar la pobreza y los modelos del colonialismo. Se adoptaron nuevas iniciativas. Las iglesias protestantes de Alemania comenzaron un programa llamado *Pan para el Mundo* en 1959. Hoy, esa organización apoya más de mil proyectos en cooperación con iglesias locales y organizaciones copartícipes en África, Asia, América Latina y Europa del Este bajo el lema «*Justicia para los pobres*».

Por un lado, las agencias de cooperación son instrumentos para las personas y congregaciones que consideran que es su deber cristiano no limitar su diaconía al prójimo más cercano, sino extenderla a todos cuantos sufren. Por otro lado, son filiales de iglesias locales (o nacionales), con un mandato específico y dirigidas por ellas con el claro objetivo de luchar contra la pobreza y la injusticia, y de ayudar a las organizaciones copartícipes a hacerlo. Por ello, las agencias de cooperación pueden considerarse como intermediarios, que reciben el mandato de sus miembros, para la acción diaconal, llevada a cabo en colaboración con copartícipes de ideas afines en otros lugares del mundo.

Desde los años sesenta, muchas de estas agencias de cooperación han recibido apoyo económico de los respectivos gobiernos y han participado cada vez más activamente en la labor de desarrollo a largo plazo. Las iniciativas de defensa de causas y de sensibilización han llegado a ser igualmente una prioridad importante de su labor. En las últimas décadas, esto ha provocado algunos cambios en la manera en que los organismos o agencias de cooperación entienden su trabajo. Antes que nada, reconocen más claramente su función como agentes de transformación, tanto en su propio contexto como en el hemisferio Sur. Esto se fundamenta en una mejor comprensión de las razones estructurales de la pobreza y en el principio de que la mayoría de las veces las principales causas de las necesidades humanas están relacionadas con sistemas de opresión e injusticia. En segundo lugar, el admitir esto deja claro que la labor de desarrollo no es una tarea fácil y que requiere competencia profesional.

Cuando se organizó la diaconía ecuménica después de la Segunda Guerra Mundial adoptó la forma de una operación multilateral. Así se reconocía que los proble-



© FELM

mas a los que había que dar una respuesta en la Europa de posguerra eran demasiado grandes para una única iglesia o agencia de cooperación. A partir de la década de los años setenta, la cooperación bilateral aumentó hasta llegar a ser la forma más común de diaconía internacional, a la que se da generalmente preferencia debido al contacto directo entre las entidades que cooperan.

Se favorece con frecuencia la cooperación bilateral porque se considera más rápida y más eficaz que los esfuerzos multilaterales. Por otro lado, el bilateralismo también conlleva dificultades. Algunas iglesias africanas cooperan con múltiples entidades bilateralmente, y responder a los objetivos estratégicos, los requisitos de presentación de informes, etc. de cada entidad asociada implica mucho trabajo. Un enfoque multilateral permite una mejor colaboración. En las relaciones bilaterales también se presenta el problema del desequilibrio de poder. En la cooperación multilateral, participan más entidades asociadas y el poder puede ser compartido de mejor manera. Otra ventaja de la colaboración multilateral es su potencial para conectar a más copartícipes e intercambiar conocimientos y experiencias dentro de una red más amplia.

Esos avances también han motivado una cooperación ecuménica más intensa. Desde principios de la década de los años noventa, las agencias de cooperación del hemisferio Norte se han reunido regularmente como la *Red de dirigentes de agencias de cooperación*, aunque, con el tiempo, se ha ido manifestando una preocupación cada vez mayor por el hecho de que las iglesias y los mecanismos de respuesta relacionados con las iglesias del hemisferio Sur no participaban en esas reuniones. En 1995, se creó *Acción Conjunta de las Iglesias* (ACT Internacional) para dar una respuesta coordinada global a las emergencias. En 2000, se fundó la *Alianza Ecuménica de Acción Mundial* (AEAM) (Ecumenical Advocacy Alliance, EAA) para coordinar las acciones de sensibilización y defensa de causas a nivel mundial de las iglesias y las organizaciones relacionadas con las iglesias respecto de temas concretos (actualmente, el VIH/SIDA y la seguridad alimentaria). A esto siguieron iniciativas para intensificar la colaboración en el ámbito del desarrollo, y se pidió al CMI que se encargara de organizar el proceso.

En una consulta celebrada, en 1982, en Ginebra sobre el tema: “Entendimientos actuales de diaconía”, se definió la diaconía como un sistema ecuménico para compartir recursos y se resumió ese entendimiento en ocho frases clave. La diaconía:

- Es esencial para la vida y el bienestar de la iglesia
- Está centrada en el nivel local
- Es mundial en solidaridad internacional
- Impide el aumento y el mantenimiento de estructuras injustas
- Se preocupa de las dimensiones estructurales y políticas
- Es humanitaria más allá de la familia de la fe
- Es mutua
- Es liberadora al insistir en la capacitación y promover la participación de la gente.

Fuente: From Inter-church Aid to Jubilee. A brief history of ecumenical diakonia in the World Council of Churches. WCC, Geneva 2002, p. 13.

En febrero de 2007, se formó *ACT para el Desarrollo* como «una alianza mundial de iglesias y organizaciones de fe que tienen el mandato de trabajar ecuménicamente en materia de desarrollo y que eligen trabajar juntas» con el objetivo de « [promover] y [facilitar] la cooperación entre los participantes con el propósito de mejorar su eficacia en el desarrollo transformador»²¹.

En 2009, ACT para el Desarrollo estaba compuesta por 70 organizaciones que trabajaban en el campo del desarrollo a largo plazo en más de 150 países y contaban en su conjunto con un presupuesto anual de aproximadamente 1.400 millones de dólares EE.UU. ACT para el Desarrollo se centra en el desarrollo a largo plazo, fortaleciendo la capacidad de sus participantes y la cooperación entre los mismos. Ya al principio quedó claro que debería haber una sólida interrelación entre la labor humanitaria, la labor de desarrollo y la sensibilización y defensa de causas, y que, preferiblemente, debería estar coordinada por una alianza mundial. Por ese motivo, se realizaron muchos esfuerzos para unir a ACT

²¹ www.actdevelopment.org/pages-sp/documents-sp.html

Hay nueve afirmaciones teológicas y bíblicas que se refieren a la diaconía ecuménica en el contexto de la globalización:

La diaconía ecuménica:

- debe dar una respuesta a nuestro contexto: mundial y local;
- está llamada a participar en la misión de Dios;
- es diaconía profética;
- es transformativa y busca la justicia
- es inseparable de la diaconía;
- es global, para todos los seres humanos y para toda la creación;
- Atañe a la sanación, la reconciliación y la reconstrucción;
- Atañe a la construcción de relaciones justas, mutualidad y el compartir.

Estamos llamados a estar unidos en la misión de Dios, en la búsqueda de la justicia transformadora, reconciliadora, misericordiosa, y en la diaconía profética.

Fuente: Chris Ferguson y Ofelia Ortega: Ecumenical Diakonia. Documento del CMI no publicado, 2002, p. 3

Internacional y ACT para el Desarrollo. Después de un cuidadoso proceso que incluyó consultas regionales, las asambleas de ACT Internacional y ACT para el Desarrollo decidieron por abrumadora mayoría fusionar sus actividades e iniciar su andadura como la nueva Alianza de ACT unificada en enero de 2010.

No cabe la menor duda de que ha habido una necesidad urgente de coordinar la diaconía internacional, y de que la creación de esas alianzas constituye una herramienta importante en esa dirección. Al mismo tiempo, esas iniciativas han suscitado preocupaciones en relación con la mutualidad más amplia de la respuesta diaconal. Uno de los temas que preocupa es el relacionado con la concentración de poder y la manera de garantizar que las agencias del hemisferio Norte no tengan un rol dominante en las nuevas estructuras. Otra preocupación se centra en la comprensión del desarrollo y plantea la pregunta acerca de si el establecimiento de ACT para el Desarrollo guarda relación con las iglesias y la interpretación de la misión holística. Y la tercera preocupación atañe a la naturaleza

del trabajo profesional y efectivo, y plantea la pregunta acerca de quién tiene el poder de determinar cuándo y de qué manera esto se logra. Aunque ACT Internacional y ACT para el Desarrollo intentan ser instrumentos mundiales de diaconía, sigue planteado el interrogante de si es posible imponer los programas, análisis y requisitos de los organismos de cooperación del hemisferio Norte a las iglesias y organizaciones del hemisferio Sur. No cabe duda alguna que estos temas seguirán figurando en el orden del día de los debates ecuménicos.

La consulta mundial sobre diaconía de la FLM celebrada en Addis Abeba, en octubre de 2008, reafirmó la rica tradición de los organismos o agencias de cooperación, que siguen desempeñando un rol importante en la diaconía internacional. Sin embargo, también declaró que «*continúa siendo necesario examinar juntos/as la cuestión de las funciones y los enfoques*». [Traducción no oficial] La consulta recomendó que se busquen «*nuevas sinergias y conectividad*» para «*promover un diálogo franco entre los copartícipes del hemisferio Sur y del hemisferio Norte sobre nuevos paradigmas para la cooperación en la misión y la diaconía que sean mutuamente beneficiosos y se complementen entre sí*». [Traducción no oficial]

En este empeño, los enfoques basados en los puntos fuertes y en los derechos son fundamentales dado que dan por sentado que todas las personas y la comunidad local pueden hacer contribuciones importantes para garantizar la integridad y la sostenibilidad de lo que se hace.

4. Metodología diaconal

4.1 Importancia de la metodología

Ya se ha insistido en la importancia de una buena planificación de la labor diaconal. Un elemento clave de la planificación es la formulación de objetivos y metas. Otro elemento es la definición de métodos. La palabra «método» proviene del griego (*meta + hodos*) y significa viajar o seguir un camino. La metodología

presta atención al *modo* en que se utiliza un método para alcanzar un objetivo específico.

Para la praxis diaconal, la cuestión de la metodología es fundamental. Ningún método es neutral pues todos ellos conllevan valores. Así pues, una tarea esencial es la de definir métodos de trabajo que favorezcan los procesos participativos y el empoderamiento, y que afirmen los valores fundamentales de la labor diaconal.

La llamada «hermenéutica de la sospecha» puede ser una herramienta importante para introducir perspectivas críticas en la acción diaconal. Hermenéutica significa «modo de interpretación» y requiere una mente inquisitiva. Por otra parte, es necesario preguntarse siempre: ¿a quién sirven los intereses que están detrás de lo que se dice y hace? El mundo y sus problemas parecen ser distintos desde la perspectiva de los poderosos que desde la perspectiva de los grupos marginados. Una diaconía seria tiene que tener en cuenta ese conflicto y ofrecer espacio a las voces que son ignoradas. Esa práctica corresponde a la buena tradición bíblica, y apunta en la dirección de la diaconía profética.

4.2 Ver – juzgar – actuar

El modelo de *ver – juzgar – actuar* que utilizan los teólogos y teólogas latinoamericanos/as ha sido ampliamente aceptado como herramienta útil para conectar teoría y práctica. Asimismo, ha demostrado ser un método muy práctico para planificar y poner por obra actividades diaconales.

La utilización de este método entraña seguir tres fases consecutivas:

La primera fase es *ver*, que significa hacer un análisis metódico de lo que se está haciendo, de lo que está sucediendo, desde la perspectiva de las ciencias sociales y otras disciplinas pertinentes para obtener una visión general fidedigna de la realidad del contexto en que tiene lugar la acción diaconal. Ese análisis debería, ante todo, prestar atención a las experiencias y testimo-

nios a partir del contexto. ¿Cómo se ve la realidad desde la perspectiva de las personas pobres y marginadas? ¿Qué se ha aprendido de la práctica diaconal actual y de otros grupos comprometidos con el desarrollo y la transformación? ¿Cuáles son los puntos fuertes y débiles de esa intervención? Esto brinda espacio a lo que a veces se llama «*conocimiento silencioso*» y a las voces que no siempre tienen acceso a la reflexión disciplinada.

La segunda fase es *juzgar*, o sea el momento de introducir inquietudes e incentivos de la fe y la identidad cristianas en la reflexión sobre la praxis. La primera fase es ante todo analítica y está relacionada con el conocimiento secular, en tanto que esta segunda fase es más bien hermenéutica en el sentido de que trata de interpretar lo que se ve y se analiza. ¿Cómo discernir lo que está ocurriendo como signos de los tiempos a la luz de la palabra de Dios y la promesa de la irrupción del reinado de Dios



© FLM/J. Schep



© FLM/J. Schep

en Cristo?²² Como cristianos/as, ¿de qué manera se nos interpela para que actuemos, teniendo en cuenta el mandato de participar en la misión holística de Dios? ¿Qué acción diaconal puede ser una respuesta pertinente?

Ese discernimiento ayudará a la iglesia a alzar su voz profética a la hora de denunciar la injusticia y el pecado, y anunciar en palabra y obra las buenas nuevas del cuidado de Dios de las personas pobres y que sufren.

En algunas situaciones, puede resultar útil avanzar en esta segunda fase antes de utilizar herramientas teológicas de interpretación. Cuando se comienza únicamente con la reflexión teológica, la perspectiva puede ser demasiado limitada. La interacción dialéctica entre la observación analítica y la reflexión teológica proporciona un sólido enfoque interdisciplinario a la acción diaconal, y puede aportarle valor añadido por su carácter de intervención social profesional.

La tercera fase es *actuar*, o sea, aportar las nuevas percepciones de las dos primeras fases al ámbito de la actividad diaconal. Se espera que esto permita que la acción sea más analítica y disciplinada, más centrada y más eficaz.

A pesar de que este método se presenta como un procedimiento en tres fases, cabe señalar que la primera fase se basa en la acción, y que la tercera fase debería conducir a una nueva reflexión sobre la praxis. Así pues, el proceso es circular o en espiral, aunque esto no significa que se afirme a sí mismo, dado que perspectivas y preguntas críticas deberían acompañarlo a lo largo de todo el proceso.

4.3 Construir ciudadanía

Cuando se debatió el objetivo de la diaconía (Parte III: 1), se planteó la cuestión de si la labor diaconal debería dirigirse a personas individuales, grupos o comunidades locales enteras. Aunque durante muchos años la tendencia ha sido dar preferencia a actividades en las que participarían comunidades enteras, las nuevas ex-

²² *Misión en Contexto*, 23.

perencias señalan la importancia de incluir también un enfoque individual. En muchos casos, no es necesario distinguir entre esas opciones sino más bien buscar enfoques que aporten sinergia entre los mismos.

Un ejemplo de este enfoque sinérgico se aplicó en Sudáfrica durante la época del *apartheid*. La población sudafricana negra, por ejemplo, sufría muchas injusticias porque sus empleadores/as blancos/as les negaban o no aplicaban los derechos vigentes. Esa situación hizo que algunos agentes diaconales emprendieran programas para hacer frente a los problemas políticos y jurídicos. Se iniciaron campañas en los suburbios reservados a los africanos negros con el fin de crear conciencia y empoderar a las personas para que reivindicaran sus derechos. Al mismo tiempo, se ofrecía asesoramiento jurídico a las personas que necesitaban documentos, con objeto de que tuvieran mayor protección como trabajadores/as y ciudadanos/as.

En América Latina, se llevó a cabo una experiencia similar en relación con el concepto de construir ciudadanía mediante el esfuerzo comunitario motivado por la visión de una sociedad más justa. Se entiende por ciudadanía el conjunto de derechos que da a una persona la posibilidad de participar activamente en la vida y el gobierno del Estado. Carecer de ciudadanía significa estar marginado/a o excluido/a de la vida social y de la toma de decisiones, y ser relegado/a a una posición inferior dentro de una sociedad. Por lo tanto, construir ciudadanía, entraña iniciativas y procesos por los que las personas se capacitan para asumir nuevas funciones en la sociedad, en defensa de sus propios derechos y como participantes activos/as en los movimientos sociales y políticos.

Esta necesidad de crear ciudadanía se manifiesta en la mayoría de los lugares del mundo. Debido a las experiencias vividas durante el comunismo, los/as habitantes de Europa del Este reconocen que necesitan aprender a tomar iniciativas juntos/as para llegar a ser ciudadanos/as participativos/as y responsables. En muchos países occidentales, cada vez son menos las personas que participan en la vida política organizada, y las organizaciones de voluntarios tradicionales están perdiendo sus miembros.

El compromiso diaconal de construir ciudadanía está motivado por esos desafíos sociales y políticos.

Pero también lo orienta la antigua tradición del catecismo, la cual, al igual que los Diez Mandamientos, nos muestra caminos para vivir como ciudadanos/as.

El método de construir ciudadanía contiene tres elementos principales: sensibilización y defensa de causas (*advocacy*), educación y movilización. Todos esos elementos ayudan al proceso de transformación que tiene múltiples dimensiones. A nivel personal, la gente necesita creer en sus dones y superar las actitudes de inferioridad o la clase de fatalismo que acepta el destino sin hacer preguntas. A nivel social, es necesario adquirir conocimientos y competencias, y recibir capacitación para participar en actividades organizadas. Una cuestión importante en ese proceso es evitar la manipulación, como podría ser que las personas se vean inducidas a adoptar el modo de pensar de los/as formadores/as, sea cual sea. El verdadero empoderamiento permite a las personas crear sus propias opciones, aunque puedan contradecir las expectativas que tengan quienes se encargan del proyecto.

Se ha descubierto que construir ciudadanía es fundamental para fortalecer la capacidad democrática de la sociedad. La democracia necesita ser construida desde la base. Los/as ciudadanos/as empoderados/as saben cómo abordar las necesidades de derechos de la gente corriente y cómo apoyarlos en sus reivindicaciones. Se trata de los derechos civiles, así como de los derechos económicos, sociales y culturales. Los/as ciudadanos/as empoderados/as saben cómo trabajar para influir en las decisiones importantes y en las políticas que afectan a sus vidas. Conocen formas de responsabilizar a los gobiernos y están comprometidos/as con la coexistencia pacífica en sociedades multiétnicas y pluralistas.

4.4 Construir comunidad

Existe un fuerte vínculo entre construir ciudadanía y construir comunidad. Los proyectos que se dirigen a las necesidades de un grupo específico, como las personas que viven con problemas físicos por ejemplo, contribuirán, en última instancia, al bienestar de toda la

comunidad. En algunos contextos, la diaconía tiene la capacidad de crear espacio para la acción política como ocurrió, por ejemplo, en América Central durante el período de las dictaduras militares en la década de los años ochenta. Así pues, ninguna acción diaconal puede considerarse fuera de su contexto social y político.

El desarrollo comunitario ha llegado a ser una actividad importante de la diaconía internacional. Su objetivo es que toda una comunidad, y no solo un grupo privilegiado, participe en el trabajo que se está realizando y se beneficie de él. Su método es incluir a tantos sectores como sea posible cuando se trabaja con la comunidad: agua, saneamiento, seguridad alimentaria, cuestiones medioambientales, educación, cuestiones de género, etc. Sea cual sea el punto de entrada para la acción diaconal: el socorro de emergencia, la rehabilitación, la preparación para casos de desastre o cualquier tipo de empeño en favor del desarrollo, los esfuerzos deberían estar intrínsecamente relacionados con objeto de preparar para un enfoque participativo e integrado.

Ese enfoque integrado está orientado por el entendimiento de que todos esos sectores están relacionados entre sí, y de que el desarrollo sustentable solo es posible si se hace frente a todos ellos. Por supuesto, se trata normalmente de una empresa difícil, y ningún actor puede enfrentar solo tareas tan diversas. Por ese motivo, la creación de redes y la colaboración con copartícipes locales tiene una importancia fundamental.

En las últimas décadas, se ha aprendido que la sostenibilidad requiere una intensa participación y apro-

piación a nivel local de los procesos de cambio. Por esa razón, el desarrollo comunitario trata de empoderar a las personas y grupos facilitando a esos grupos el acceso a las capacidades que necesitan para lograr el cambio en sus propias comunidades. Esas capacidades suelen estar dirigidas a crear poder político mediante la formación de amplios grupos sociales que colaboran en un programa común. Los agentes de desarrollo comunitario deben tener la habilidad de trabajar con las personas y de atender a las situaciones de las comunidades en el contexto de colectivos sociales más amplios.

Para los/as agentes diaconales siempre supone un desafío difícil mantener el equilibrio entre su propio rol y poder y el rol y el poder de la comunidad local. Una prioridad máxima debe ser aprender a escuchar, sin dar su opinión, y aceptar los enfoques y las soluciones compartidas. Las soluciones impuestas desde el exterior nunca funcionan. Suponen una violación de la integridad de las personas y de la comunidad, así como del conocimiento y la toma de decisiones que forman parte del ejercicio de su ciudadanía. De ahí que actualmente los organismos o agencias de cooperación y otros/as agentes diaconales intenten que su función en la realización de proyectos complejos sea menos importante y buscan en cambio la colaboración de copartícipes locales con un buen conocimiento de las condiciones del lugar.

Pueden surgir otros problemas cuando esta labor atañe a temas conflictivos como, por ejemplo, la propiedad de la tierra, las cuestiones de género o las prácticas culturales como la mutilación genital femenina. ¿Hasta qué punto pueden ser francos y explícitos los agentes diaconales al abordar esos asuntos? ¿Deberían utilizar su autoridad para plantear cuestiones de justicia, o sería abusar de su poder? Por otro lado, quedarse callados ¿sería equivalente a desatender la dimensión profética de la labor diaconal?

Se ha dejado claro en los últimos años que la labor diaconal debe basarse en los derechos. El Servicio Mundial (DSM) de la FLM ha incluido el enfoque basado en los derechos fundamentales como uno de sus principales métodos estratégicos:



© FLM/D. Lorenz

El enfoque basado en los derechos fundamentales implica, ante todo, hacer que haya una mayor conciencia de los derechos a todos los niveles, entre quienes no tienen poder y entre quienes lo tienen. Los objetivos de desarrollo son también objetivos de derechos humanos. Dar la debida importancia a los derechos humanos en el contexto del desarrollo contribuye a centrar la atención en las desigualdades estructurales que causan y mantienen el empobrecimiento y la exclusión. La alusión deliberada a los principios y objetivos de los derechos humanos ayuda a garantizar que se preste la necesaria atención a las causas fundamentales de la pobreza y la exclusión en la formulación y puesta en práctica de los programas de desarrollo, y contribuye a evitar que objetivos técnicos estrictos sean el punto de referencia para las actividades de desarrollo. Este enfoque también hace disminuir el riesgo de que las personas pobres se consideren como objetos necesitados de caridad²³.

Así como está claro que la acción diaconal no puede ocultar nunca su identidad cristiana, es igualmente evidente que no puede negar sus valores fundamentales ni su compromiso con la justicia y la dignidad humana. Sin embargo, la forma de llevarla a cabo puede depender del contexto local.

4.5 Establecer redes con otros/as

En los últimos años, la sociedad civil ha pasado a ser un ámbito importante a la hora de promover la participación de las personas y el cambio social. A veces, se hace alusión a la sociedad civil como el «tercer sector» al examinarla en su relación con el Estado y el mercado que pueden considerarse los otros dos sectores básicos de la sociedad. Fortalecer la sociedad civil significa equilibrar el poder que detentan esos dos sectores, como señala la siguiente definición:

²³ *Uphold the Rights of the Poor. Global Strategy 2007–2012* (Ginebra: FLM-Departamento de Servicio Mundial, 2007), 9.



© FELM



© FLAM/E.-S. Vogel-Minato

La sociedad civil se refiere al ámbito de la acción colectiva sin coerción en torno a intereses, propósitos y valores comunes. En teoría, sus formas institucionales son distintas de las del Estado, la familia y el mercado, aunque en la práctica, los límites entre Estado, sociedad civil, familia y mercado suelen ser complejos, difusos y negociados. La sociedad civil abarca comúnmente una diversidad de espacios, agentes y formas institucionales, que varían en su grado de formalidad, autonomía y poder. Las sociedades civiles están integradas frecuentemente por organizaciones tales como las organizaciones benéficas registradas, las organizaciones no gubernamentales de desarrollo, los grupos comunitarios, las organizaciones de mujeres, las organizaciones religiosas, las asociaciones profesionales, los sindicatos, los grupos de autoayuda, los movimientos sociales, las asociaciones empresariales, las coaliciones y los grupos de presión²⁴.

Fortalecer las estructuras horizontales en la sociedad fomentando de ese modo los principios democráticos es la función comúnmente reconocida de la sociedad civil. Por otra parte, la buena gobernanza depende de la existencia de redes informales independientes.

²⁴ Definición según la London School of Economics and Political Sciences: www.lse.ac.uk/collections/CCS/what_is_civil_society.htm.

Las iglesias y las organizaciones religiosas son agentes importantes en la sociedad civil. Este ámbito brinda a las iglesias una nueva oportunidad de desempeñar un rol activo en la sociedad, lo que con frecuencia no ocurría en el pasado —especialmente en Europa— cuando la iglesia formaba parte del poder estatal. Como agente de la sociedad civil, la iglesia ya no trata de obtener poder como parte de un modelo hegemónico, sino que busca oportunidades para participar en asuntos públicos importantes y servir al bienestar común.

Para la diaconía, la sociedad civil representa una oportunidad única de influir en la sociedad en su conjunto. Las iniciativas diaconales pueden verse como ejemplos precursores de responsabilidad pública. Esto está relacionado con la convicción fundamental de que la diaconía por sí sola no puede responsabilizarse de todos los problemas humanos y sociales, sino que debería crear alianzas con personas de buena voluntad. La libertad interna de cada participante en una alianza debería ser respetada y fomentada. La sociedad civil ofrece una buena plataforma para establecer redes de contactos y para la comunicación, y es importante que los/las agentes diaconales examinen esa posibilidad y aporten su contribución a ese contexto de compromiso público más amplio.

La sociedad civil ofrece asimismo oportunidades para actividades de sensibilización y defensa de causas (advocacy). En los casos en los que la acción diaconal no pueda prestar la debida atención a cuestiones de justicia, puede resultar útil crear lazos con otros/as agentes de la sociedad. También puede darse ese caso cuando se establecen relaciones con estructuras gubernamentales. En algunos países, las experiencias del pasado han suscitado una profunda desconfianza de las autoridades políticas, y, en otros países, las iglesias han sido tan leales para con los gobiernos, que, a veces, hasta han llegado a tener una actitud sumisa. En esos contextos, es posible crear alianzas, preferentemente con agentes afines. De ese modo, el diálogo con las entidades gubernamentales puede tener más peso, y estar mejor fundamentado y contribuir al debate público general en un país. Al mismo tiempo, las preocupaciones

y los compromisos de las iglesias y su labor diaconal pasan a tener mayor visibilidad.

4.6 La responsabilidad de rendición de cuentas (*accountability*)

Con frecuencia, se señala que la responsabilidad de rendición de cuentas (*accountability* en inglés) es un valor fundamental de la diaconía internacional. La responsabilidad de rendición de cuentas se refiere a la práctica de ser mutuamente responsables como, por ejemplo, en la cooperación entre dos o más copartícipes. Normalmente, la responsabilidad de rendición de cuentas incluye dos componentes clave: la obligación de dar cuenta y la ejecutabilidad. El primero alude a la obligación de justificar las decisiones y acciones; el segundo, a la capacidad de garantizar que una medida acordada sea ejecutada.

Cuando la responsabilidad de rendición de cuentas es mutua, todos/as los/as copartícipes tienen el mismo derecho a responsabilizar al/a la otro/a del cumplimiento de sus compromisos. En realidad, esto no siempre es así ya que con frecuencia hay asimetrías en las relaciones entre los participantes. Las relaciones tradicionales entre donantes y beneficiarios/as conllevan desequilibrios de poder y en la toma de decisiones que deben ser puestos en tela de juicio, especialmente en la labor diaconal.

Por otro lado, se debe afirmar enérgicamente que, en la labor diaconal, son fundamentales tanto la capacidad de gestión como las prácticas de trabajo eficaces. También forma parte integrante de esa labor la mutua responsabilidad de rendición de cuentas. Sin esos componentes, por mejor que sean las intenciones, no podrá lograrse una acción firme y responsable.

Actualmente, *la planificación, el monitoreo y la evaluación (PME) conjuntas* se han convertido en una herramienta útil para que los organismos o agencias de financiación del hemisferio Norte y sus asociados/as del hemisferio Sur mejoren la capacidad de gestión y las prácticas de trabajo. La motivación es *«mejorar [los] métodos de trabajo interno, de modo que se [puedan] utilizar los limitados recursos [...] en*

forma óptima para luchar contra la pobreza y la injusticia», y también *«mejorar la comunicación entre las organizaciones del hemisferio Sur y los organismos del hemisferio Norte que financian a las primeras, compatibilizando sus sistemas de información sobre la gestión, orientándolas hacia un sistema de aprendizaje y no solo de rendición de cuentas y asegurando el intercambio oportuno de información relevante durante las etapas claves de un proyecto [...] entre las partes que trabajan juntas por lograr metas de desarrollo compartidas»*²⁵.

La Declaración de París, un acuerdo internacional firmado en 2005 por líderes políticos/as e instituciones de desarrollo bajo los auspicios de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), es un ejemplo significativo al más alto nivel político de un compromiso conjunto para mejorar la calidad de la ayuda y su repercusión en el desarrollo. Uno de los principios clave de este compromiso es el fortalecimiento de los mecanismos de rendición de cuentas que obligan mutuamente a los/as donantes y a quienes reciben la ayuda, y dan garantías del control público del cumplimiento de los compromisos²⁶.

Estas medidas no deberían interpretarse como exigencias de los copartícipes del Norte, aunque existe ese riesgo por el hecho de que representan el poder y que pueden reducir su apoyo si los copartícipes del Sur no cumplen ciertos requisitos que ellos han formulado. Todos los agentes deberían adherirse a los principios de planificación y responsabilidad de rendición de cuentas como puntos fuertes, valores y competencias que les son propios. La comunicación es importante, y la sinceridad acerca de desequilibrios de poder deberían ser parte del diálogo.

Son necesarias una buena gestión y buenas prácticas de trabajo por el bien de la labor que es necesario

²⁵ *Tendiendo puentes en PME. Pautas para una buena planificación, monitoreo y evaluación (PME) de proyectos de desarrollo comunitario implementados por ONG del hemisferio sur con el respaldo de organismos ecuménicos europeos.* Publicado por ICCO, Países Bajos 2001. Ídem 8.

²⁶ Para más información sobre la Declaración de París y su aplicación, véase: www.oecd.org.

realizar. La competencia diaconal profesional debería reforzarse, sobre todo por el bien de las personas que participan en el trabajo y su dignidad en la lucha por una vida mejor. También se necesita una mayor responsabilidad de rendición de cuentas en las iglesias. No resulta aceptable que algunos/as líderes religiosos/as digan que «solo son responsables ante Dios» cuando no presentan las cuentas de sus recursos financieros. Los/as líderes de las iglesias deberían ir a la cabeza dando ejemplo de una administración responsable y transparente.

Un problema general del trabajo con proyectos es que quien se encarga del proyecto a menudo pretende hacer mucho más de lo que es posible con los recursos disponibles. Una buena planificación es fundamental. En esta fase, puede ser útil emprender un análisis DAFO²⁷ u otra clase de evaluación, como puede ser la evaluación de los puntos fuertes o una indagación



© FLAM/F. Longakit

apreciativa. Como resultado, la ventaja comparativa del/de la titular del proyecto será más evidente, dado que la actividad no debería basarse únicamente en una evaluación de las necesidades, sino en un análisis serio que incluya los puntos fuertes y los recursos disponibles. De esta forma es probable que el proyecto resulte más fácil de administrar y sea más sustentable.

²⁷ El análisis DAFO es un procedimiento de identificación de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades.

No es fácil para las iglesias optar por hacer menos pero hacerlo mejor. Sin embargo, es importante recordar que hay muchas otras organizaciones aparte de la iglesia, y que la diaconía no puede hacerse cargo de todos los problemas de la sociedad. Por ese motivo, establecer alianzas con otros agentes es importante. Por otra parte, cada vez es más urgente que las iglesias centren su acción en ámbitos en los que la contribución de su esfuerzo diaconal pueda ser más significativa.

5. Agentes diaconales

La diaconía cuenta con muchos participantes; la mayoría de ellos/as son anónimos/as ya que hacen lo que consideran natural y justo cuando se ven enfrentados/as al sufrimiento, la necesidad o la injusticia. Esto ocurre, sobre todo, en relación con lo que se ha descrito en el capítulo anterior como diaconía individual. Pero también es algo normal que en las otras expresiones de la acción diaconal participen muchas más personas de las que tienen una responsabilidad directa. Debería considerarse una prioridad dar más visibilidad a las personas que toman parte en ese servicio, no solo para honrar su compromiso sino también para animar a otros/as a que sigan su ejemplo. No cabe duda alguna, de que habría más personas que participarían en la labor diaconal si simplemente se les diera la oportunidad.

Las mujeres siempre han desempeñado una función clave en la labor diaconal, y es común que participen más mujeres que hombres como voluntarias y como miembros del personal. Puede haber muchas razones para este fenómeno, incluidas razones históricas. Es una realidad que debería invitarnos a reflexionar detenidamente y con espíritu crítico. Las diaconisas desempeñaron un papel de gran importancia en el movimiento diaconal que comenzó en Alemania en la década de 1830. Se debió principalmente al hecho de que en aquella época no había oportunidades de trabajo para las mujeres, por lo que, desde una perspectiva histórica, este movimiento contribu-

yó en gran medida a proporcionar a las mujeres un espacio en la iglesia y en la sociedad.

Al mismo tiempo, era común que se excluyera a las mujeres de los puestos de liderazgo en la sociedad y en las iglesias, y en algunos casos continúan siéndolo. Incluso en la Casa Madre, el puesto más alto lo ocupaba un hombre, casi siempre un pastor. En muchos casos, la situación sigue siendo la misma hoy: los hombres ocupan puestos de liderazgo y son quienes verdaderamente toman las decisiones respecto de las actividades diaconales. En otros casos, aunque las mujeres puedan formar parte del liderazgo, son los hombres los que se encargan de tomar decisiones y elaborar presupuestos. Otra triste realidad es que, en muchas partes del mundo, los hombres están mejor pagados que las mujeres aunque tengan el mismo trabajo. Esta es una injusticia heredada que contradice claramente la identidad y los valores de la diaconía.

La creencia de que la diaconía es antes que nada una tarea para mujeres induce a que se hable a veces de «feminización» de la labor diaconal. Esto puede basarse en la interpretación equivocada de que la diaconía (y la mujer) tiene una importancia secundaria en la vida de las iglesias porque es entendida como asistencia y servicio humilde. Esa feminización de la diaconía no concuerda con su fundamentación teológica, ya que la diaconía corresponde a todo el cuerpo de Cristo en el que hombres y mujeres están llamados/as a participar.

Así pues, es muy necesario adoptar un enfoque de género en la labor diaconal que incluya dimensiones prácticas y estratégicas. Un análisis de género aborda el contexto de las prácticas socializadas, sea en la familia, sea en la iglesia, sea en la sociedad. Las funciones asignadas a cada género en la labor diaconal pueden examinarse de manera crítica en relación con el siguiente análisis: ¿deberían simplemente reflejar lo que se practica en el contexto, o podrían presentar una alternativa para la igual participación de mujeres y hombres? Es importante que este enfoque se base en la identidad de la diaconía y en su compromiso con la inclusividad y con una sociedad participativa.

El análisis de funciones en la diaconía en una perspectiva de género debería basarse tanto en la fe como en

los derechos. Se debe poner de relieve que las mujeres y los hombres son creados/as a imagen de Dios, con la misma mayordomía, y, por el bautismo, entran en la misma comunión y reciben energía del Espíritu Santo para ser responsables por igual de toda la creación de Dios. En ese proceso, puede resultar útil reflexionar sobre cómo pueden las mujeres y los hombres juntos asumir la parte que les corresponde en la labor diaconal. ¿Son sus capacidades y funciones similares o diferentes? ¿Puede también darse el caso de que la participación en la labor diaconal cambie las funciones de hombres y mujeres en la iglesia y la sociedad? ¿O sucede lo contrario, o sea, que las iglesias retrasan los procesos en la sociedad por los que se reconoce y se estimula el rol de las mujeres?

Es importante que este enfoque sea práctico, es decir, que ofrezca ayuda concreta a mujeres y hombres por medio de la capacitación y la organización. El empoderamiento implica un cambio de las estructuras de poder. En este caso, significa deconstruir los modos de pensar que dan poder exclusivo a los hombres y establecer entornos propicios, y adoptar políticas que garanticen la igualdad en la participación y el liderazgo.

5.1 Voluntarios/as

Es un hecho que la mayor parte de la labor diaconal es realizada por personas que no reciben salario. Esto también ocurre cuando la labor diaconal está organizada; en este caso también los/as voluntarios/as desempeñan un papel decisivo. Por supuesto, el rol del/la voluntario/a es muy valorado y muchas iglesias hacen llamamientos para captar voluntarios/as en el marco de su labor. Esto se basa en la firme convicción de que la vida de la iglesia no puede depender del trabajo de quienes reciben un salario por lo que hacen.

En algunos casos, los/as voluntarios/as son personas altamente calificadas que utilizan su capacidad profesional en actividades diaconales sin recibir un salario. Un doctor o una doctora en medicina o un/una dentista pueden dedicar algunas horas de su tiempo libre cada semana



© FLM/F. Longakit

a un dispensario diaconal para gente pobre. Algunos/as lo consideran un «servicio de buena voluntad», una oportunidad de devolver a la comunidad lo que han recibido de la sociedad. En otros casos, cuando los/as propios/as voluntarios/as pasan necesidad, se puede prever un pequeño reconocimiento por lo que hacen, como por ejemplo una comida gratuita o algo de dinero de bolsillo.

En muchos países, se organizan programas para jóvenes que estén dispuestos/as a pasar un año ayudando a otras personas como voluntarios/as. Un ejemplo interesante es el llamado *Diakonisches Jahr (año diaconal)* en Alemania, por el que las iglesias ofrecen a jóvenes de entre 16 y 27 años la posibilidad de servir en congregaciones o en instituciones diaconales. Otro ejemplo es el movimiento juvenil internacional no gubernamental *Changemaker*, formado originariamente por gente joven que participaban como voluntarios/as en Ayuda de la Iglesia Noruega. Se trata de ejemplos en los que se ha movilizado a jóvenes para que participen en actividades de sensibilización y de defensa de causas a nivel internacional con el objetivo de combatir las causas fundamentales de la distribución desigual de recursos entre los países ricos del Norte y los países pobres del Sur. Un tercer ejemplo es el programa de Jóvenes Adultos en Misión Global (*YAGM*) organizado

por la Iglesia Evangélica Luterana en América.

Habida cuenta de estos antecedentes, el papel de los/as voluntarios/as merece una reflexión más rigurosa de la que se suele hacer, en especial cuando se espera que los/as voluntarios/as «se ocupen» de tareas determinadas por el personal contratado. Es importante recordar que un/a voluntario/a no es el/la ayudante de un/a trabajador/a asalariado/a, sino una persona que puede llevar a cabo tareas importantes conforme a sus dones y capacidades. Muchas iglesias han puesto en marcha servicios de atención telefónica a per-

sonas que se debaten con distintos tipos de dificultades, permitiéndoles pedir ayuda por teléfono. Normalmente quienes realizan esos servicios son voluntarios/as con la correspondiente capacitación profesional.

En la labor diaconal, especialmente a nivel de la congregación, la tarea de captar, motivar, habilitar y acompañar a los/as voluntarios/as es muy importante. Suele ocurrir que los/as voluntarios/as sientan que se les pide que hagan demasiado, o que se les deja solos/as en su servicio. Hay quienes dejan su trabajo después de un corto período, a veces llevándose una mala impresión o con la sensación de que se abusó de ellos/as. De ahí que sea importante que se reconozca a los/as voluntarios por lo que hacen, que se los/as incluya en el proceso de planificación y evaluación, y que se los/as respete como colaboradores/as importantes. Los/as voluntarios/as se sentirán normalmente más seguros/as en lo que hacen si se les ofrecen oportunidades de capacitación. Y, por último, pero no por eso menos importante, la mayoría de los/as voluntarios/as ven una profunda conexión entre su fe y su servicio, y esto debe ser reconocido y fortalecido.

Desde una cierta perspectiva, puede decirse que el término «voluntario/a» es un tanto engañoso, especialmente si da la impresión de que hay una división fun-

damental entre el voluntariado y el personal contratado. Lógicamente, puede ser así en trabajos diaconales muy especializados donde las responsabilidades específicas requieren cierta idoneidad y donde se organiza el trabajo en consecuencia. Este hecho no justifica que haya una jerarquía entre el personal diaconal profesional y los/as voluntarios/as, y de ningún modo debería convertirse en un argumento para reservar la responsabilización y la responsabilidad diaconales a una élite profesional.

Como el término «voluntario/a» se basa en la palabra latina «voluntas», que significa «voluntad», se puede entender que el trabajo voluntario depende de la voluntad personal. Desde el punto de vista humano, tiene sentido. Sin embargo, desde el punto de vista teológico, es posible dar un paso más al referirse al servicio diaconal y hablar de servicio como la vocación que reciben todas las personas bautizadas y como expresión de un nuevo estilo de vida empoderado por el Espíritu Santo de Dios.

Martín Lutero elaboró su doctrina sobre la ética de la vocación basándose en este entendimiento, y expresó que el mundo es el lugar donde se vive la vocación cristiana. Esto significaba, por ejemplo, que un/a agricultor/a debería considerar su trabajo diario como servicio dado por Dios, al igual que un/a zapatero/a o un/a profesor/a. Esto significa que el trabajo secular, y no solo el trabajo en la iglesia, se entiende como una vocación, y la vida cotidiana es un ámbito importante para expresar el cuidado divino de la creación. No cabe duda de que esta doctrina es muy importante para la acción diaconal.

5.2 Personal profesional

Con este entendimiento de lo que puede llamarse el «diaconado de todos/as los/as creyentes», se puede abordar el rol que los/as trabajadores/as profesionales calificados/as desempeñan en el ámbito de la diaconía. Cabe preguntarse qué ocurre cuando quienes realizan las «buenas obras» son trabajadores/as profesionales que reciben un salario. ¿Continúa siendo una «buena obra», según la interpretación teológica de ese con-

cepto? Siguiendo la postura de Lutero de que todo lo que se haga «de buena fe» es bueno, se puede afirmar con certeza que la idoneidad profesional o la percepción de un salario no quita valor a una buena obra. Y hasta puede mejorar la calidad de lo que se hace.

La capacitación y la idoneidad profesionales son, ante todo, un medio para garantizar la calidad de la labor diaconal organizada tanto a nivel de la diaconía de la congregación como a nivel de las instituciones diaconales. Tradicionalmente, tanto diáconos como diaconisas han personificado esa capacitación en la vida de la iglesia, pero otros/as profesionales como los/as trabajadores/as de la salud, los/as trabajadores/as sociales, los/as administradores/as, los/as economistas también participan en la tarea de garantizar la calidad profesional de la labor diaconal. La calidad se entiende aquí en dos sentidos: como el aporte que incluye motivación, actitudes, competencia, etc., y como el rendimiento que depende de la forma de llevar a cabo la labor y de su resultado.



© FELM

La profesionalización de la atención de salud y el trabajo social tuvo lugar principalmente después de la Segunda Guerra Mundial y estuvo relacionada en muchos casos con el establecimiento de sistemas de asistencia social. Su objetivo era, por un lado, realzar la condición de las personas que trabajaban en ese ámbito, y proporcionarles una buena capacitación y buenas condiciones de trabajo. Por otro lado, y lo que es más importante, el objetivo de la profesionalización era mejorar los servicios ofrecidos a quienes los necesitaban. Y pasó a ser un requisito gubernamental que el trabajador o la trabajadora profesional de salud o social tuviera conocimientos para intervenir en situaciones complejas de

ne diferentes dimensiones. Una es, por supuesto, la dimensión de la gestión, que significa que el trabajo debe estar bien organizado y asumirse la responsabilidad de rendir cuentas por la tarea desde la planificación hasta la ejecución; con un uso adecuado de los recursos y la presentación de buenos informes. Sin embargo, más importante aún es la dimensión de contenidos, que se refiere al resultado de lo que se hace y a si se alcanzan las metas definidas con arreglo a los objetivos establecidos. De ahí que la labor profesional incluya herramientas analíticas, conocimiento de métodos y referencia a sistemas de valores. De todas maneras, la más importante es la dimensión humana. La verdadera calidad de la labor

diaconal reside en cómo se respeta la dignidad humana de acuerdo con cosmovisiones holísticas, cómo se superan los modelos de exclusión, cómo se empodera a las personas para que sean sujetos de su propia vida, y finalmente cómo contribuye esto a la transformación de la sociedad. Esta calidad también incluye la competencia a la hora de abordar la dimensión espiritual de dichos procesos con respecto a situaciones individuales, la capacidad de respuesta a las necesidades espirituales de manera profesional y la capacidad de incluir la fe, la espiritualidad y la religión en la comprensión general de la vida humana.

Todas esas cuestiones son muy pertinentes para la diaconía interna-

cional. Las oportunidades y los nuevos desafíos requieren conocimientos y experiencia profesionales. A veces da la impresión de que se trata de una cuestión planteada principalmente por organismos o agencias de cooperación occidentales, que imponen los donantes gubernamentales originales, y sus crecientes exigencias respecto de los resultados y la presentación de informes. Esto puede ser importante, pero la verdadera razón para que la labor diaconal sea profesional es el compromiso con la calidad de lo que

sufrimiento humano a fin de mejorar la calidad de vida en el respeto de la dignidad de la persona necesitada.

Es posible ver el mismo proceso en la profesionalización de la labor diaconal. De hecho, las instituciones de enseñanza diaconales desempeñaron un rol precursor en la profesionalización de la atención de salud y del trabajo social. En la diaconía, el principal objetivo de la profesionalización es garantizar la calidad de la ejecución del trabajo. La labor diaconal calificada tie-



© FLM/E.-S. Vogel-Mfato

se hace y de lo que se intenta lograr. Hablando sin rodeos, la razón más válida para ser profesional es el respeto y el interés por las personas a quienes se presta servicio.

El discernimiento crítico es un componente inherente a la capacitación profesional. Sin embargo, es fundamental que ese discernimiento sea autocrítico y plantee preguntas en relación con los riesgos y las limitaciones del trabajo profesional. Por ejemplo, podría ser realizado de manera elitista dejando de lado la sabiduría y la participación de los/as no profesionales. También puede ser problemático cuando da lugar a una especie de elitismo por el cual la labor diaconal se reserva a los/as especialistas diaconales, o cuando está orientado por un secularismo estricto que no deja espacio para los valores y las prácticas espirituales. La gente común se siente impotente y con frecuencia no puede hacer oír su voz cuando se ve enfrentada con esas actitudes. En tales casos, se considera al profesional un/a «tecnócrata», como queda claro en el relato de una experiencia de Madagascar. Los/as representantes de una agencia de cooperación visitaron un proyecto al que llevaban muchos años apoyando económicamente. Tras la visita, las personas que llevaban a cabo el proyecto dijeron con tristeza: «Solo pidieron documentación e informes. Pasaron mucho tiempo comprobando nuestro sistema contable y muy poco en conversaciones con las personas que participan en el proyecto. Y no hicieron preguntas sobre las repercusiones del proyecto en la vida cotidiana».

La consulta de Addis Abeba instó a que se promueva «una cultura de la escucha» en la labor diaconal, y consideró fundamental que la idoneidad profesional incluya la capacidad y el compromiso a nivel local, y esté abierta al empoderamiento recíproco. En efecto, es importante dar testimonio de la interrelación de todas las expresiones de diaconía, y que cada una reciba el mandato de apoyar y fortalecer las otras, aunque en algunas circunstancias se atribuya a una de las expresiones un papel principal a la hora de organizar lo que debe hacerse. Este puede ser el caso en una situación de emergencia que requiera capacidades que superen con mucho lo que una congregación o iglesia local pueda tener a su disposición. Pero aun así, sería un error dejar de tener en cuenta el rol de la iglesia local



© FLM/J. Schep

y la especificidad de su capacidad diaconal, especialmente en la perspectiva a largo plazo.

La labor diaconal tiene como objetivo empoderar a las personas para que participen en procesos de cambio. La capacidad para lograr ese objetivo debe formar parte integrante de la capacitación diaconal y de la idoneidad profesional. Tales competencias se expresan en los enfoques y la metodología. Pero también se evidencian en una comprensión holística de la realidad humana y en la capacidad para movilizar la fe, la espiritualidad y los sistemas de valores cuando se participa en actividades que tengan como finalidad mejorar las condiciones de vida.

5.3 Órdenes del ministerio

Los diáconos y las diaconisas que han recibido formación y han sido contratados para la labor diaconal representan una forma explícita de la labor diaconal profesional. Algunas iglesias luteranas han establecido el diaconado como una parte del ministerio de la iglesia. En algunas iglesias (Suecia y Brasil, por ejemplo), los diáconos y diaconas son una parte esencial del ministerio ordenado, mientras otras iglesias reservan el término «ordenación» para pastores y pastoras y utilizan

los términos «envío» o «consagración» cuando los diáconos y diaconas comienzan su ministerio oficial. Otro ejemplo es el de Indonesia, donde la Iglesia Cristiana Protestante Batak (HKBP) tiene una escuela de capacitación para diaconisas y, en 1983, tomó la decisión de que las diaconisas fueran ordenadas.



© Anders Falk

Oigo decir de vez en cuando que la asistencia pastoral y psicológica (*counselling*) y la diaconía deben estar separadas. La diaconía se define a veces como el Evangelio en acción. Sentarse junto a otro ser humano es una acción muy significativa que aporta mucho sentido. Así pues, para mí, la asistencia pastoral y psicológica y la diaconía están intrínsecamente vinculadas.

*Stigs Kerstin Olsson, diácono en la congregación de Säffle
Iglesia de Suecia*

Sin embargo, no hay consenso entre los/as luteranos/as por lo que respecta a la naturaleza y el rol del ministerio diaconal. Lutero abolió la tradición católica de que antes de que un hombre fuera ordenado sacerdote debía formar parte de la orden de los diáconos durante un tiempo, normalmente un año. El llamado *diaconado transitorio* continúa siendo la norma en las iglesias que entienden el ministerio de manera jerárquica, como es el caso de la Católica Romana y la Anglicana.

En opinión de Lutero, un diácono no debería ser una especie de mini sacerdote, sino una persona que asiste a las personas pobres en sus necesidades. Lutero comentó que la iglesia los necesitaba, pero solo se tomaron algunas iniciativas concretas para establecer una nueva orden de diáconos en las iglesias luteranas durante la época de la Reforma. De hecho, el pastor se convirtió en la *única* expresión del ministerio, fuertemente orientado por la ortodoxia luterana y su lectura de la *Confessio Augustana* que define el ministerio de la iglesia principalmente como un ministerio de predicación del Evangelio y administración de los sacramentos. Esto se interpretaría normalmente como el ministerio del pastor.

Las órdenes de diáconos y diaconisas que fueron creadas más tarde como parte del movimiento diaconal del siglo XIX no estaban relacionadas con el ministerio de la iglesia, aunque se tomaron algunas iniciativas con el fin de establecer tales vínculos. Se les encargó la labor diaconal, muy a menudo en instituciones sanitarias y sociales, pero su mandato no incluía «predicar el Evangelio y administrar los sacramentos» en el sentido estricto de esa expresión. En otras palabras, aunque eran reconocidos/as como trabajadores/as de la iglesia, no pertenecían al ministerio de la iglesia.

En los últimos años, se ha examinado con frecuencia en círculos ecuménicos y en las iglesias luteranas una posible renovación del ministerio diaconal. Un importante impulso llegó de la mano del CMI y su Comisión de Fe y Constitución que, en 1982, publicó el documento Bautismo, Eucaristía, Ministerio (BEM) sobre la comprensión del bautismo, la eucaristía y el ministerio. Aquí, se presta atención al triple ministerio del obispo, el presbítero (pastor) y el diácono, como era reconocido en la ige-

sia primitiva. En lo que concierne al ministerio diaconal, el documento BEM declara que: «*Actualmente existe una fuerte tendencia en muchas Iglesias a restaurar el diaconado como un ministerio ordenado con su dignidad propia y concebido para ser ejercido de por vida. [...] Los diáconos representan en el seno de la Iglesia su vocación de servidora en el mundo. Sosteniendo en nombre de Cristo un combate entre las innumerables necesidades de la sociedad y de las personas, los diáconos dan el ejemplo de la interdependencia del culto y del servicio en la vida de la Iglesia. Ejercen una responsabilidad en el culto de la comunidad. Por ejemplo, leen las Escrituras, predicán y dirigen la oración de los fieles. Participan en la instrucción de la comunidad. Llevan a cabo un ministerio de caridad. Desempeñan determinadas tareas administrativas y pueden ser elegidos para responsabilidades de gobierno*»²⁸.

Algunas iglesias luteranas han dado forma a su ministerio diaconal según esta amplia tradición de la Iglesia. Normalmente, los diáconos y diáconas tienen la responsabilidad primordial de organizar la labor diaconal de la congregación local y, además, se espera que desempeñen una función en la vida litúrgica que puede incluir tareas específicas como, por ejemplo, dirigir las oraciones por las personas enfermas y necesitadas o asegurarse de que se dan las condiciones para que todas las personas participen en la Eucaristía, incluidos/as quienes tienen problemas físicos.

Por lo que respecta al debate sobre el ministerio diaconal, se suele expresar un escepticismo general en relación con el triple ministerio, especialmente cuando se interpreta de manera jerárquica, siendo los diáconos y diáconas quienes ocupan el orden más bajo del ministerio después del obispo y la obispa y el pastor y la pastora. La tradición luterana solo conoce un «*ministerium ecclesiasticum*». Por otro lado, la mayoría de los/as luteranos/as reconoce que hay una diferencia entre obispo/a y pastor/a²⁹. Si bien se puede decir que representan dos expresiones del mismo ministerio, cabe

preguntarse si el ministerio diaconal, por su parte, no podría entenderse como otra expresión necesaria.

Ese debate no debería centrarse en el triple ministerio, sino en el entendimiento de lo que significa ser Iglesia en el mundo de hoy. Tras examinar esta cuestión en 2004, los obispos y obispas de la Iglesia de Noruega llegaron a la conclusión de que las reflexiones sobre el carácter diaconal de ser Iglesia, junto con los desafíos contemporáneos, dan buenas razones para incluir al diácono y la diácona en el ministerio de la iglesia. Se ve entonces como una dimensión fundamental del ministerio único de la Iglesia, como un principio teológico que puede ser aplicado si la iglesia decide reestructurar su ministerio de una manera que incluya el diaconado.

En este caso, no se entiende el diácono/la diácona como un/a «mini sacerdote», sino como una persona con una capacitación diaconal específica que la faculta para asumir un rol de liderazgo en la iglesia. Se entiende como una expresión del «*bene esse*» (bienestar) de la iglesia que sirve su identidad y misión, y no como una posición doctrinal que requiera que el ministerio de la iglesia tenga que estar organizado de esa forma.

La consulta de la FLM sobre diaconía profética celebrada en Johannesburgo en 2002 señaló en su mensaje final la importancia del liderazgo diaconal e instó a las iglesias a que introdujeran e intensificaran la formación para la diaconía. «*Como un ministerio, ella debería estar plenamente integrada en los ministerios ordenados, consagrados y remunerados de la iglesia, como una reflexión del significado fundamental de la diaconía para el ser de la Iglesia*»³⁰.

Aquí también, el punto de entrada es la comprensión de ser Iglesia. Si la diaconía es una dimensión intrínseca de la existencia de la Iglesia, debe verse reflejada en su liderazgo. Esta cuestión se abordó más a fondo durante una consulta de la FLM sobre el ministerio diaconal en la misión de la Iglesia celebrada en São Leopoldo, Brasil, en 2005. «*Estamos convencidos de que, por varias razones, la importancia de la diaconía en el marco del testimonio de la iglesia ha aumentado en*

²⁸ *Bautismo, Eucaristía, Ministerio* (Ginebra: Consejo Mundial de Iglesias, 1982) §31 y comentario adjunto.

²⁹ *El ministerio episcopal en la apostolicidad de la iglesia. Declaración de Lund de 200.* (Ginebra: FLM, 2008).

³⁰ Reinhard Böttcher (ed.): *Prophetic Diaconia: «For the Healing of the World»*. Report. Johannesburg, South Africa, November 2002 (Ginebra: FLM, 2002), 9.



los últimos años. La mayoría de las iglesias miembros de la FLM se encuentran en diversos contextos sociopolíticos y plurirreligiosos y, a veces, en situaciones de minoría. [...] En esas condiciones, el ministerio diaconal podría ser una forma especialmente eficaz de expresar el amor de Dios»³¹.

El informe de la consulta manifiesta, además, lo siguiente: «Entendemos que la diaconía se refiere a un componente fundamental de la esencia de la iglesia y de su misión en el mundo. El testimonio diaconal es la manifestación de la diaconía en la vida de la iglesia en la cual todas las personas cristianas son llamadas a participar mediante el bautismo en la vida cotidiana como una expresión del sacerdocio de todos los creyentes. El ministerio diaconal es una expresión específica del ministerio único de la iglesia (ministerium ecclesiasticum, *Confessio Augustana*, artículo 5). [...] Nosotros suponemos que el potencial de nuestra tradición Luterana no se ha agotado todavía. El ministerio único (público) de la iglesia (*Confessio Augustana*, artículos 5 y 14) es de institu-

ción divina. Sin embargo, a la luz de las realidades históricas cambiantes, la iglesia debe emprender la tarea de estructurar nuevamente tal ministerio. Como hemos visto, el testimonio bíblico mismo, así como la historia de la iglesia, incluyendo a la Luterana, revelan que no existe ningún patrón uniforme ni universal para estructurar el ministerio público»³².

Esta reflexión condujo a la siguiente conclusión: «Exhortamos a las iglesias miembros a que reexaminen las maneras en las cuales han estructurado el ministerio eclesial y, en particular, a que lo hagan de manera tal que la responsabilidad diaconal de su misión se exprese adecuadamente»³³.

6. Capacitación para la diaconía

Generalmente, la acción diaconal es una respuesta directa a las necesidades y vulnerabilidades de otras personas

³¹ El Ministerio Diaconal en las Iglesias Luteranas en: www.lutheranworld.org/what_we_do/dts/Programs/DTS_Statement_Diakonia-2005_ES.pdf, 2

³² *Ibid.*, 3.

³³ *Ibid.*, 6.

con objeto de hacer valer sus derechos. Es una reacción a las difíciles situaciones de sufrimiento y necesidad y al impulso interno de la compasión, la solidaridad e incluso de la indignación o la protesta cuando los prójimos sufren la injusticia y son víctimas de la exclusión.

Probablemente sea correcto afirmar que una persona no puede recibir formación para la acción espontánea. Sin embargo, también es cierto que ninguna acción es verdaderamente espontánea en el sentido de que siempre expresará las actitudes, los valores y el pensamiento fundamentales de una persona. Las investigaciones han demostrado que las experiencias pasadas, y muy a menudo la capacitación, conforman lo que se describe habitualmente como la intuición.

Esto indica que también es posible prepararse para la diaconía espontánea y mejorar la calidad del servicio por medio de actividades de capacitación. Puede darse el caso, por ejemplo, de que una congregación, situada en un contexto donde muchas personas viven con el VIH, organice un taller para que la gente tome más conciencia de cómo actuar para defender la dignidad humana y promover una actitud de servicio.

En cualquier proceso de formación debería incorporarse el principio fundacional de que toda labor diaconal debe incluir acciones que vayan más allá de la caridad y distinguir entre «nosotros/as, los/as que ayudamos», y «ellos/as, los/as que reciben la ayuda». Además, debemos reconocer que todas las comunidades tienen buen juicio, dones y capacidad que contribuyen a la respuesta diaconal. Por ejemplo, en el caso del VIH y el SIDA, cuando las personas que viven con el VIH y el SIDA participan en calidad de capacitadores/as se añade a la labor una nueva percepción básica. Solo entonces las diferentes dimensiones de ese problema pueden adquirir una perspectiva humana y transformarse en actos de compasión, servicio y justicia.

La capacitación que invita al crecimiento personal y al cambio de actitud es una dimensión importante de ese proceso. Una escuela de educación diaconal de Suiza que también se encargaba de una institución para personas con discapacidad mental grave solía exigir a los/as estudiantes de primer año,

como parte de su programa, que compartieran habitación con uno/a de los/as residentes. Se esperaba que ambos/as aprendieran de la experiencia.

La formación en el ámbito de la diaconía es todavía más urgente cuando la labor diaconal está organizada. Algunas congregaciones se han dado cuenta de que la visita pastoral a las personas enfermas y a las que están solas requiere preparación. Esa preparación hará que el/la visitante se sienta más a gusto, y probablemente también la persona que es visitada. Además, como la visita pastoral se hace en nombre de la congregación, es importante que todas las personas que participen conozcan los objetivos de esos programas de visitas. La experiencia demuestra que una buena organización de la preparación, el acompañamiento y la evaluación de lo que se está haciendo favorecen la participación plena y se obtienen mejores resultados.

Escuchar las experiencias y analizar el problema en su contexto social, cultural y político más amplio son elementos importantes de una buena capacitación para la diaconía. Pero, como la práctica diaconal implica la acción, la capacitación práctica es todavía más importante. La representación de roles (*role play*) es uno de los métodos preferidos para experimentar la forma de actuar, por ejemplo, cómo abordar la visita a una persona que está en prisión. Otro método es formar equipos pequeños que han de actuar juntos y evaluar la actuación unos/as de otros/as.

La diaconía institucionalizada requiere normalmente niveles más altos de capacitación profesional. Cuando se establecieron en Europa las instituciones diaconales hace 150 años, la formación pasó a ser de inmediato una parte esencial del trabajo de esas instituciones. Esas escuelas siguen desempeñando un rol importante a la hora de prestar la debida atención a las preocupaciones diaconales en la iglesia y la sociedad, en la educación y en la investigación. Desde el principio, esa formación fue interdisciplinaria. Se capacitaba a las diaconisas como enfermeras, aunque también recibían una sólida formación teológica. En Alemania, se suele hablar de «doble cualificación», teniendo en cuenta los dos espacios bien diferenciados –clínico y eclesial– en los que el/la estudiante está calificado/a para

actuar. Pero tal distinción no debería interpretarse como una separación. Al contrario, esa capacitación debería habilitar al trabajador o la trabajadora diaconal para actuar como un/a «intermediario/a» capaz de acompañar al/a la paciente y atender sus necesidades físicas y espirituales.

Los enfoques interdisciplinarios han sido la base de la formación diaconal. Esto se debe a que la realidad es compleja por naturaleza y requiere un análisis y una acción interdisciplinarios. La intervención profesional relacionada con el sufrimiento debe tener en cuenta que se espera que los/as profesionales bien formados/as sean capaces de hacer frente a las dimensiones física, mental, espiritual y social de la vida humana. Por otra parte, los/as buenos/as líderes diaconales necesitan asimismo, en su trabajo, tener los debidos conocimientos de contabilidad, finanzas y administración. Los/as líderes más solicitados/as por las instituciones diaconales combinan formación teológica y capacitación en gestión de empresas o en gestión de la asistencia sanitaria.

Uno de los puntos fuertes de la capacitación diaconal debería ser la dimensión de fe de la acción social que debe tenerse en cuenta e incluirse de manera ordenada, en relación con la teología y otras disciplinas pertinentes, como las ciencias sociales, por ejemplo. En otras palabras, la formación diaconal debe incluir la fe como praxis y la teología como reflexión controlada y crítica.

La importancia de este punto no solo se evidencia en la labor de atención de la salud, en situaciones en las que se espera que el/la trabajador/a de la salud esté capacitado/a para atender las necesidades espirituales del/de la paciente. Sino que es igualmente importante cuando la acción diaconal adopta la forma de actividad de desarrollo. La interconexión entre religión y desarrollo se ha hecho evidente, sobre todo en esta época en la que se habla comúnmente del «retorno de la religión». Como la cosmovisión de las personas está determinada normalmente por convicciones religiosas y sistemas de valores, esto tiene consecuencias para su comprensión de la realidad social y su compromiso de cambiar esa situación. Los/as trabajadores/as diaconales de desarrollo deberían estar bien preparados/as para comprender el rol de la religión, sus fortalezas y sus debilidades,

y también para hacer evolucionar creencias y valores religiosos teniendo como objetivo la transformación con miras a una sociedad más justa y sustentable.

Como ya se ha indicado, la teología es una parte esencial de la capacitación diaconal. Aunque esto también puede expresarse en sentido inverso, diciendo que la diaconía debería ser una parte esencial de la formación teológica. La formación pastoral carece de ese componente con bastante frecuencia, y como consecuencia, el liderazgo de la iglesia en los distintos niveles no posee los conocimientos necesarios para comprender y organizar de manera eficaz la labor diaconal.

Lo ideal sería que el aprendizaje diaconal formara parte de toda educación cristiana. Debería ser un tema de las clases de la escuela dominical así como del programa de preparación para la confirmación. Como a menudo falta material didáctico sobre diaconía, las iglesias podrían compartir experiencias y recursos y, así, aprovechar al máximo los materiales útiles.

7. Diaconía y actividades de desarrollo

El poscolonialismo creó una distinción entre los países desarrollados y países no desarrollados (que luego se llamarían «en desarrollo»). La ONU declaró la década de los años sesenta como la primera década del desarrollo y, en todo el mundo, los gobiernos y las ONG se movilaron con iniciativas de ayuda al desarrollo. Lo que motivó esos esfuerzos fue un clima generalizado de optimismo y esperanza, creyendo que la transferencia de conocimientos, tecnología y dinero induciría rápidamente un cambio duradero en los países pobres del hemisferio Sur. Desde entonces, las teorías de desarrollo han cambiado según el clima político de cada década. En la década de los años setenta, se elevaron voces radicales que afirmaban que la pobreza no se debe solo a la falta de desarrollo, sino que, ante todo, es consecuencia de la opresión y de las injustas estructuras económicas internacionales. Más tarde, se añadieron otras causas. Una de

ellas es la relación entre desarrollo y medio ambiente, que tuvo como resultado la búsqueda del desarrollo sustentable. Cuando hoy hablamos de sustentabilidad, admitimos que este concepto está relacionado con un amplio abanico de aspectos, de los cuales la dimensión cultural, social, económica, ecológica e incluso la ideológica y la religiosa.

Las voces más críticas rechazaron el concepto mismo de desarrollo, señalando que está demasiado influido por la racionalidad occidental que tiene su origen en la ideología de la Ilustración. Desde esa perspectiva, se entiende que el desarrollo ayuda a «salir adelante» un país, cuando toma como modelo lo que se

ha logrado en los países desarrollados, como si hubiera una especie de «jerarquía del desarrollo». Especialmente en la primera fase de la ayuda al desarrollo, se enviaron «ayudantes» y «expertos/as» del Norte con el cometido de establecer estructuras sociales, políticas y económicas siguiendo los modelos occidentales (o comunistas, si provenían de ese bloque político), con la convicción de que de esa forma se garantizaría el ansiado desarrollo. Como ya se ha indicado, las estructuras internacionales de los poderes económico y político no permiten ese desarrollo. En segundo lugar, pronto se hizo evidente que los factores culturales y humanos son condiciones fundamentales en los procesos de superación de la pobreza. Lo que la ayuda al desarrollo bienintencionada trataba de construir nunca podría funcionar debido a concepciones culturales o modelos comunitarios inadecuados; o podría ser destruido fácil o rápidamente como consecuencia de una mala gobernanza o de la corrupción.

La relación entre diaconía y desarrollo es un tema importante al que se presta mucha atención. Una cuestión interesante es cómo se entiende el desarrollo y, por consiguiente, qué rol pueden tener los enfoques basados en la fe en la lucha en favor del desarrollo.

© FLM/J. Schep



A este respecto, cabe mencionar la cuestión de si es posible distinguir la actividad diaconal de desarrollo de las actividades de desarrollo corrientes o, en otras palabras, si la actividad diaconal de desarrollo se parece al trabajo similar que realizan las ONG laicas, o si es posible señalar cualidades distintivas cuando la diaconía se dedica a actividades de desarrollo.

Ha quedado claro por algún tiempo que el concepto de desarrollo no puede limitarse a iniciativas económicas y políticas. Ni puede entenderse como la actividad de un proyecto que tiene como objetivo solucionar un problema específico, por ejemplo, llevar agua limpia a una aldea o construir aulas para niños y niñas. Esas iniciativas pueden ser contribuciones muy importantes a los procesos de desarrollo, pero tienen que considerarse en una perspectiva más amplia y holística prestándose la debida atención a la cuestión de la sustentabilidad.

En 2002, la FLM publicó un folleto titulado *Guiding Principles for Sustainable Development* (Principios rectores para un desarrollo sustentable). En ese folleto, se define el desarrollo sustentable como «un proceso de cambio por el cual se satisfacen las necesidades básicas y se respetan los derechos humanos de las personas

y las comunidades de cualquier sociedad dada, mientras se protegen, al mismo tiempo, las necesidades básicas y los derechos humanos de otras comunidades y de las generaciones futuras». [Traducción no oficial]

En ese documento, el entendimiento del desarrollo va más allá de una mera interpretación técnica o política. No solo se señalan perspectivas sociales y culturales, sino que también se indica cómo puede ser comprendido el desarrollo desde una perspectiva cristiana, y se expresa que el concepto de desarrollo sustentable de la FLM «está basado en la fe que los/as cristianos/as confiesan en el Dios Trino y Uno y determinado por ella».

Y se enumeran 15 principios generales:

1. El desarrollo sustentable es un proceso holístico e interconectado.
2. El desarrollo sustentable no discrimina y protege la dignidad de todas las personas.
3. El desarrollo sustentable tiene como máxima prioridad el bienestar de las personas humanas.
4. El desarrollo sustentable tiene en cuenta las necesidades culturales y espirituales.
5. El desarrollo sustentable no supone la superioridad de ningún modelo de gobernanza económica y social.
6. El desarrollo sustentable es participativo.
7. La creación de capacidad es un medio y un objetivo del desarrollo sustentable.
8. Para la promoción efectiva del desarrollo sustentable se requiere sostenibilidad financiera.
9. El desarrollo sustentable depende de la sostenibilidad institucional.
10. El desarrollo sustentable se centra en los puntos fuertes de la comunidad.
11. El desarrollo sustentable es apropiado desde un punto de vista tecnológico.
12. El desarrollo sustentable depende de condiciones adecuadas para la salud y la educación.
13. El desarrollo sustentable incluye el fomento de condiciones socioeconómicas y políticas favorables al bienestar humano.
14. La promoción de la paz y la reconciliación es una función y condición previa esencial del desarrollo sustentable.
15. El desarrollo sustentable requiere que se compartan los recursos de forma equitativa y eficaz.



© EYCE

Además de estos principios generales, se destacan otras dimensiones importantes:

1. *La dimensión de derechos humanos*, que establece que los principios de derechos humanos son la expresión jurídica de la dignidad de cada persona dada por Dios, que la iglesia está llamada a proteger y promover, y que el derecho al desarrollo entraña la observancia de todos los derechos humanos: económicos, sociales y culturales, así como los derechos civiles y políticos.
2. *La dimensión de género*, que establece que la protección y promoción de los derechos humanos de las mujeres son fundamentales para la sustentabilidad del desarrollo, que el desarrollo sustentable exige la igualdad de género y el liderazgo sin limitaciones de las mujeres en todo



el proceso de desarrollo, y que la valoración, la planificación, el seguimiento y la evaluación de las actividades de desarrollo requieren una perspectiva y un análisis de género que valoren el trabajo y la experiencia de las mujeres.

3. *La dimensión medioambiental*, que establece que el desarrollo sustentable reconoce la importancia del medio ambiente, promoviendo la conservación, el mantenimiento y la regeneración de los recursos naturales disponibles, y que el desarrollo sustentable requiere la inclusión de la preocupación por el medio ambiente a todas las decisiones y actividades de desarrollo.
4. *La dimensión de comunicación*, que establece que la comunicación construye las comunidades humanas y les permite desarrollarse, y que, por lo tanto, el desarrollo sustentable está supeditado a una comunicación eficaz y a la creación de capacidad en las comunicaciones.

El hecho de que el desarrollo siga siendo un punto importante del orden del día del debate mundial es un incentivo para que las iglesias le presten la debida atención.

El estado del mundo en el que millones de personas se ven privadas de una vida digna de bienestar y seguridad básicos insta a que las iglesias actúen. Esto constituye una interpelación todavía mayor cuando algunas iglesias tienen que responder a situaciones donde el hambre y la intensa pobreza amenazan la vida de su gente y de las comunidades donde viven los miembros de la iglesia. Esa acción debería emprenderse a todos los niveles de la vida de la iglesia: la congregación, la iglesia nacional y la cooperación internacional. Las acciones realizadas en los distintos niveles deberían estar relacionadas entre sí para favorecer la cohesión y la eficacia.

La diaconía como labor de desarrollo puede adoptar muchas formas. Puede estar organizada en forma de pequeños proyectos o de programas generales, pero siempre debería tener como objetivo el empoderamiento de las personas. Como ya se ha expresado claramente, el análisis crítico de las causas fundamentales y del entorno externo debería formar parte del trabajo en todo momento, no solo para obtener el resultado esperado de lo que se está haciendo, sino también para mantener una conciencia crítica que es necesaria a la hora de dar a conocer y promover la labor.

¿Qué distingue a la labor diaconal de desarrollo? Se debería decir con claridad que la labor de desa-

rrollo llevada adelante por las iglesias no adopta necesariamente formas diferentes de las actividades de desarrollo corrientes. De todas maneras, es posible identificar algunos elementos posibles:

1. La labor diaconal de desarrollo relaciona las iglesias y las congregaciones a nivel de las bases. Esto hace posible la participación popular, en especial de las mujeres que son quienes a menudo están bien organizadas a ese nivel. También ofrece garantías de la continuidad de lo que se pone en marcha, ya que la congregación seguirá estando allí cuando haya finalizado el proyecto.
2. La labor diaconal de desarrollo se basa en la fe y la cosmovisión cristianas. En todas sus actividades está orientada por la convicción de que los seres humanos son creados a imagen de Dios y, por consiguiente, reciben una dignidad inco-
- rruptible, y de que Dios es el defensor de las personas pobres y excluidas.
3. La labor diaconal de desarrollo enriquece nuestra fe y contribuye por sí misma a una mejor comprensión de esa fe y de nuestra meta en la vida.
4. La labor diaconal de desarrollo permite entablar contacto con otras creencias religiosas y sistemas de valores. Como está basada en la fe, reconoce la importancia de la fe y la esperanza en los procesos que tienen como objetivo superar la pobreza y el sufrimiento. Esto abre un enfoque más holístico a la labor de desarrollo, y fomenta la capacidad de relacionar las diferentes dimensiones de la vida humana entre sí.
5. La labor diaconal de desarrollo favorece los métodos de trabajo que dan prioridad a la inclusivi-



© FLM/J. Schep

dad y los procesos que empoderan a las personas para la participación, basándose en la comprensión de que el Creador dota a cada persona de la capacidad de ser sujeto, con una identidad dada, y de que cada persona pertenece como tal a la comunidad que afirma y apoya esa identidad.

6. La labor diaconal de desarrollo no solo se relaciona con las iglesias a nivel de las bases, sino también a los niveles de toma de decisiones. Las iniciativas de las bases deberían estar respaldadas por el compromiso de los/as líderes de las iglesias frente a las autoridades seculares sobre asuntos de política pública (concientización «desde abajo hacia arriba»).

Estas posibles cualidades de la labor de desarrollo diaconal no eximen a las iglesias de los requisitos de calidad habituales cuando participan, por ejemplo, en actividades de proyectos. Es necesario planificar la acción, reflexionar sobre ella y organizarla para lograr el resultado deseado. Las actividades deben llevarse a cabo según los objetivos definidos y los recursos disponibles. Las finanzas deben manejarse con responsabilidad y de manera transparente. Dentro de este ámbito ha pasado a ser, por lo tanto, una prioridad el desarrollar capacidades y el comprender la mutua responsabilidad de rendición de cuentas.

8. Diaconía profética

El movimiento diaconal que comenzó en Alemania en la década de 1830 estuvo motivado por la espiritualidad pietista y su interés en la piedad individualista. Esas circunstancias hicieron que fuera natural que la palabra bíblica «diaconía» se tradujera por «servicio humilde», del que estaban encargados diaconisas y diáconos. Sea que sirvieran en instituciones o en congregaciones, se pensaba que quienes ejercían el servicio diaconal debían ser «sirvientes/as humildes». No cabe duda de que la humildad es una actitud importante cuando se traba-

ja con personas pobres; y permite percibir sus valores y capacidades. No obstante, a veces se llegó a pensar que la propia diaconía debería ser humilde, silenciosa, casi servil, y que no debería ser causa de provocación a nadie ni implicarse en asuntos políticos complicados.

En las últimas décadas, se ha reconsiderado esa interpretación. Especialistas en textos bíblicos, como el australiano John Collins³⁴, han documentado el punto de vista de que la palabra griega no significa servicio humilde, sino más bien una tarea importante que una autoridad importante encomienda a alguien. En el Nuevo Testamento, esa palabra se refiere la mayoría de las veces a un ministerio (rol de liderazgo) o, como hemos visto en relación con Jesús, a su misión mesiánica. Desde esa percepción, se ha elaborado el concepto de diaconía profética. En los últimos decenios, esa expresión ha pasado a utilizarse ampliamente en los círculos ecuménicos, en particular entre los/as cristianos/as del Sur.

También se utiliza mucho en la comunión luterana. La consulta de la FLM sobre diaconía profética celebrada en Johannesburgo en 2002 formuló la siguiente declaración:

Reconocemos los múltiples tipos de labor diaconal que la iglesia ha llevado a cabo a lo largo de los siglos y que continúan necesariamente en nuestros días. Esa labor se ve ahora estimulada a avanzar hacia formas más proféticas de diaconía. Inspirados por Jesús y los profetas que hicieron frente a quienes ocupaban el poder y exigieron cambios en las estructuras y prácticas injustas, rogamos a Dios que nos empodere para contribuir a transformar todo lo que induce la avaricia, la violencia, la injusticia y la exclusión humanas³⁵.

Un punto de partida importante para la diaconía profética es escuchar las voces de las personas que sufren y son marginadas. La Asamblea de la FLM de 1990 se reunió en Curitiba bajo el tema «He escuchado el cla-

³⁴ John N. Collins, *Diakonia. Re-interpreting the Ancient Sources* (New York: Oxford University Press, 1990).

³⁵ *Prophetic Diakonia: «For the Healing of the World,»* 6.

Pero el juicio de Dios está sobre la iglesia como nunca antes. Si hoy la iglesia no recupera el espíritu de sacrificio de la iglesia primitiva perderá su autenticidad, perderá la lealtad de millones de personas y será desechada como un club social irrelevante, sin sentido para el siglo XX. Todos los días me reúno con gente joven cuya decepción de la iglesia se ha convertido en franco disgusto.

Martin Luther King, Carta desde la cárcel de Birmingham, 1963

mor de mi pueblo», inspirado en el testimonio bíblico de la sensibilidad de Dios frente a las personas necesitadas. «*Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores, pues he conocido sus angustias...*» (Éxodo 3.7 y siguientes).

El mensaje de la Asamblea de Curitiba manifiesta la importancia del testimonio profético:

El testimonio profético, en obediencia a la palabra de Dios, entraña la confrontación con ciertos valores sociales, en especial con aquellos que promueven nuevas formas de idolatría que buscan la realización humana ignorando a Dios. Cualquier testimonio profético consiste en escuchar con mucha atención el clamor de la gente y la palabra de Dios. [...] El testimonio diaconal de la iglesia se suele entender mejor que las palabras. Cuando la iglesia toma decisiones y actúa junto con las personas marginadas y desplazadas, los jóvenes y las personas mayores, las mujeres y los hombres, da testimonio de la gracia de Dios que todo lo abarca³⁶.

Entonces, ¿qué entendemos por «diaconía profética»? Profecía es un término bíblico que debe entenderse y utilizarse desde ese contexto. Algunas veces, se ha hecho referencia a la diaconía política y a la diaconía profética como si fueran lo mismo. Aunque no negamos que estén interrelacionadas, es necesario diferenciarlas.

La *diaconía política* expresa la dimensión política de la labor diaconal. Como la diaconía tiene lugar en el ám-

bito público, quien la ejerce debe ser consciente de su rol sociopolítico y debe estar dispuesto a hablar claro cuando sea necesario. Hay muchos buenos ejemplos de diaconía política. Uno de ellos es la manera como las iglesias en la India participan en la lucha por la liberación de 250 millones de dalit, antes llamados/as «intocables», y de quienes se dice, según el sistema de castas, que son menos que humanos/as. Otro ejemplo es la participación de las iglesias luteranas de América Latina en la denuncia de la ilegitimidad de la deuda externa y en la creación de alianzas con otros copartícipes de la sociedad civil con objeto de ejercer presión sobre las autoridades para que tomen medidas. Un tercer ejemplo es la Oficina Luterana de la Comunidad Mundial establecida en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York con el objetivo de dar a conocer las preocupaciones e intereses de la FLM. El cabildeo puede ser un recurso importante de la diaconía política. Sin embargo, por regla general, ese recurso debería estar al servicio de los intereses de las personas pobres y marginadas antes que defender el propio interés.

Por otro lado, la *diaconía profética* tiene otra dimensión. Está relacionada con la naturaleza intrínseca de la diaconía, que afirma que la tarea profética forma parte del mandato y la autoridad que Dios ha dado a la Iglesia y a su diaconía.

En la tradición bíblica, la profecía es una respuesta a la revelación divina y un mandato dado por Dios al profeta. «*La palabra de Jehová vino a mí, diciendo...*». Esta palabra siempre manifiesta el señorío y el poder de Dios, como en Amós 4.13. «*Ciertamente el que forma los montes y crea el viento, el que anuncia al hombre su pensamiento, hace de las tinieblas mañana y pasa sobre las alturas de la tierra: Señor, Dios de los ejércitos, es su nombre*». Aunque también expresa la preocupación de Dios por la Creación, en especial por todos los seres humanos, recordándoles que Dios es juez y redentor, ahora y en tiempos venideros.

Los/as cristianos/as son conscientes de la pertinencia de esta formulación. En un tiempo de globalización en que el mercado y unas pocas naciones poderosas actúan como si se les hubiera concedido el derecho de establecer las condiciones fundamentales

³⁶ *I have heard the cry of my people. Curitiba 1990. Proceedings of the Eight Assembly.* LWF Report 28/29 (Ginebra, 1990), 85.

de la existencia humana, la palabra profética nos recuerda que Dios es el Señor de la historia.

¿Cuál es la relación entre profecía y diaconía?

Ambas tienen el cometido de encontrar caminos y tender puentes en dirección a la renovación (arrepentimiento) y la transformación. La tarea de la diaconía es la de *ser* pionera y *actuar* como pionera. La diaconía nunca es solo palabras, sino ante todo acciones que buscan medios de llevar a cabo la transformación.

Es importante observar que los profetas fueron firmes defensores de la justicia. Reaccionaban en particular cuando se infringía la ley de servicio al prójimo dada por Dios. Esta ley, llamada ley apodíctica, fue establecida en el monte Sinaí como parte del pacto entre Dios y su pueblo. Los diez mandamientos son expresiones fundamentales de esa ley, y debería tomarse nota de cómo los utiliza Lutero en sus catecismos, no solo para obligarnos a actuar, sino para obligarnos a llevar a cabo acciones que estén al servicio de nuestro prójimo y lo protejan del mal. La ley apodíctica es distinta de la ley casuística hecha por los ancianos que se reunían en las puertas de la ciudad. La primera es incuestionable: corresponde al pacto y a su promesa de *shalom* y bienestar. De ahí que infringir esa ley tuviera consecuencias tan dramáticas.

Ser profético/a significa defender la justicia. Así pues, la acción diaconal incluye por propia naturaleza, sobre todo, la tarea de desenmascarar las formas sistémicas de la injusticia y promover la justicia, o mejor aún: ser una precursora al servicio de esa causa.

Por otro lado, la voz profética no puede ser institucionalizada en la iglesia, ya que es una voz que se transmite por mediación de la iglesia y no es de la iglesia. La mente profética tiene que estar abierta a lo que dice el Espíritu; y conlleva una espiritualidad que se abre constantemente a nuevas perspectivas, a sueños de renovación y a la esperanza de la salvación. Cabe señalar a ese respecto la observación de que los profetas solían dirigir su mensaje a los líderes religiosos, dado que estaban envueltos frecuentemente en la corrupción, y en la opresión a los/as pobres. También estaba dirigido a las personas ricas, a los poderosos, e incluso al rey, por abusar del poder.

La concientización está frecuentemente relacionada con la necesidad de oponerse al poder de hombres y mujeres poderosos y a su ideología. La resistencia puede suponer el riesgo de sufrimiento e incluso el martirio, que fue lo que ocurrió a muchos/as cristianos/as en los primeros siglos y desde entonces ha formado parte de la historia de la Iglesia. Conocidos/as mártires de los últimos tiempos son Milada Horáková, que sobrevivió a un campo de concentración nazi pero fue sentenciada a muerte por el régimen comunista en 1950, y Gudina Tumsa, que fue asesinado en Etiopía en 1979.

Milada Horáková, jurista y política, es un símbolo de la lucha por la libertad, la democracia y los derechos civiles en Checoslovaquia. Fue la primer mujer ejecutada por el régimen comunista. Su juicio y el de sus doce colegas fue un proceso-espectáculo organizado por razones de propaganda. A pesar de meses de interrogatorios y crueles torturas, Milada Horáková se mantuvo firme y se defendió a sí misma y defendió sus ideales aunque sabía que ese combate habría de empeorar sus condiciones en la cárcel y el resultado final. Fue ejecutada el 27 de junio de 1950, a la edad de 48 años. Milada era miembro de la Iglesia Evangélica de los Hermanos Checos.

Traducción al español del texto en

http://en.wikipedia.org/wiki/Milada_Horakova

Incluso hoy, es tarea de la diaconía profética dirigirse a la clase dirigente de la iglesia para poner en tela de juicio la forma como somos «*conformados/as* a este mundo» (Romanos 12.2) a la hora de hacer frente a los problemas candentes de nuestro tiempo. ¿Cabe decir que a veces la iglesia ha imitado las estructuras de dominación y exclusión, o que se ha centrado demasiado en estructuras del pasado y formas tradicionales de abordar los desafíos diaconales? ¿Acaso es posible decir también que la iglesia ha adoptado un estilo de vida de consumismo religioso e indiferencia ética en lugar de dejarse interpelar de manera profunda por los signos de la creciente pobreza e injusticia en el mundo?

Sin preguntas críticas proféticas, la iglesia y su diaconía quedan fácilmente atrapadas en el triunfa-

lismo, el eclesiocentrismo y otras variantes de la teología de la gloria. Esto guarda relación con la tradición de la *reformatio continua* o la necesidad de reforma constante en la vida de la iglesia, para que seamos liberados/as y renovados/as, y que recordemos tanto el mandato que Dios nos ha dado como el estar en el camino, incluso cuando sea el camino de la cruz.

9. Diaconía y proclamación

San Francisco de Asís dijo una vez: «*Predica el Evangelio en todo momento, y usa las palabras si es necesario*». Este dicho nos dice que el Evangelio es acontecimiento y acción, el amor de Dios encarnado en medio de los seres humanos. Aunque también señala que toda acción comunica un mensaje y da testimonio de la identidad y motivación de quien la ejecuta, y que por último puede ser reafirmada con palabras.

Ahora bien, uno de los mayores desafíos de la labor diaconal es cómo establecer una relación firme y responsable con la proclamación. En el mensaje de la consulta sobre diaconía celebrada en Addis Abeba en 2008, los/as participantes declararon lo siguiente: «*reconocemos las dificultades a la hora de definir claramente la interrelación entre proclamación y diaconía. Ambas son expresiones del Evangelio y elementos básicos de la misión de la Iglesia. Nos comprometemos a seguir examinando esta cuestión y a discernir cómo tiene que aplicarse en nuestros múltiples contextos*». [Traducción no oficial]

La primera observación atañe a la diversidad de contextos, que no permite una definición única acerca de cómo se relacionan diaconía y proclamación. Por ejemplo, es evidente que en algunos países musulmanes la labor diaconal tiene que desistir de la proclamación para que la población local pueda aceptarla y evitar acusaciones de proselitismo. Es igualmente evidente que, en otros lugares del mundo, las personas ven un vínculo directo entre fe y acción. Esperan que se digan oraciones antes de que comience una reunión importante, y consideran el cuidado de la

gente como algo que también tiene una dimensión espiritual.

Ninguno de esos contextos debería llevarnos a una conclusión rápida. Incluso en el primer caso, la acción diaconal da testimonio del amor y el servicio a otros de los/as cristianos/as, aunque no haya una proclamación directa. El segundo caso, que no parece presentar ningún problema, requiere asimismo discernimiento crítico ya que la práctica religiosa puede llegar a ser una herramienta para manipular a las personas, especialmente en situaciones de debilidad y sufrimiento. Esto tiene que ver, lo queramos o no, con relaciones desiguales de poder.

Así pues, hay muchas razones para continuar examinando la relación entre diaconía y proclamación. Las experiencias de la práctica diaconal del pasado y del presente pueden ayudarnos a percibir mejor los problemas que es necesario abordar de manera responsable. Habida cuenta de esas cuestiones, es posible sistematizar en la reflexión teológica algunos principios rectores fundamentados.

Martín Lutero formuló un principio importante. Rechazó con vehemencia la práctica de la caridad de su época, y, en especial, la interpretación de que las personas serían recompensadas por Dios si daban limosnas a quienes estaban en la pobreza. No se puede utilizar a los/as pobres para justificarse a sí mismo/a; solo Dios tiene poder para justificar a los/as pecadores/as. El hecho de que Dios nos haya justificado misericordiosamente por la fe en Jesucristo nos hace libres de servir a los/as pobres y nos libera del sometimiento de la pobreza. Para Lutero, ese servicio está, por un lado, íntimamente relacionado con Dios y es, por ello, un servicio de Dios, y por otro lado, está totalmente dirigido a la persona necesitada. «*En efecto, no hay mayor servicio a Dios (en alemán: Gottesdienst) que el amor cristiano que ayuda y sirve a los necesitados*»³⁷.

Por consiguiente, es imposible reducir la acción diaconal a un instrumento para un propósito distinto de lo que fundamentalmente es: un servicio al prójimo necesitado. No puede ser un instrumento que sirva las

³⁷ «*Administración de una Caja Comunitaria*», en: *Obras de Martín Lutero*, vol.7 (Buenos Aires:El Escudo, 1977),

necesidades de quien ayuda, ni puede convertirse en un instrumento para evangelizar a las personas. La acción diaconal se transformaría entonces erróneamente en una estrategia, en un esfuerzo consciente para integrar actividades de asistencia humana y proclamación con el propósito de que la gente se convirtiera. Un resultado podría ser incluso que se tomaran decisiones respecto de las actividades diaconales según su eficacia para conseguir nuevos miembros.

Este método centrado en la misión se contradice con el imperativo bíblico de asistir a las personas necesitadas como un mandato dado por Dios y una acción importante en sí misma, como ejemplifica claramente la práctica diaconal de Jesús. Además, resulta cuestionable desde el punto de vista ético utilizar las necesidades de las personas como una oportunidad de evangelizar porque, cuando esto ocurre, no se está respetando como es debido la dignidad y la integridad de la persona. En el siglo XIX, el concepto de «cristianos/as del arroz» describía la situación de la gente pobre en China que se adhería a la iglesia para recibir de los/as misioneros/as una ración diaria de comida. Actualmente, la mayoría de las organizaciones misioneras, dando muestras de mayor responsabilidad, colaboran con las iglesias locales y rechazan las prácticas que establecen condiciones para recibir ayuda, tales como exigir que los niños y las niñas asistan a la escuela dominical o que las personas adultas vayan regularmente a la iglesia.

También resulta preocupante que la forma de llevar a cabo la misión refleje la división entre ricos y pobres en el mundo, o sea que los/as misioneros/as de los países ricos exploten la injusta división entre ricos y pobres y vean la situación de la gente pobre como una oportunidad de conseguir nuevos/as conversos/as. Por el contrario, las iglesias en misión deberían alzar sus voces proféticas y denunciar esa situación. Asimismo, deberían ser autocríticas respecto de su propia participación en las estructuras de poder. En todo caso, debe afirmarse sin ambages que, al igual que el amor de Dios es incondicional, también la iglesia está llamada a ser incondicional en su servicio a las personas necesitadas.

Las dificultades antes aludidas pueden haber inducido a algunas personas a adoptar la posición opues-

ta y a asegurar que no deben existir vínculos entre la acción diaconal y la proclamación del Evangelio. Por ejemplo, se dice a veces que la diaconía internacional debería centrarse en la ayuda humanitaria y el desarrollo. Usualmente esto se entiende como una consecuencia de la división del trabajo dentro de la iglesia, según la cual algunos organismos reciben el mandato de evangelizar, mientras que otros tienen el cometido de promover la justicia y luchar contra la pobreza.

Esa posición puede haber estado influida, por ejemplo, por una comprensión muy crítica de la labor misionera, y por el hecho de considerar el proselitismo como parte integrante de lo que están haciendo los organismos misioneros. Pero esta no es una descripción correcta de la labor misionera, ya que el proselitismo se entiende generalmente como la práctica de atraer cristianos/as a la denominación a la que uno/a pertenece, y la mayoría de los organismos misioneros objetarían tales prácticas. También se debería recordar que la labor de la mayor parte de las agencias u organismos misioneros incluye habitualmente actividades diaconales, que se realizan sin condiciones y no con el objetivo de incorporar nuevos miembros a la iglesia.

El principio de establecer una marcada línea divisoria entre la labor diaconal y la evangelización también puede verse justificado por el hecho de que la labor esté financiada con fondos públicos. Como el dinero de los gobiernos es público, se puede esperar que las activi-



© FLM/F. Longakit



© FELM

El verdadero cometido de las iglesias es encontrar una forma de relacionar la labor diaconal y la proclamación que reconozca el carácter distintivo de la diaconía y su fundamento en la misión holística de la Iglesia. La diaconía y la proclamación están unidas en la vida de la iglesia; ahora bien, de la misma manera que algunas organizaciones de la iglesia se centran en la proclamación, otras se especializan en la labor diaconal.

Los participantes en la consulta de la FLM sobre las iglesias en misión que tuvo lugar en Nairobi en

1998 declararon que «la misión abarca proclamación, servicio y trabajo a favor de la justicia»³⁸. Esta comprensión se hace eco de la afirmación del documento de misión de la FLM de 1988, *Juntos en la Misión de Dios*:

dades que apoya también sean seculares. Esto ocurre con frecuencia cuando las agencias de cooperación de Occidente en relación con las iglesias participan en la diaconía internacional y deben aceptar los requisitos de los donantes gubernamentales originales.

Detrás de esa posición está el entendimiento de que la prestación de ayuda al desarrollo no debe interferir en la esfera religiosa, debido a que a veces se considera la religión como un asunto privado. En realidad, ninguna intervención puede ser neutral dado que siempre está basada en supuestos existenciales y morales que habrán de influir –consciente o inconscientemente– en las convicciones y prácticas religiosas de las personas. Es lo que ocurre con cualquier actividad de desarrollo, sea secular o religiosa.

La totalidad de la misión debe manifestarse mediante la unidad de palabra y obra en todas las actividades de servicio de la iglesia. Una y otra son instrumentos del amor incondicional de Dios que acepta a las personas aunque sean pecadoras, sin tener en cuenta su origen social, racial o cultural. La palabra sin las obras defrauda la propia palabra dado que hace que el evangelio sea abstracto y niega el poder transformador de Dios en la creación y en la encarnación. La incapacidad de acompañar el testimonio de la palabra con el testimonio de la vida puede cerrar la puerta al evangelio. Por otra parte, las obras sin la palabra corren el peligro de pasar a ser puro humanitarismo y adaptación al contexto, sin lograr transmitir la plenitud de la salvación como don de Dios. La credibilidad del testimonio no se basa, en última instancia, en las obras, que están condenadas a permanecer imperfectas, sino en el propio evangelio³⁹.

Los donantes gubernamentales originales son ahora cada vez más conscientes de que la religión es importante en la labor de desarrollo. Las iglesias son reconocidas por su rol como movimientos de las bases y agentes de la sociedad civil. Cuando las agencias de cooperación relacionadas con las iglesias reciben financiación de entidades públicas se debe a su identidad y a su capacidad para trabajar con redes conexas en el hemisferio Sur. Es un valor añadido que tienen como agentes de transformación que debería ser aprovechado en la práctica e incluido en su labor estratégica.

La totalidad de la misión debe manifestarse mediante la unidad de palabra y obra en todas las actividades de servicio de la iglesia. Una y otra son instrumentos del amor incondicional de Dios que acepta a las personas aunque sean pecadoras, sin tener en cuenta su origen social, racial o cultural. La palabra sin las obras defrauda la propia palabra dado que hace que el evangelio sea abstracto y niega el poder transformador de Dios en la creación y en la encarnación. La incapacidad de acompañar el testimonio de la palabra con el testimonio de la vida puede cerrar la puerta al evangelio. Por otra parte, las obras sin la palabra corren el peligro de pasar a ser puro humanitarismo y adaptación al contexto, sin lograr transmitir la plenitud de la salvación como don de Dios. La credibilidad del testimonio no se basa, en última instancia, en las obras, que están condenadas a permanecer imperfectas, sino en el propio evangelio³⁹.

La totalidad de la misión debe manifestarse mediante la unidad de palabra y obra en todas las actividades de servicio de la iglesia. Una y otra son instrumentos del amor incondicional de Dios que acepta a las personas aunque sean pecadoras, sin tener en cuenta su origen social, racial o cultural. La palabra sin las obras defrauda la propia palabra dado que hace que el evangelio sea abstracto y niega el poder transformador de Dios en la creación y en la encarnación. La incapacidad de acompañar el testimonio de la palabra con el testimonio de la vida puede cerrar la puerta al evangelio. Por otra parte, las obras sin la palabra corren el peligro de pasar a ser puro humanitarismo y adaptación al contexto, sin lograr transmitir la plenitud de la salvación como don de Dios. La credibilidad del testimonio no se basa, en última instancia, en las obras, que están condenadas a permanecer imperfectas, sino en el propio evangelio³⁹.

³⁸ Report, 20.

³⁹ *Together in God's Mission: An LWF Contribution to the Understanding of Mission*. LWF Documentation, No. 27, 1988, cap. 4.1.4.

Lo importante aquí no es solo que palabra y obra van de la mano, sino que, en realidad, toda acción conlleva un testimonio que requiere interpretación. Es natural suponer que hay coherencia entre la forma de vivir y lo que se dice. La acción diaconal nunca puede ser silenciosa ni debería pretender serlo. Esto significa que una persona que pertenezca a otra religión o un/a ateo/a que trabaje en una institución diaconal, en un hospital, por ejemplo, también contribuyen a la realización de lo que la iglesia está llamada a hacer. Todas las personas involucradas deberían ser respetuosas de la identidad cristiana de la institución y de su sistema de valores y sus principios orientadores.

Por un lado, esa identidad entraña el pertenecer a una iglesia que proclama el Evangelio. Consiguientemente, la acción diaconal no puede afirmar que la proclamación no forma parte de la misión de la Iglesia en el mundo. Por otro lado, las diferentes dimensiones de la misión deberían mantenerse unidas de una manera que ratifique el carácter bien diferenciado de cada una de ellas. Aunque palabra y obra no puedan separarse, no deberían mezclarse de forma que una se limite a ser un instrumento de la otra.

Lo que esto significa en la práctica puede diferir de un contexto a otro. En la labor diaconal profesional se requiere una reflexión crítica a ese respecto, a fin de evitar cualquier extralimitación utilizando el sufrimiento de otros/as para propagar el mensaje cristiano. Pero esta reflexión también incluye la toma de conciencia de la dimensión espiritual de todo sufrimiento y del poder del Evangelio en los procesos de transformación, reconciliación y empoderamiento.

Resumiendo, es posible formular algunos principios generales:

1. La acción diaconal tiene sentido por sí misma. No se necesitan otras razones para justificarla; nunca debería estar reducida a ser un instrumento para otros fines.
2. La acción diaconal debe ser incondicional. Al ejercerla no se puede permitir que haya condi-

ciones como prerrequisito para recibir ayuda, como puede ser participar en actividades religiosas,

3. La acción diaconal debe respetar la integridad de cada persona y su libertad para expresar su fe según sus propias convicciones y tradiciones.
4. La acción diaconal debe garantizar que las personas en situaciones vulnerables no estén influenciadas ni presionadas para adoptar prácticas o hacer opciones religiosas.
5. La acción diaconal debe reconocer la dimensión espiritual de la vida humana, y especialmente del sufrimiento humano, y, por consiguiente, estar preparada para asistir a las personas que pidan ayuda, en particular mediante asesoramiento y orientación cuando se solicite.
6. La acción diaconal debe ser capaz de interpretar la realidad y los procesos de cambio social de una manera holística.
7. La acción diaconal debe ser responsable y estar dispuesta a dar cuenta de su identidad basada en la fe.
8. La acción diaconal debe responsabilizarse del testimonio que da del mensaje de la Iglesia.

Es parte de la naturaleza esencial de la diaconía el hecho de que sus dimensiones vertical y horizontal sean inseparables, y la verdadera prueba de fuego de la acción diaconal es cómo mantener unidas de manera dialéctica esas dos dimensiones, sin separarlas ni mezclarlas. Si se separan, la diaconía puede secularizarse fácilmente. Esto significa que, aunque pueda seguir siendo una acción buena y necesaria, estaría limitada a intereses y objetivos seculares. Otro resultado de esa separación podría ser la espiritualización de la diaconía quedando demasiado limitada por su marco teológico y eclesial.



© FLM/J. Schep

Finalmente, nuestra confianza en el poder del Espíritu de Dios para hacer avanzar el espíritu de los seres humanos hacia la fe, la esperanza y el amor nos da libertad para servir y confiar en Dios, y en la capacidad de las personas para expresar sus opciones con dignidad.

10. Diaconía y diapraxis

La acción diaconal siempre ha reunido a personas de diferentes denominaciones y creencias religiosas, así como a personas que profesan el ateísmo, para trabajar juntos con quienes sufren, y en favor de las personas marginadas. Por medio de ese compromiso común con la justicia en el entorno más inmediato y en la sociedad más amplia, la diaconía ha contribuido a superar los prejuicios religiosos y ha motivado el diálogo. Esta marcada tradición de tender puentes entre las personas hizo del movimiento diaconal uno de los fundamentos del movimiento ecuménico. Un importante ejemplo es la misión urbana que se inició en el Norte de Europa a mediados del siglo XIX. En esa misión, los/as cristianos/as de distintas denominacio-

nes mancomunaron sus esfuerzos para acompañar a las personas que pasaban necesidad debido a los muchos problemas sociales que siguieron a la industrialización y la urbanización de aquel período.

Cabe señalar experiencias similares cuando las personas de diferentes religiones trabajan codo con codo apoyando los esfuerzos de emergencia y desarrollo que tienen como objetivo mejorar la calidad de vida de los prójimos. En 1988, la teóloga danesa Lissi Rasmussen propuso el término diapraxis en relación con la cooperación interreligiosa, diciendo:

A la luz de mi experiencia en África y Europa, veo el diálogo como un proceso vivo, una manera de vivir en coexistencia y proexistencia. Por esa razón, deseo introducir el término «diapraxis». Mientras el diálogo indica una relación en la que es fundamental hablar unos/as con otros/as, la diapraxis señala una relación en que la praxis en común es esencial⁴⁰.

El documento de la FLM *Misión en Contexto* hace referencia a experiencias de diapraxis en la India donde personas de diferentes tradiciones religiosas se reúnen para «la acción conjunta en solidaridad dedicada a promover la paz, una mejor calidad de vida y la disminución del sufrimiento humano»⁴¹.

En junio de 2006, la FLM organizó una consulta en Medan (Indonesia), que congregó a cristianos/as y musulmanes/as con el fin de que compartieran la experiencia del devastador tsunami y las expresiones concretas de solidaridad y ayuda que traspasaron las

⁴⁰ Lissi Rasmussen, «From Diapraxis to Dialogue. Christian-Muslim Relations,» en: Lars Thunberg and ally (eds.) *Dialogue in Action* (New Delhi: Prajna Publications, 1988), 282.

⁴¹ *Misión en Contexto*, 52.

fronteras religiosas en los días que siguieron al desastre. Para la mayoría de los/as participantes, esta consulta fue la primera oportunidad que tuvieron de mantener un diálogo sobre cuestiones de fe entre musulmanes/as y cristianos/as. A algunos/as de ellos/as les resultó difícil escuchar lo que otros/as decían. Sin embargo, sus experiencias de sufrimiento común, de ayuda mutua y de construcción juntos de un nuevo futuro los/as llevaron a continuar el diálogo⁴².

Así pues, la diaconía –también en forma de diapraxis– abre el espíritu de las personas a la transformación, el empoderamiento y la reconciliación, incluso en contextos de tensiones religiosas, como es el caso de muchos países del Sur de Asia. En Europa, se realizan experiencias en las que se relaciona la diapraxis con la educación para la ciudadanía con el objetivo de empoderar a las personas para que participen en pie de igualdad, libre y democráticamente en la sociedad⁴³.

La FLM ha apoyado firmemente la formación de Acción Interreligiosa por la Paz en África (IFAPA, por su sigla en inglés), que ha organizado encuentros, debates y consultas interreligiosas en varios lugares de África a fin de promover el respeto hacia las tradiciones religiosas de unos/as y otros/as, y fomentar asimismo iniciativas de desarrollo tales como obtener agua limpia.

La diapraxis da testimonio de la comprensión cristiana de que todos los seres humanos comparten la vocación del Creador de amar al prójimo y de ser el prójimo del necesitado/a. Pueden existir buenas razones teológicas para comprender la historia del Buen Samaritano en Lucas 10 como una parábola sobre «*amar al prójimo como a uno mismo/a*», aludiendo así a cualquier persona sin distinción de fe. El hecho de que el samaritano fuese alguien que no pertenecía a la comunidad de fe parece respaldar esta idea. También nos ayuda a ver los cuidados y los actos de amor mas

⁴² LWF Seminar on Dialogue in Life, Report published by the LWF Department of Mission and Development, Ginebra.

⁴³ Lissi Rasmussen (ed.): *Bridges Instead of Walls. Christian-Muslim Interaction in Denmark, Indonesia and Nigeria* (Ginebra: FLM, 2007), 208–209.

allá de lo que los/as cristianos/as organizan y hacen por medio de la labor diaconal.

Esa misma comprensión afirma la importancia de la fe, la espiritualidad y la religión en la labor de desa-

El clamor de un planeta herido

Hijos e hijas de la Tierra
que sabéis de lo bueno y de lo malo:
¡La vida está en peligro! ¡Mostrad vuestra preocupación!

DESCUBRID LA PLENITUD

La Tierra es un tapiz tejido sin costuras.
Nadie tiene derecho a destruirla.

PRESENTID LO SANTO

Un fragancia santa planea sobre todo lo que existe.
La vida debe ser valorada, protegida y amada.

ALEGRAOS CON LA BELLEZA

La creación es riqueza por sí misma.
Nada es simplemente materia prima.
Los dones que la tierra da deben ser tratados
con devoción y gratitud.

RECORDAD EL CONTEXTO

Vuestra vida está tejida en el patrón de toda vida en la Tierra.
Todo lo que recibís os es dado en préstamo.
Debéis transmitirlo a quienes han de venir después de
vosotros.

LUCHAD POR LA JUSTICIA

La Madre Tierra tiene suficiente para satisfacer las
necesidades de todos,
pero no puede satisfacer su codicia.
La diferencia entre ricos y pobres
Es un desprecio a la dignidad humana.

VIVID CON ESPÍRITU DE RECONCILIACIÓN

Hijos e Hijas de la Tierra, vosotros que
tenéis el poder de hacer pedazos su tejido:
¡Estáis llamados a vivir de reconciliación!

Finn Wagle, Obispo de Trondheim (Noruega)

rollo, pues expresa que todas las religiones desempeñan un rol importante a la hora de formular los sistemas de valores de las personas y las perspectivas para interpretar la realidad. Por lo tanto, no se puede pasar por alto la religión en la acción social y la labor de desarrollo.

La diaconía como diapraxis entraña un respeto fundamental hacia otras denominaciones, religiones y visiones del mundo. Esa actitud no relativiza las creencias en el sentido de que todas ellas «conducen a Dios», como suele dar a entender la religión popular. Tampoco significa que la labor diaconal debería buscar la «neutralidad religiosa», ni que las expresiones de lo que la iglesia confiesa y celebra deberían ser silenciadas. Lo importante es el respeto fundamental de la diaconía hacia la dignidad del/de la otro/a y su manera de ser diferente, junto con la firme convicción de que Dios ha dotado a todos los seres humanos de la capacidad de hacer buenas obras.

Etimológicamente, respetar (en latín: *re-spectare*) significa volver a mirar, perseverar en ver más allá de los supuestos y los estereotipos propios e inmediatos, mirar más allá de la primera impresión o de la reacción inmediata cuando uno/a se encuentra frente a otra persona. Quien en un principio podía parecer desvalido/a, después de verlo como es verdaderamente, será reconocido/a como una persona con historia, capacidades y fe.

Ese respeto hacia el/la otro/a y a su integridad, especialmente en situaciones de sufrimiento e injusticia, excluye la posibilidad de hacer de la diaconía un instrumento para evangelizar, destinado a captar nuevos/as miembros para la iglesia. Es importante afirmar que la acción diaconal tiene sentido por sí misma, siendo una dimensión fundamental de la misión de la Iglesia. Sin embargo, el respeto hacia el/la otro/a también entraña respetarlo/a si decide libremente acercarse y participar en lo que la iglesia confiesa y celebra.

Otro aspecto importante de la diapraxis es que la labor diaconal no debería llevarse a cabo aisladamente, sino en cooperación con «otras personas de buena voluntad». Los desafíos y las tareas superan la capacidad de respuesta de la iglesia y su diaconía. Formar alianzas con otros/as copartícipes supone construir la sociedad

civil y fortalecer la comunidad local cuando se hace frente a problemas de necesidad humana e injusticia.

11. Valores que orientan un código de conducta diaconal

En la labor diaconal, no solo cuenta lo que se hace, sino también cómo se hace. ¿Qué actitudes se expresan? ¿Cómo se percibe el comportamiento de los/as trabajadores/as diaconales? Esta es una preocupación que las personas que participan en la diaconía comparten con los/as trabajadores/as de la salud y sociales, y que la diaconía internacional tiene en común con la labor internacional de respuesta a las situaciones de urgencia y de desarrollo. En los encuentros entre personas que tienen poder y personas que no lo tienen, existe el riesgo constante de que se utilice el poder de manera indebida, o incluso que se abuse de él.

Se han establecido códigos de conducta para diversas profesiones. Normalmente contienen principios, valores, reglas o normas de conducta que orientan a los/as profesionales que pertenecen a una organización en su trabajo diario. El código de conducta debería contribuir al bienestar de todas las personas que participan en la labor, y favorecer, en particular, que sus derechos sean respetados.

Un ejemplo muy pertinente es el Código de conducta relativo al socorro en casos de desastre para el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja y las Organizaciones No Gubernamentales de 1994. Sus 10 normas principales son las siguientes:

1. Lo primero es el deber humanitario.
2. La ayuda prestada no está condicionada por la raza, el credo o la nacionalidad de los beneficiarios ni ninguna otra distinción de índole adversa. El orden de prioridad de la asistencia se establece únicamente en función de las necesidades.
3. La ayuda no se utilizará para favorecer una determinada opinión política o religiosa.

4. Nos empeñaremos en no actuar como instrumentos de política exterior gubernamental.
5. Respetaremos la cultura y las costumbres locales.
6. Trataremos de fomentar la capacidad para hacer frente a catástrofes utilizando las aptitudes y los medios disponibles a nivel local.
7. Se buscará la forma de hacer participar a los beneficiarios de programas en la administración de la ayuda de socorro.
8. La ayuda de socorro tendrá por finalidad satisfacer las necesidades básicas y, además, tratar de reducir en el futuro la vulnerabilidad ante los desastres.
9. Somos responsables ante aquellos a quienes tratamos de ayudar y ante las personas o las instituciones de las que aceptamos recursos.
10. En nuestras actividades de información, publicidad y propaganda, reconoceremos a las víctimas de desastres como seres humanos dignos y no como objetos que inspiran compasión⁴⁴.

© FLM/J. Scheep



La labor diaconal debería reivindicar el mismo nivel de calidad y adherirse a esas normas de conducta. Una amplia red de trabajadores/as diaconales de todo el mundo comparten los valores expresados aquí.

La consulta sobre diaconía de Addis Abeba examinó esta cuestión y pidió que se entablara un diálogo para definir normas de conducta para la diaconía. Esto estaba relacionado concretamente con la cooperación internacional en el marco de la diaconía y la manera en que deberían colaborar los/as diferentes copartícipes. Pero también es una cuestión importante en otras formas de labor diaconal, a nivel de una congregación local o a nivel de las insti-

tuciones. No se trata de reemplazar otros códigos de conducta, sino más bien de añadir perspectivas y directrices basadas en los valores fundamentales a los que se adhiere la labor diaconal. Por supuesto, tales directrices tendrían que adaptarse a los contextos y condiciones locales.

A continuación, se exponen los elementos que la consulta de Addis Abeba consideró de vital importancia para una comprensión común de la diaconía y que, por consiguiente, deberían orientar nuestro código de conducta diaconal:

Desde el punto de vista teológico, la diaconía:

1. se basa en la gracia y es una expresión de nuestra fe cristiana;
2. toma como modelo la vida y el servicio de Cristo;
3. es una acción que procede de Dios y, por medio de nosotros/as, va al encuentro de los seres humanos que sufren (física, mental, espiritual y socialmente), pasan necesidad, y en quienes Cristo se hace visible;
4. intenta reflejar y dar testimonio del amor incondicional de Dios y su cuidado de la creación;
5. está arraigada en la misión holística de la Iglesia.

⁴⁴ www.icrc.org/Web/spa/sitespa0.nsf/iwpList88/924D336CE96ACF4E03256F1500653FF1

En el marco de sus objetivos, la diaconía:

1. trata de apoyar la dignidad humana;
2. trata de restablecer las relaciones rotas y promover la sanación y la reconciliación en las comunidades;
3. cuida de la integridad de la creación;
4. denuncia la injusticia y defiende la paz y la justicia siguiendo su vocación profética;
5. presta servicios a las personas necesitadas;
6. trata de lograr la transformación de todas las personas involucradas.

En su acción, la diaconía:

1. incluye la compasión, la inclusividad, la mutualidad, el respeto y la responsabilidad de rendición de cuentas como valores fundamentales;
2. expresa solidaridad y responsabilidad mutua a través de las fronteras y busca oportunidades para compartir recursos;
3. trata de crear alianzas en el ámbito ecuménico, con personas de otras religiones y con otros actores de la sociedad civil;

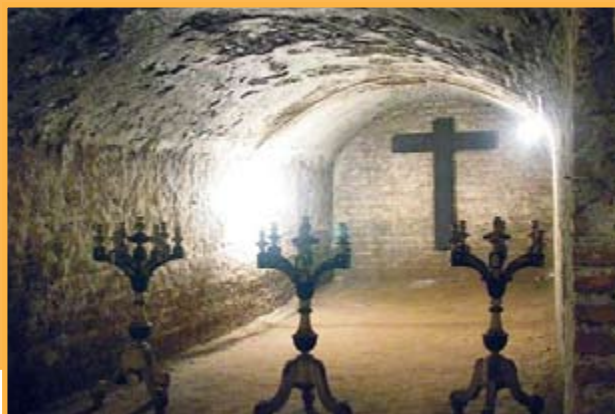
4. utiliza como métodos principales la participación, el acompañamiento y el empoderamiento;
5. es contextual, por lo que hace uso de distintos métodos;
6. conoce sus limitaciones y es consciente del riesgo de crear dependencia.

La diaconía como concepto debería estar reservada a lo que los/as cristianos/as hacen –espontáneamente o de manera organizada, en forma de iniciativas diaconales– en cuanto copartícipes en la misión de Dios «para la sanación del mundo». Pero la acción misericordiosa de Dios en el mundo por la paz, la justicia y la reconciliación no puede limitarse a lo que se realiza mediante la acción diaconal, o a lo que los/as cristianos/as dicen y hacen. De ahí que la diaconía no pueda ser excluyente ni en el entendimiento teológico de sí misma ni en su ejercicio concreto. La acción diaconal necesita estar sustentada por la confesión de la «*profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios*» porque de él, por él y para él son todas las cosas, y a él pertenece la gloria eterna (Romanos 11.33 y siguientes).

Preguntas para continuar reflexionando

1. Según su experiencia, ¿cómo están relacionadas las diferentes expresiones de la diaconía? ¿Cuáles son los puntos fuertes y las debilidades de esa relación? ¿Cómo ve usted el papel de las personas formadas profesionalmente en la labor diaconal? ¿Consideraría útil un orden de ministerio diaconal en la iglesia?
2. A su entender ¿cuál sería el rol y la función de la proclamación como parte de la misión de la Iglesia? ¿Cuál sería el rol y la función de la diaconía como parte de la misión de la Iglesia? ¿Cuál sería la relación entre uno y otra?
3. La diaconía está llamada a ser profética y hacer oír la voz de los/as marginados/as. ¿Cómo ve ese llamamiento en relación con su contexto? ¿Se puede responder a ese llamamiento mediante la acción diaconal?
4. El trabajo en redes se considera un método importante en la labor diaconal. ¿Qué vínculos tiene su labor diaconal con otros grupos, otras organizaciones, otras iglesias, con las estructuras gubernamentales, etc.?
5. ¿Cómo se lleva a cabo la capacitación para la diaconía en su iglesia? ¿Qué es lo que debería mejorarse y cómo se podría hacerlo?

GLOSARIO



Glosario

Términos clave utilizados en el presente documento:

Acción basada en la fe: Acción social y diaconal motivada y orientada por la fe religiosa.

Acción basada en los derechos: Expresión que se utiliza para designar la acción social y diaconal motivada y orientada por los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales de las personas.

Acompañamiento: Caminar junto a otros/as en la reciprocidad y el respeto mutuo, especialmente en situaciones difíciles; se basa en el modelo de relaciones que Cristo estableció en su interacción con otros/as.

Agenda, programa: Propósitos y objetivos que orientan la acción diaconal durante un período de tiempo determinado.

Colaboración solidaria; alianza: La relación de mutua cooperación y responsabilidad de rendición de cuentas entre personas o grupos que trabajan juntos/as en un esfuerzo para lograr objetivos comunes.

Capacidad: El potencial inherente a las personas, los grupos y las organizaciones para influir en su entorno y transformarlo, y la capacitación que permite lograrlo.

Caridad: Del latín *caritas* (amor). La práctica de dar con benevolencia por personas individuales o la práctica organizada como obra de beneficencia.

Ciudadanía: Rol cívico público de todas las personas, que conlleva derechos y deberes en los contextos local, nacional y mundial.

Contexto: El entorno que nos rodea con sus dimensiones social, política, cultural, religiosa, económica y ecológica.

Defensa de causas, concientización, sensibilización: Testimonio público estratégico juntamente con personas marginadas, vulnerables o personas cuyas voces han sido silenciadas, o en su nombre.

Diaconía política: Acción diaconal que se ocupa conscientemente de problemas políticos y se expresa en la esfera pública.

Diácono/diácona: Un ministerio ordenado de la iglesia. En la antigua tradición, el diácono formaba parte del liderazgo de la iglesia junto con el obispo y el anciano de la congregación (presbítero, sacerdote). En la tradición protestante, los diáconos y las diáconas reciben formación para dirigir la labor diaconal en congregaciones e instituciones.

Dignidad: Del latín *dignitas*. Elemento básico de la comprensión cristiana de los seres humanos: cada persona es creada a imagen de Dios y se le confiere una dignidad ilimitada que requiere reconocimiento, respeto y afirmación.

Donante original: Es la entidad donante de quien provienen originalmente los fondos cuando el dinero pasa de una organización a otra, por ejemplo, de los gobiernos a los organismos/las agencias de desarrollo de las iglesias.

Eclesiología: La comprensión teológica de la Iglesia.

Empoderamiento: El proceso por el cual las personas marginadas asumen la gestión de sus propias vidas y un rol en la sociedad.

Encarnación: Del latín *in carnis*, que significa «en carne». En la teología cristiana, la doctrina de que Jesucristo es Dios revelado como verdadero ser humano. La labor diaconal suele estar motivada por el objetivo de «encarnar» la fe y el servicio cristianos en la vida real de las personas.

Estado benefactor o providente o del bienestar: Modelo político aplicado principalmente en los países occi-

dentales tras la Segunda Guerra Mundial. Tiene como objetivo combinar la democracia, el capitalismo regulado y la legislación de asistencia social que organiza y financia con fondos públicos los servicios de bienestar social que proporcionan atención de salud, seguridad social y educación a todos/as los/as ciudadanos/as.

Género: Término utilizado para analizar los roles de los hombres y las mujeres y las diferencias entre ellos/as desde lo biológico hasta lo social.

Holístico/a: En la intervención social y diaconal, un enfoque holístico es aquel que trata de interrelacionar en un plano de igualdad los aspectos físico, mental, espiritual y social de la vida.

Inclusividad: La actitud y práctica de incluir a todos/as, especialmente a aquellas personas o grupos que tienden a ser excluidos/as.

Koinonía: Palabra griega que significa «comunidad», utilizada en el Nuevo Testamento para la iglesia (Hechos 2.42; 1 Corintios 1.9). En el movimiento ecuménico, es un concepto clave para expresar la naturaleza divina de la Iglesia, su comunión con el Dios Trino y Uno y de todas las personas bautizadas.

Misión: Del latín *missio*, que significa «envío». En la teología cristiana, es el término utilizado para el envío de la Iglesia al mundo. Hoy en día, se entiende la misión como participación en la misión de Dios. También se concibe como misión holística, que abarca la proclamación, el servicio (diaconía) y la concientización.

Mutualidad, reciprocidad: Relaciones que son recíprocas; quienes se relacionan tienen la misma relación entre sí, tanto dan como reciben.

Neoliberalismo: Movimiento ideológico y político que surgió en la década de los años ochenta y se caracteriza por la confianza fundamental en que los mecanismos de una economía de libre mercado con

un mínimo de regulación política conducirán a la libertad política y económica.

Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM): Ocho metas fijadas por las Naciones Unidas que deben alcanzarse antes de 2015, y responden a los principales problemas de desarrollo del mundo. Forman parte de las medidas y los objetivos que figuran en la **Declaración del Milenio**, que fue aprobada por 189 naciones y firmada por 147 jefes/as de Estado y de Gobierno durante la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas en septiembre de 2000.

Organismo o agencia de cooperación: En la labor diaconal internacional, este término se utiliza para hacer referencia a una organización con un mandato centrado en la respuesta de emergencia, la ayuda humanitaria y el desarrollo.

Participación: La práctica de trabajar juntos/as, compartir derechos, responsabilidades y decisiones con miras a objetivos comunes.

Paternalista: Del latín *pater*, que significa «padre». Dar un trato a las personas que refleje una actitud autoritaria, con el pretexto de cuidar de otros/as, sirviéndose de la posición de poder para negarles el acceso a derechos, responsabilidades y decisiones.

Praxis: En la labor social y diaconal, el término indica una intervención planificada y responsable.

Profesional: Califica a una persona que ha terminado una formación y recibe un sueldo por el trabajo que realiza. La **diaconía profesional** hace referencia generalmente a las maneras en que se organiza y ejecuta la labor diaconal de conformidad con las normas reconocidas y el trabajo de calidad, por ejemplo, en la aplicación de sistemas de planificación, monitoreo y evaluación (PME).

Profético/a: En la tradición bíblica, ser profeta significa seguir la vocación de hablar en nombre de Dios

contra la injusticia y en defensa de las personas pobres y oprimidas.

Responsabilidad de rendición de cuentas: La práctica de ser mutuamente responsables y dar cuenta de ello; se lo considera a menudo un valor fundamental en la diaconía internacional.

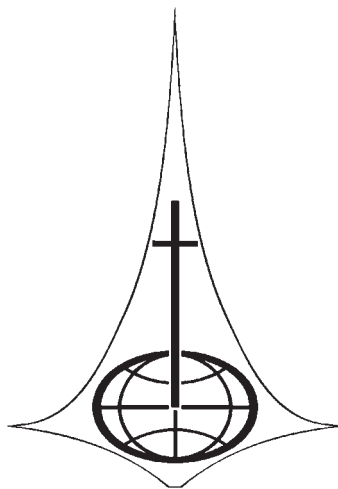
Secular: Del latín *saeculum* (el mundo actual). Utilizado para describir lo que no pertenece al ámbito de la religión. Como proceso histórico, la **secularización** hace referencia a la disminución del poder de la religión en la sociedad, debido a la emancipación de la política, la ciencia y la cultura.

Sociedad civil: Red de movimientos, organizaciones e instituciones de beneficencia y cívicas que funciona

como un tercer sector en la sociedad junto con las estructuras públicas y el mercado.

Solidaridad: Del latín *solidum* (por el todo). Originalmente, la práctica de apoyo mutuo entre los/as miembros de un grupo. Actualmente se le da un alcance más amplio y se interpreta como el apoyo a la causa de otros/as, especialmente los/as pobres y marginados/as, como una expresión de pertenencia a una familia mundial.

Transparencia: La práctica de franqueza, comunicación y responsabilidad de rendición de cuentas, especialmente en la toma de decisiones y la gestión financiera.



FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
— UNA COMUNIÓN DE IGLESIAS